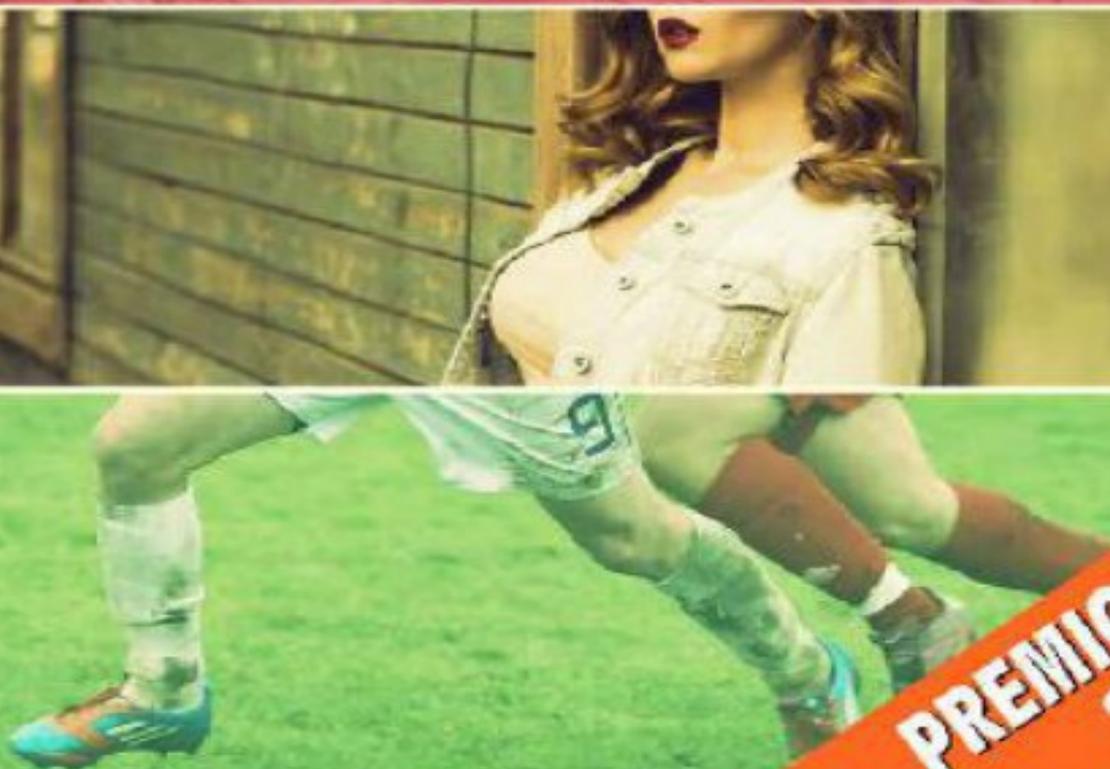


Beatriz Ros Nieto



FUERA DE ÁNGULO



**PREMIO PALIN
2017**

Fuera de ángulo
Betriz Ros Nieto

Portada: Víctor M. Mirete



© Beatriz Ros Nieto 2017

© Ediciones Dokusou

Edita: Ediciones Dokusou

www.edicionesdokusou.es

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[CAPÍTULO 51](#)
[CAPÍTULO 52](#)

CAPÍTULO 1

—Emergencias, dígame.

—¡Por favor, acudan al número 6 de la calle Jardines en la urbanización La Salina! ¡Creo que hay un muerto!

—¿Ha dicho un muerto en calle Jardines número 6 de La Salina, Madrid?

—¡Sí, sí... vengan rápido a la mansión de Osvaldo Cruseido! ¡Por favor, creo que el señor está muerto!

El calor en la capital empezaba a ser sofocante desde primera hora de la mañana de ese 12 de agosto. La prevista y muy anunciada ola de calor había llegado con fuerza y parecía no querer marcharse. La sensación de bochorno se incrementaba después de cada una de las numerosas tormentas eléctricas que se sucedían desde hacía bastantes días. Este fenómeno se había localizado en la zona centro del país y estaba provocando el interés de meteorólogos de medio mundo, que acudían a Madrid para investigar las posibles causas.

La inspectora llegó cinco minutos tarde a la comisaría y eso era demasiado para ella que presumía de ser siempre puntual. En realidad, le molestaba bastante que la gente no lo fuese, especialmente a la hora de entrar al trabajo.

—Jefa, ¿qué te ha pasado? Llegas tarde —le recordó su ayudante.

—Uff, no me hables —resopló ella mientras se dirigía directamente a la máquina de café—. Me lo tomo y nos vamos.

—Te veo muy tranquila, jefa... ¿Ya sabes lo que se nos viene encima? Esta es tu gran prueba de fuego. Esto puede llevarte a la cima o acabar con tu buena reputación. —Álex se refería al rumor sobre la posible promoción de Ana a inspectora jefe.

La inspectora era consciente de ello. Había trabajado muy duro para conseguir ese ascenso: las oposiciones, las pruebas físicas, los años en la Academia, los años de prácticas, la Licenciatura en Derecho, las convocatorias para promocionarse... Ella se lo merecía.

—¿Lo dices por lo de ese jugador? —dijo la inspectora mientras echaba azúcar en el aguado café.

—«Ese jugador» no, jefa, «EL JUGADOR» —corrigió Álex con los ojos como platos—. Dos balones de oro, tres veces pichichi de la liga, una cláusula de más de cien millones de euros, dos botas de oro, mejor jugador del último mundial, imagen de esa famosa marca de ropa italiana...

Ana no contestó, se limitó a sorber su café y a tirar el vaso de plástico en el cubo amarillo de reciclar.

—Vámonos, *pichichi* —se burló.

El tráfico en Madrid era bastante fluido. La capital en agosto se queda vacía. La ciudad se ve distinta. Es un alivio poder conducir sin los atascos de las horas punta y sin embargo, la gente que allí queda espera ansiosa que vuelva el bullicio y, con él, la normalidad.

—¿Te das cuenta de que no hace falta que hagas esos acelerones? No hay embotellamientos —recreminó la inspectora que nunca llegaría a acostumbrarse a la manera de conducir del joven.

—Tienes razón, pero ¡qué mierda! —se quejó él—. Aquí faltan camionetas de reparto y los

malditos motoristas... Me aburre conducir sin tensión.

Mientras Álex conducía, ella entró en internet con su móvil para saber algo sobre la víctima, de la cual todo el mundo parecía saber tanto. Quedó impresionada de la cantidad de información que había sobre un joven de apenas veintitrés años y cuya única gesta era saber jugar a fútbol.

—Su único mérito es jugar bien —murmuró mientras leía— y encima le pagan por disfrutar de su trabajo.

—Le pagaban, jefa —corrigió Álex—, te recuerdo que está muerto. Pero cómo jugaba...

Ana no contestó, siguió navegando por internet hasta que llegaron a la urbanización. En la garita de control de acceso ya se agolpaban los medios, ávidos de noticias. Multitud de periodistas, hastiados por las pocas novedades que ofrece el agosto, estaban desplegando ya toda su parafernalia, preparados para parapetarse allí durante el tiempo que hiciera falta.

—¡Joder, qué rápidos! —dijeron los dos a la vez. Y, haciéndose paso entre fotógrafos y cámaras de decenas de agencias diferentes, hicieron su entrada en La Salina. El sol empezaba a calentar de lo lindo desde primera hora de la mañana.

CAPÍTULO 2

La urbanización era impresionante. Dotada de fuertes medidas de seguridad, contaba con fantásticas zonas ajardinadas, campo de golf, exclusivos restaurantes, centro comercial, pistas de pádel y de tenis, un colegio alemán... Todo impresionante, todo a lo grande. Se había diseñado en los años del boom inmobiliario para ser un búnquer contra las miradas indiscretas de curiosos y de *paparazzis*. Al parecer, entrar en ella era tan difícil como andar por ella sin ser visto. Había decenas de cámaras y numerosos vigilantes de seguridad patrullando las veinticuatro horas del día. Así pues, La Salina se había convertido en todo un refugio para famosos, ricos empresarios e incluso para pseudomafiosos. Pero, sobre todo, se había puesto de moda entre muchos jugadores de fútbol que compartían equipo.

El número 6 de la calle Los Jardines era una impresionante mansión de estilo recargado, muy recargado. La parcela debía tener unos 5.000 m² y la edificación seguramente superaba los 2.000 m². Por lo que había leído durante el trayecto en la edición digital de *Hola*, la casa contaba con ocho suites de lujo, nueve cuartos de baño, piscina interior climatizada, gimnasio, sauna, discoteca e incluso una sala de cine. A ella, particularmente, le parecía un horror. Le recordaba a la mansión de la serie Falcon Crest. Cumplía a la perfección con todos los requisitos para agradar a un nuevo rico: la opulencia total.

Mientras se ponía los guantes de látex escuchó las primeras notas sobre los acontecimientos, de mano de un joven agente vestido de uniforme que la esperaba en la puerta de entrada:

—A las ocho de la mañana la asistenta ha entrado a su puesto de trabajo. Le ha extrañado que la alarma no estuviera conectada. Cuando ha subido al dormitorio principal se ha encontrado el cuerpo de Osvaldo Cruseido dentro de la bañera, con una bolsa de plástico en la cabeza. Ha llamado enseguida a emergencias. Dice que no ha tocado nada. No hay señal alguna de que se haya forzado la entrada o se hayan llevado dinero ni objetos de valor —resumió el joven.

—¿No tiene criados internos? —preguntó Ana.

El policía carraspeó y con pañuelo de papel se secó el sudor de la frente. Llevaba un buen rato en la puerta y el sol le estaba pegando directamente en la gorra que, a su vez, actuaba como un hornillo sobre su cabeza.

—Sí, señora, eso es lo raro. Por lo visto la víctima había dado tres días libres al servicio, aun cuando no era lo habitual. De hecho, la asistenta me ha comentado que prácticamente les ordenó, sin avisar con antelación, que se cogieran esos días libres.

—¿Y dónde está?

—Allí —señaló a una unidad del SAMUR—. Es la mujer que llamó a emergencias. La están atendiendo.

Ana se giró. A unos doscientos metros de donde estaban hablando, un equipo médico atendía a la asistenta, que sufría un ataque de ansiedad. La mujer, que había tenido la entereza de llamar al 112 y después explicar lo sucedido a un agente, se había visto superada por la situación. Lloraba a moco tendido, respiraba con dificultad, sudaba e incluso tenía temblores.

—Dejemos que hagan su trabajo —dijo la inspectora que no quería empezar el día lidiando con una mujer histérica—. Cuando se haya calmado un poco hablaré con ella. Usted, por favor, acompañeme al dormitorio —ordenó mirando hacia la escalinata de mármol que presidía el

recibidor—, esto es enorme.

El joven, agradecido de poder ponerse a cubierto del sol, subió junto a ella los veinticinco escalones que separaban la planta baja de la zona de habitaciones. Luego, la guio por un pasillo enmoquetado en gris hasta llegar al dormitorio principal.

Una vez más, a Ana le pareció que la casa era horrible y se sintió transportada a los años ochenta. Unos enormes cortinajes de flores evitaban que apenas entrara la luz. La cama, provista de un fastuoso dosel de madera, estaba desecha. Sobre ella, había restos de comida basura y latas de refresco vacías. Junto a una de las ventanas había un escritorio macizo con un portátil apagado. En la habitación había dos sofás de cuero negro en el que reposaba lo que debía ser ropa del jugador. Una gran cantidad de camisas, sudaderas, pantalones y calcetines se apilaban uno sobre otro, sin orden alguno. En una de las mesillas de noche, un vaso con agua y una caja abierta de Diazepam. Junto a la mesilla, en el suelo, unos calzoncillos azul eléctrico y papel higiénico con lo que parecía ser restos de semen.

A través de una puerta corredera de color blanco se accedía al cuarto de baño de la habitación. Había un espejo de pared a pared, varias repisas llenas de productos cosméticos, ordenados por tamaño y una estantería con varios juegos de toallas, ordenados por colores. Llamaban la atención la gran ducha con cromoterapia y, sobre todo, la enorme bañera con hidromasaje en la que yacía, desnudo, Osvaldo.

El joven estaba tendido en la bañera circular. Su cabeza estaba metida en una bolsa de plástico transparente. A través de ella se veía su cara. Sus ojos estaban cerrados y su rostro se había tornado cianótico. Un vistoso cordón de oro rodeaba su cuello. Su mano derecha reposaba sobre el miembro viril. En la bañera no había agua y el cuerpo de Osvaldo no estaba mojado.

—El aire acondicionado está puesto. Aquí dentro la temperatura es de unos 19°C y el *rigor mortis* es completo —dijo la inspectora palpando las extremidades inferiores del cadáver— y aún no se ha iniciado la putrefacción, por lo que yo diría que lleva entre veinticuatro y treinta y seis horas muerto —sentenció aun sin estar del todo segura de que lo que había dicho fuera correcto—. Habrá que esperar a ver qué nos dice el forense.

—No hay signos de violencia —constató Álex—. Si le agredieron no parece que se defendiera. ¿Crees que pudo ser a causa de asfixia autoerótica, que se le fue de las manos? —dijo acercándose más al cuerpo—. No sería la primera vez que veo un caso así.

—No, no lo creo —pensó en voz alta Ana—. ¿No notas nada extraño aquí? —preguntó sin esperar respuesta—. Este baño huele a lejía y está perfectamente ordenado, a diferencia de la habitación, que parece una leonera. Yo diría que alguien se ha tomado muchas molestias para limpiarlo. Creo, y ojalá me equivoque, que han lavado a Osvaldo intentando borrar restos.

—Jefa, este asunto huele a sexo que tira para atrás... La víctima, aunque estaba prometido, tenía fama de playboy. ¿Quizás un marido celoso? —Aquí el policía hizo una pausa algo teatral—. ¿Quizás su novia descubre que le ha sido infiel con otra, le mata y sale del país a toda leche?

—Álex, Álex... no te aceleres... —sugirió la inspectora.

—¿Quizás su novia descubre que le ha sido infiel con otra, le mata y sale del país a toda leche?

—Joder, Álex, pisa el freno ¿Qué te pasa? ¿Te pagan por elucubración? Relájate y hagamos las cosas bien. Nos queda un largo día por delante.

Efectivamente, el día fue largo. Durante horas y horas los de la científica se pasearon por las

diferentes estancias sacando huellas, haciendo fotos y recogiendo muestras, todo bajo la supervisión de Ana, que evitaba que estas tareas se dilataran más de lo normal.

La inspectora se dio cuenta de que, sin pretenderlo, los policías, en su mayoría hombres, se quedaban encantados al entrar en la mansión, que estaba repleta de trofeos y fotografías de un gran ídolo. Los hombres no podían evitar mirar las grandes fotografías de la alta pared del recibidor. En ellas aparecía Osvaldo con grandes personalidades y famosos de todo tipo. Había una foto en la que Barack Obama le estrechaba la mano a las puertas de la Casa Blanca; había otra en la que sonreía junto a Pelé, en lo que parecía un restaurante; en otra, vestido de esmoquin, posaba junto a Scarlett Johansson... y así hasta en más de treinta fotos. Nadie podía evitar ir más despacio al pasar por delante de aquella pared.

Aunque a Ana no le gustara el fútbol, ni supiera exactamente qué era un «fuera de juego», podía entender que a los futboleros les hipnotizara estar tan cerca de algunos objetos. Osvaldo exhibía en un aparador balones de oro y cantidad de trofeos relucientes. Tuvo que dejarlo claro desde un principio: «Señores, no hace falta que les recuerde que queda totalmente prohibido el uso de sus móviles. Nada de fotos ni videos privados».

CAPITULO 3

«Me han dicho que es una auténtica hija de puta bollera». Ésta fue la primera referencia que Álex tuvo de la nueva inspectora. Quizás por la crueldad de ese comentario, quizás porque quien lo hacía era el mismo policía que le llamaba maricón a sus espaldas, el joven decidió no establecer ningún juicio de valor previo a conocer en persona a Ana.

Cuando la vio entrar por la puerta de la sala donde todos los policías la aguardaban, quedó impresionado por su presencia, su belleza y su elegancia. A decir verdad, la había imaginado como una mujer fornida, con camisa a cuadros y pelo muy corto y tuvo que reconocerse a sí mismo que sí la había prejuzgado y, lo que era peor, inconscientemente había echado mano de estereotipos arcaicos.

Ana se quedó junto a la puerta de la sala de conferencias y esperó a que el comisario jefe hiciera las presentaciones. Luego, se situó delante del proyector y con una tranquilidad medida se quitó la gabardina y la dejó sobre una silla, dando así el tiempo necesario para que los policías la repasaran de arriba abajo, sin tener que disimular. Cuando estimó que ya había pasado el tiempo prudencial, empezó a hablar.

Álex era un apasionado de la psicología y había hecho numerosos cursos sobre lenguaje no verbal. Estos conocimientos los aplicaba como nadie en los interrogatorios, por eso se había convertido en una pieza fundamental en los mismos. Él se limitaba a sentarse junto a su compañero mientras éste hacía las preguntas. Luego, como si de un médico especialista se tratase, daba un diagnóstico.

«Impecable», se dijo Álex tras escudriñar cada segundo que duró la charla de la inspectora: sus gestos, sus posturas, su respiración, su tono de voz, sus movimientos faciales... En los primeros dos minutos había conseguido captar enteramente la atención de todos y en poco más de quince, casi había vencido todas las reticencias de algunos de los más veteranos, lo que suponía que se había ganado al 90% del personal. Un gran éxito, sí señor.

Lo que poco después descubriría el joven, es que Ana había estudiado tanto o más que él sobre la comunicación no verbal y que había preparado cuidadosamente su discurso. Tampoco sabía que, mientras hablaba, era ella la que estudiaba a sus oyentes. La mayoría no le impresionó: muchas espaldas encorvadas, varias miradas perdidas, excesivas piernas inquietas, algunas miradas de desconfianza... solo hubo uno que captó su atención: un joven moreno sentado con la espalda recta en la segunda hilera de sillas y que parecía escrutarla.

La inspectora había hecho suyo el concepto de «menos es más». Llevaba un maquillaje suave: el justo para no desviar la atención al rojo de su pintalabios o al colorete de sus pómulos, pero que, a la vez, disimulasen las ojeras que traía por no haber pegado ojo la noche anterior. Su ropa era elegante pero sobria: ni escote, ni faldas. Llevaba un traje chaqueta gris, entallado que, pese a darle un toque más masculino, dejaba adivinar un cuerpo esbelto y cuidado. Los zapatos eran totalmente planos: Ana era una mujer alta y no era inteligente hacer sentir inferiores a los que iban a ser sus nuevos compañeros.

Al acabar de hablar, Ana recogió lentamente sus cosas, dejando tiempo para que todos pudieran salir antes que ella.

—Un gran discurso. Se ve que dominas el arte de la oratoria —dijo Álex acercándose a ella.

—Gracias. Tú tampoco eres un mal oyente. Has aguantado bastante bien el tostón —sonrió Ana.

—Hablo en serio, parecías dominar el medio, como si hubieras estudiado hasta el más mínimo detalle de cómo hablar y moverte ¿o es que lo habías estudiado? —preguntó retóricamente al darse cuenta, de repente, que así era.

—¿Te apetece un café? —preguntó Ana—. A mí sí y supongo que aquí hay una máquina de café, al fin y al cabo esto es una comisaría.

CAPÍTULO 4

«El caso está bajo secreto de sumario —informaba la rubia presentadora de la CNN—. Debido a sus dimensiones mediáticas, se ha formado un fuerte dispositivo policial en la vivienda de la víctima, impidiendo que los medios podamos acercarnos a la zona. La urbanización La Salina está literalmente tomada por policías desde que ayer por la mañana se descubriera el cuerpo sin vida del jugador. Al parecer, se trata de una muerte violenta, pero poco más sabemos de este desconcertante caso. La investigación sigue en curso para averiguar, lo antes posible, qué ha pasado con uno de los mejores jugadores de fútbol de la historia».

Ana apagó la televisión y se preparó el tercer café del día. Eran las siete de la mañana y ya había vuelto de correr. Se había duchado y ahora, en albornoz y con el pelo mojado, estaba sentada en la cocina, con una taza de café expreso entre sus manos. Estaba cansada. Tenía un cansancio crónico: llevaba meses durmiendo fatal y el calor y el estrés por el cambio de destino no ayudaban en absoluto.

Miró a su alrededor. El piso seguía casi tan vacío como el día en que se mudó a él, hacía ya once meses. Todo seguía en cajas. La única vida que había en ese piso era la que se apilaba en la mesa del comedor, en forma de casos pendientes. Ana estaba dispuesta a cerrar todos los casos que pudiera. Su insomnio, su falta de vida social y su perfeccionismo la llevaban a pasar las noches repasando expedientes. Gracias a su gran intuición y a las horas dedicadas a los casos fríos, había conseguido resolver muchos casos que parecían destinados a permanecer inconclusos para siempre.

En la comisaría la comparaban con un perro de presa: objetivo que se proponía, objetivo que conseguía. Su 1,76 de altura y su aparente frialdad la hacían parecer algo distante, y algunos de sus subordinados se habían llegado a sentir un poco intimidados por sus ansias de mejora. Meses atrás, cuando se trasladó a Madrid, las mofas *sotto voce* eran continuas entre los gallitos del corral, los veteranos que se negaban a aceptar savia nueva, pero su innegable eficiencia y su ecuanimidad habían dado paso a un nuevo sentimiento, casi próximo a la admiración.

Con Álex había sido distinto; él no se había dejado impresionar por su fría belleza o por el currículum que la precedía y, desde el primer día, se había mostrado cercano y cariñoso. Un aguado café junto a la máquina de expreso los había unido. Ella había acogido a aquel joven bajo su tutela y sólo con él se permitía ser ella misma.

—Jefa, eres guapa ¿por qué estás sola? —le había preguntado Álex en una ocasión.

—No te pases, Álex —había contestado Ana.

—Es en serio, jefa, estás muy bien para tu edad, no tienes por qué estar sola.

Álex no sabía demasiado de su jefa, en realidad sólo sabía que era divorciada y que no tenía hijos. Desde que trabajaba con ella, no le había conocido amoríos.

—En primer lugar, estoy bien para mi edad porque SOLO tengo treinta y seis años y, en segundo lugar, estoy sola porque yo lo elijo, al menos de momento —había respondido ella.

En efecto, Ana era una mujer objetivamente bonita. Poseía una belleza serena y era bastante atractiva. Tenía los ojos azules, no demasiado grandes pero sí muy expresivos. Su piel era pálida y su nariz era recta, con pómulos marcados. Su boca era carnosa y sus dientes eran blancos y bien alienados. Tenía el pelo negro y lo llevaba largo. Siempre había sido alta y, aunque ahora lo consideraba una ventaja, en su niñez se había sentido acomplejada por ello.

—No te enfades, jefa, sabes que hasta yo me enamoraría de ti si no fuera gay. En la oficina algunos dicen que eres lesbiana. ¿Lo eres, jefa? —había preguntado sin tapujos Álex—. Yo creo que no: los gays tenemos una especie de radar para detectar homos.

—Ya sabes que me gustan los hombres.

—¿Pero con pene?

—Qué gilipollas...

Pese a que Álex era la persona más cercana a ella, no había considerado aún que pudiera hacerle confidente de sus amores y desamores. No era la primera vez que había solicitado un cambio de destino para huir de su pasado. Sabía que no era la mejor solución, pero hasta ahora le había funcionado, más o menos. Cambiando de ciudad, de número de teléfono, de amistades y de vida, creía poder dejar atrás sus problemas y todo aquello que la había herido, aunque en realidad sabía que no podía huir de él, siempre la encontraba.

El telefonillo sonó repetidamente. Ana se sobresaltó por una décima de segundo, pero se dijo que sólo podía ser Álex. Ana abrió la puerta del piso y fue a cambiarse a su habitación.

—¡Hola, jefa! —gritó el policía entrando en el oscuro salón—. Sabía que ya estarías en pie. Te he traído churros. De esto no tenéis en Barcelona...

—No, Álex, en Barcelona sólo comemos butifarra —le siguió la broma.

—¿Has visto como cuidamos aquí a los catalanes? ¿Eh?

Casi desde el principio de su amistad, este tipo de bromas sobre los tópicos de catalanes y madrileños era habitual entre ellos. Ambos las hacían y ambos las aceptaban. A ella le encantaba los ramalazos de chulería que Álex tenía. A él le divertía el acento que a veces sacaba la inspectora o cuando se le escapaba un *adéu* al despedirse.

—Y luego tengo que hacer veinte minutos más de *cardio* en el gimnasio para eliminar toda esa grasa... ¿Te parece que me conviene? ¿Te parece que ahora tengo tiempo para ir al gimnasio? —exclamó desde su cuarto la inspectora mientras recogía en una cola su largo pelo negro.

—Jefa, dos churritos no van a deformar ese tipazo que tienes.

—¿Tipazo? Con ropa gano mucho, pero por más que me machaco, mi cuerpo se rebela: empiezo a tener algunas partes flácidas y mis pechos parecen buscar desesperadamente mis rodillas. No se puede luchar contra el paso del tiempo. Como decía mi padre: «ja arribaràs, ja».

—¡Venga ya! Yo creo que está genial. Sólo agradéceme que te traiga algo sólido de vez en cuando, porque tú vivirías a base de cafeína. Eso sí que te acabará pasando factura. Y ya puestos, jefa, haz el favor de empezar a desembalar todas estas cajas, que tu piso da bastante pena —sentenció Álex.

Ana vivía de alquiler en un piso amueblado, cerca de la comisaría. En un principio se dijo que sería algo temporal, hasta que encontrara un piso definitivo. Sin embargo, los meses iban pasando y ella no había tenido tiempo ni ganas de ponerse a buscar un piso ideal por el centro de Madrid. Así pues, vivía en un pequeño piso de dos habitaciones, decorado con muebles de Ikea y atestado de cajas de cartón, llenas de ropa, vajilla, libros y demás enseres. Lo único que le importó a la hora de alquilar un piso es que fuera luminoso, muy luminoso porque se decía: «los años de oscuridad se han acabado para mí». Ana había vivido demasiado tiempo en una bruma y ya que no podía volver a tener vistas al Mediterráneo, por lo menos quería poder ver el sol.

Los dos estuvieron unos quince minutos en el piso. Mientras ella buscaba por todas partes el reloj que siempre perdía, Álex se sirvió un café y hablaron, como siempre, de los ligues de él. El

policía era un joven de veinticinco años bastante atractivo y con mucho palique. Tenía un cuerpo fibrado, pero no era demasiado alto. Su pelo era castaño claro y su tez morena. Lo que más llamaba la atención de él era su mirada: sus ojos eran grandes, de color miel, con largas pestañas. Su mirada era penetrante, aun sin pretenderlo. Sus cejas eran pobladas pero bien estructuradas. Atraía tanto a hombres como a mujeres y en más de una ocasión había roto el corazón a alguna chica que no quería aceptar el hecho de que fuera homosexual al cien por cien. Era un tipo con gracia y algo promiscuo, por lo que siempre había tema de conversación después de una noche de fiesta. Pero también era un buen amigo y alguien que sabía escuchar cuando se le necesitaba.

—Un bombón de licor, jefa, eso es lo último que he cenado —decía pícaro Álex— y de eso hace ya siglos... ¿Te lo puedes creer? Estoy muy desaprovechado.

Por supuesto se estaba refiriendo a su último escarceo, que empezó a relatar con pelos y señales. Cuando, a juicio de Ana, los detalles del relato empezaron a ser demasiado íntimos, la inspectora decidió que ya era hora de ir a la comisaría.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo mirando su reloj, que finalmente había hallado encima del microondas—, hoy empezaremos a tener los primeros resultados forenses. Por cierto —añadió sonriendo— ya me explicarás otro día a qué te refieres tú cuando hablas de *detroit* o *vainilla*, porque creo que no pensamos en lo mismo...

—Sí, jefa, y también te explicaré que es un *beso blanco* y el *fisting*, pero todo eso, otro día con más calma.

CAPÍTULO 5

—¡Benditos los ojos! —dijo con verdadera alegría el barman—. Estábamos a punto de quitarte de la lista de clientes VIP... ¿Qué pasa? ¿Te has hecho hetero?

—Hola, Chema. Ponme una cerveza bien fría —dijo el policía mientras se sentaba en un taburete de la barra.

Era viernes por la tarde. Hacía semanas que Álex no había vuelto por Don con Don, un buen local de ambiente de Madrid que solía frecuentar cuando el trabajo se lo permitía.

El bar lo regentaba Chema, un pequeño hombre con gran carisma. Jose María, *Chema*, provenía de una *familia bien*, como se suele decir. Debía medir poco más de metro sesenta y estaba algo pasado de peso. Su cara, redonda y mofletuda, albergaba unos minúsculos ojos, minúscula nariz y pequeña boca de finos labios. Llevaba unas estridentes gafas de pasta de color verde pistacho que solía llevar puesta a modo de diadema sobre su cabeza, totalmente calva. Tenía unos cincuenta y tantos años y un considerable amaneramiento. Tanto amaneramiento que sus padres lo enviaron a estudiar a un internado suizo, de manera que estuviera lo más lejos posible del selecto círculo de amistades de Madrid. Aquel rechazo fue contraproducente para el crío, que se convirtió en un joven rebelde de paso continuo por distintos colegios extranjeros. Pese a todo, Chema logró licenciarse en económicas y resultó tener un extraordinario olfato para las finanzas y los negocios. Pasó gran parte de su vida trabajando como bróker hasta que un día, tras morir el que había sido su pareja durante casi veinte años, se dio cuenta de que le horrorizaba aquello. Dejó el parqué de la Bolsa de Londres y compró un local destartado en Madrid. Lo convirtió en un próspero negocio de ambiente gay en poco más de un año y entonces, pese a trabajar casi doce horas diarias, se dio cuenta de que creía volver a ser feliz.

—Estás repitiendo modelito, chaval —apreció Chema mientras le servía la marca de cerveza preferida del joven—. Además, esa camisa de Gucci es de hace dos temporadas, debes de estar fatal... ¿A quién tengo que tirarme para que tengas más tiempo libre?

—¡Ah! ¡No!... Que tú jefe es una mujer...

—¡No seas *zorrón*! —Álex sonrió y dio un gran sorbo a la cerveza—. Sólo vengo a saludarte y me voy. Mañana también trabajo.

—*Don't be pussy* y haz el favor de presentarme ya a esa misteriosa catalana de la que siempre me hablas. Tengo que darle el O.K.

Luego, el tono de Chema se tornó grave y, bajando la mirada, le preguntó por Mimi.

—¿Has podido averiguar algo de mi niña?

—Lo siento, Chema, ya sabes que nos han asignado a otro caso...

Mimi era la joven que les había robado el corazón y la única que había conseguido que Chema se quitara el horroroso peluquín que lucía antaño. La había conocido un tiempo atrás. Un sábado de diciembre, de madrugada, al cerrar el garito, la había encontrado sentada en la puerta. Iba descalza. Tan solo llevaba puesto un top sin tirantes y una minifalda dorada. En la mano, unas interminables botas de tacón de aguja. Tenía el pelo teñido de caoba. Lo llevaba largo, recogido torpemente con una pinza en forma de mariposa. Iba excesivamente maquillada, en tonos muy vivos. Tiritaba de frío y lloraba desconsoladamente, haciendo que su máscara negra de pestañas dibujara figuras sinuosas por sus pómulos, haciéndola parecer un payaso triste. Detrás de esa

tétrica máscara, Chema adivinó una cría de poco más de catorce años. La niña tuvo que levantarse para que él pudiera bajar la persiana. Ella se había vuelto a sentar, esta vez en la acera. Chema la miró de nuevo. Era una niña de infinitas piernas y de prominentes huesos, carente de curvas femeninas. El hombre estaba acostumbrado a ver de todo a esas horas y estaba curado de espantos. Sin embargo, por algún motivo que no podía explicar, esa niña le conmovió y la hizo entrar en el bar para que tomara un café con leche caliente.

Mimi entró con él y se sentó en uno de los asientos de cuero negro que había junto a la barra.

—Que sepas que acababa de limpiar la máquina de café. Esto no lo hago con todo el mundo... —decía Chema mientras llenaba de café el portafiltro—. Limpiar la máquina lleva su tiempo, ¿sabes? —añadió mientras colocaba con habilidad la taza en la sobre la rejilla.

El hombre estaba de espaldas y continuaba hablando mientras colocaba dos sobres de azúcar y una cucharilla en un pequeño plato. Luego, girando sobre su eje, le dejó con suavidad el café sobre la barra, añadiendo leche caliente a la taza.

—Sí, yo limpio después —dijo la cría con un acento extranjero del Este.

—No te preocupes, chiquilla. Tómate la leche y tápate un poco —le dijo acercándole una chaqueta de hombre que sacó de detrás de la barra—. No es que esté muy limpia, pero nadie la ha reclamado en meses, por lo que creo que te la puedes quedar.

—Sí, y yo *limpiar a ti* después —contestó Mimi asiendo la taza con las dos manos y sin poder evitar mirar directamente, como hipnotizada, al peluquín de aquel hombre menudo pero de vistosa papada.

—Pero, chiquilla, ¿qué te ha dado a ti con la limpieza? —rio Chema.

—Yo *trabajar*, yo limpio a ti, yo limpio suelo, limpio cosas —insistía ella a modo de súplica—. Mimi limpia, Mimi es buena.

—Así que te llamas Mimi, ¿eh?

CAPÍTULO 6

La comisaría madrileña bullía de actividad. Los agentes entraban y salían. Se les notaba especialmente tensos. Periodistas de varios países intentaban, por todos los medios, obtener información sobre el caso. Algunos de ellos utilizaban todo tipo de artimañas, que incluían la de intentar entrar en las dependencias policiales fingiendo ser del cuerpo. La consigna era clara: nadie podía filtrar información, nadie podía dar un paso en falso, no se podían permitir fallos porque todos los ojos estaban puestos en ellos.

—Buenos días, la novia de la víctima ya ha llegado al país, ¿quiere que la citeamos? —Un agente le entregó un expediente con nuevos documentos a la inspectora.

Algunos policías habían fantaseado con la idea de que la novia de la víctima, la *top model* Ivana Maienco viniera a declarar a la comisaría. Al fin y al cabo, antes que policías, eran hombres...

—De momento no es lo más conveniente —le desilusionó Ana—. Estaremos en mi despacho. No me pase llamadas.

La inspectora y su ayudante se pusieron manos a la obra. Formaban un buen equipo. Ella tenía experiencia, tenacidad y perspicacia y él, pese a ser casi un novato, tenía, simplemente, una mente privilegiada y un olfato que le llevaría lejos. Ana lo había calado a los pocos días de llegar a la comisaría; enseguida vio su potencial y descubrió que, bajo una aparente frivolidad, se escondía un tipo brillante y con ganas de hacer un buen trabajo. La inspectora había investigado su historial y, como había imaginado, había descubierto que poseía un currículum excelente. Alejandro Guzmán, Álex, había sido el primero de su promoción.

—Recapitemos —Álex se puso en *modo serio*—. Tenemos un deportista de élite, multimillonario, con fama de mujeriego. Había nacido en un barrio humilde de Brasil y pasó su niñez en orfanatos, hasta que fue descubierto por un ojeador mientras jugaba al fútbol descalzo en la calle. De la noche a la mañana, gracias a su don, sale de la favela y se hace rico, jugando en importantes equipos europeos. Hasta hace un año no se le conocía novia formal, pero siempre había tenido la fama de Casanova...

—Datos, Álex, dame datos —le interrumpió la inspectora que le escuchaba con la espalda apoyada en una pared—. No quiero titulares de revistas del corazón.

—A eso voy jefa, estaba haciendo una breve presentación...Datos:

1. Causa de la muerte: asfixia. Esta tarde tendrás el informe forense completo. Ya conocemos a Mikel: hasta que no lo haya redactado completamente, no nos dirá más.
2. El ayudante de Mikel me ha chivado que se encontró restos de Diazepam en sangre. No en una concentración que pudiera resultar letal o peligrosa aunque sí era alta.
3. Sabemos que el fármaco estaba recetado por su médico deportivo a raíz de una reciente contractura en el trapecio.
4. Fecha de la muerte: entre la medianoche del día 10 y primeras horas del día 11.
5. La casa tenía desconectada la alarma. También estaba apagado el circuito cerrado de vigilancia de la casa. No tenemos imágenes del interior.
6. Por desgracia, las cámaras de seguridad de la urbanización tampoco nos dan información:

la tormenta eléctrica causó una subida de tensión y se cargó la instalación. No hay imágenes de esos días.

7. La víctima parece haber tenido relaciones sexuales poco antes de su muerte.
8. Todos los sirvientes parecen tener coartadas sólidas. Las estamos acabando de confirmar.
9. Hemos interrogado a los vecinos y a los vigilantes de la urbanización. Nadie vio nada ni oyó nada.
10. Se descarta el móvil del robo.
11. Estamos a la espera del permiso judicial para acceder a las llamadas telefónicas, pero no hemos encontrado su teléfono.

—Todo eso está muy bien, pero es más o menos lo que ya sabíamos hace dos días... —se impacientaba Ana.

—Tal y como dijiste, se ha limpiado muy bien el cuarto de baño. A Osvaldo también lo bañaron. En concreto le han bañado en lejía y amoníaco. No se ha encontrado ninguna huella ni hay restos de ADN por ningún lado, a excepción de los del propio Osvaldo.

—No puede ser... —frunció el ceño Ana—. ¿Ningún resto de ADN, ninguna huella, ninguna imagen? O alguien ha tenido mucha suerte o lo planeó a conciencia... Más te vale darme alguna buena noticia, Álex.

—Vale, escucha esto, jefa: ¿recuerdas el portátil que había en la mesa de despacho de la habitación? Todos los correos habían sido borrados, pero los informáticos han recuperado su contenido.

—Continúa —pidió ansiosa la inspectora.

—Hace tres semanas que había despedido a su representante con un escueto mail. También había varios mensajes en los que él, por su cuenta, estaba negociando para fichar por el A.C. Milan.

—O sea, que iba a cobrar un dineral. El representante debe estar furioso, yo lo estaría si viera cómo se aleja mi filón de oro.

—Pero también cualquier directivo de su actual club estaría muy enfadado si su estrella se va...—añadió Álex—. ¿Crees que podrían llegar tan lejos? Pero hay más, jefa: había un borrador de un mail del día 9 de agosto, aún no enviado. En ese mail rompía con Ivana.

—¿Qué me puedes contar de ella?

—Ivana es una modelo rusa, como otras mil. Es una belleza, sí, pero nunca hubiera destacado de no ser la novia de Osvaldo. Junto a él empezó a ser conocida y a tener campañas con las grandes firmas.

—O sea que si el jugador la dejara, bajaría muchísimo su caché. Podría dejar de estar en el candelero y volver a ser una modelo de segunda categoría...

—Quizás el futbolista le dijo a la cara que la quería dejar y ella, herida en su orgullo, lo mató, cegada por la ira —imaginó Álex—. Luego, borró las huellas y el mail y se fue a París donde debía hacer un reportaje en Vogue. ¿Lo ves factible?

—No lo sé... —respondió Ana negando con la cabeza—. Se requiere mucha fuerza para estrangular a un hombre joven y atlético...

—Quizás tuvo ayuda —sugirió el policía—. O quizás el Diazepam facilitó mucho las cosas.

—Tendremos que averiguarlo. Quedemos con la *top model* a ver qué nos cuenta... —Los ojos azules de la inspectora brillaron con malicia—. Pero es mejor que esperemos a ver el registro de llamadas del teléfono y los movimientos bancarios. Quizás encontremos algo interesante.

—Sí, jefa.

—Otra cosa —dijo gravemente Ana—, quiero resultados de ADN y huellas dactilares. Que la policía científica vuelva a la mansión. ¿Han sacado muestras de las cañerías?, ¿de las tuberías?... ¿Han destripado la bañera de arriba a abajo? Quiero que lo remuevan todo, TODO. Tiene que haber algo que hayamos pasado por alto. Yo me encargo del informe forense, eso déjalo de mi cuenta.

CAPÍTULO 7

—Estás más delgada, Ana —observó el forense.

—Lo sé, este caso me está matando: no como casi nada, no descanso bien, sólo bebo café.

—Este maldito fenómeno atmosférico está afectando a las personas, te lo digo yo. Ahora llueve, ahora truena, ahora hace un sol del carajo... Desde que empezaron esas tormentas eléctricas tengo muchos más clientes. Aquí no paran de llegar muertos: suicidas, asesinados y algún que otro desgraciado chamuscado por un rayo... Tengo demasiados años para aguantar esto por mucho tiempo.

Mientras se quitaba la bata, el doctor Arteta miraba por encima de sus gafas a la inspectora, que sujetaba dos enormes *cappuccinos* del Starbucks.

—¿Ese café es para mí?

—Con doble de nata, como a ti te gusta.

Ana no podía esperar a los resultados de la autopsia de Osvaldo y se había pasado por el Instituto Anatómico Forense para hablar con el responsable de la misma, el doctor Mikel Arteta, toda una eminencia en la materia. A diferencia de lo que les pasa a la mayoría de personas, a la inspectora no le desagradaba estar en la morgue. En realidad, se sentía bastante cómoda y lo prefería mil veces a estar en un hospital. No cabe duda de que se respiraba tranquilidad, amén de desinfectante, claro.

El doctor Arteta tenía casi sesenta y cinco años, pero se resistía a jubilarse. Era un hombre bajito, casi obeso, con una prominente barriga. Su cabeza estaba calva, pero parecía querer compensar esa carencia con una poblada barba blanca, no demasiado cuidada. La piel de su cara era muy roja, como la que lucen los alemanes en sus primeros días en las playas de Mallorca.

—¿Por qué sólo te veo cuando necesitas algo de mí?

—Tienes razón, Mikel, soy una pésima colega.

—Aún no he empezado a redactar el informe.

—No importa. Sólo necesito que me expliques qué has encontrado —suplicó Ana poniendo cara de corderito degollado.

—¿Sabes que va en contra de mis principios? ¿Sabes que nunca hablo de los resultados hasta que he confeccionado mi informe?

—Sí, Mikel, y sé que eres el mejor y que tus informes son intachables y minuciosos, pero este caso es especial.

—¿Bromeas? ¿Sabes a qué ritmo estamos trabajando en este caso? Cada media hora tengo llamada del comisario jefe —se quejó.

—Con doble de nata, y creo que le han puesto trocitos de avellana...—le recordó Ana desplegando todas sus armas de seducción y acercándole uno de los vasos.

La inspectora siguió al doctor hasta su despacho. Se trataba de una habitación pequeña, sin ventilación y con una iluminación insuficiente. Ana siempre había pensado que aquel hombre era merecedor de mucho más y que nunca se le había reconocido su excelente labor, «pero, España es así», se decía. Arteta había dado clases durante años en una universidad de California pero, vasco como era, no llevaba bien aquel clima y empezó a echar de menos su tierra. Finalmente, nada pudieron hacer para retenerle allí y volvió a España. Ahora, desde Madrid, viaja cada dos semanas a su pueblo en Euskadi.

—Asfixia por sumersión.

El doctor abrió una carpeta marrón repleta de Post-it, fotografías del cuerpo de Osvaldo y de sus órganos internos, anotaciones a lápiz, radiografías y todo tipo de analíticas con datos remarcados en rotulador fluorescente.

—He encontrado un evidente traumatismo pulmonar —dijo el doctor tendiéndole la foto de un torso abierto—. Había abundante agua en el estómago e intestinos y tumefacción pulmonar como consecuencia de trauma en los alveolos, por no hablar de la presencia de manchas de Paltauf. Tampoco he hallado corrosión en su garganta.

—¿Y eso significa...?

—Que no murió ahogado por la bolsa de plástico que llevaba en la cabeza, sino ahogado en agua, probablemente en la bañera donde lo encontraron. Por otro lado, respecto al líquido que había en la bañera, efectivamente se trata de una combinación de amoníaco y lejía. Estas sustancias, mezcladas, desprenden cloraminos, unos gases que reaccionarían con la humedad de la garganta, si hubiesen sido inhalados. Esta víctima no tenía tales daños, lo que implica que ya estaba muerto cuando agregaron esas sustancias en la bañera.

«Genial» se dijo Ana. Una minúscula parte de su cerebro quería creer que podía tratarse de un suicidio, pero en el fondo sabía perfectamente que no lo era. Ahora temía el momento en que la prensa anunciara en titulares «ASESINATO».

—Por favor, dime que has encontrado ADN debajo de sus uñas, o huellas dactilares en alguna parte de su cuerpo —suplicó ella.

—Lo siento. No he hallado restos biológicos de ningún tipo. Como ya te he dicho, lo bañaron como a un bebé: si había algo, lo consiguieron eliminar. Debió estar varias horas dentro de la bañera, en agua caliente, lejía y amoníaco. Por otro lado, no hay marcas defensivas ni hematomas visibles en brazos, manos o cuello, solo las propias de cierta abrasión en la piel por efecto del amoníaco.

—¿Qué me dices del Diazepam?

—¿Qué sabes tú de eso? Estos chicos... —suspiró imaginando que alguno de sus ayudantes se había ido de la lengua.

El doctor se dejó caer a plomo en el sillón de su despacho. Se llevó el café a la boca y lo saboreó lentamente, con los ojos cerrados.

—¿Lo ves? Por eso no doy información hasta que no redacto y entrego oficialmente el informe. Bueno, en todo caso —dijo después de dar otro gran sorbo de cappuccino—, respecto al Diazepam, la víctima había tomado una dosis elevada. Aunque no era mortal, probablemente sí le produjo una pérdida parcial de la consciencia.

Ana estaba desmoralizada. Generalmente, la mayoría de casos se resuelven gracias al ADN. Si en este caso no había restos biológicos, tenían que seguir otras líneas de investigación.

CAPÍTULO 8

—*¿Mais* quién ha podido ser? —le repetía a un policía de uniforme como si fuera a llorar de un momento a otro—. Teníamos tantos planes...

El hombre que se sentaba en la sala de interrogatorios era Mario Da Silva, el que fuera representante de Cruseido. Era un tipo muy seco, moreno, de cabello negro, muy engominado aunque escaso. Llevaba un traje italiano de rayas blancas y grises y un reloj Cartier de oro en su mano derecha. Su camisa era fucsia y llevaba desabrochados los tres botones de arriba, mostrando parte de un tatuaje en su peludo pecho. Llevaba un pañuelo blanco asido con el puño y se secaba el sudor de la frente.

El aire acondicionado de la comisaría llevaba estropeado varias horas, otro de los estragos que había causado la tormenta eléctrica. Hacía un calor sofocante en todos los despachos. Los trabajadores no podían concentrarse y estaban algo más irascibles. El ruido de las herramientas de los técnicos intentando reparar el aire acondicionado estaba crispando a la gente.

Cuando la inspectora hizo entrada en la sala, el individuo la miró con auténtico descaro de arriba abajo y, notando que había sido demasiado evidente, volvió a su cantinela, esta vez mostrándose aún más afectado:

—*¿Quem tem feito uma coisa assim? É uma lástima...*

El ambiente estaba muy cargado. El olor a sudor corporal, mezclado con el de la colonia Brummel de aquel señor, pegó en la nariz de Ana, como si le hubieran asestado un gancho de derecha.

—Buenos días, señor Da Silva. Soy la inspectora Ferrer, gracias por venir voluntariamente para declarar —dijo pausadamente mientras se sentaba frente a él.

—Es mi deber, ese chico lo era todo para mí y yo era como un padre para ese crío —miró hacia el suelo.

—Y dígame señor Da Silva, ¿entonces conocía usted muy bien a su representado, no? —inquirió Ana.

—Sí, señora, era como *meu filho*.

—¿Cuáles eran sus próximos planes juntos? —preguntó la inspectora, como si no supiera que en realidad ya no trabajaba con él.

—Uff... muchos, señora, muchos —mintió—. Él estaba muy contento en este club. Y no sé, quizás lo próximo era casarse con su novia. Las revistas me ofrecían un cheque en blanco por la exclusiva. También iba a ser la imagen de la línea de ropa interior.

«Armani...»

La inspectora no pudo evitar la imagen de los calzoncillos azul eléctrico tirados junto a la cama de la víctima.

—¿Cuándo le vio usted por última vez?

—Creo que el 10 de agosto. Fui a su casa para plantearle nuevos proyectos.

—¿Y qué tal lo encontró? —preguntó Ana.

—Vivo.

El hombre siguió su relato, haciendo constar reiteradamente lo que se querían, la cantidad de planes que tenían juntos, lo bien que le iba con su novia y lo bien que le iba con su equipo.

Cuando la inspectora se cansó de la pantomima, tras más de veinte minutos de discurso vacío,

le sacó una copia del mail que los informáticos habían recuperado del portátil de Osvaldo, en el que despedía a su representante. Y entonces cambió totalmente su discurso.

—Era *um desgracado* —dijo amargamente apretando los dientes y mostrando un puente de oro—. Yo lo saqué de la miseria, él apenas sabía leer ni escribir. Yo procuré su bien y así me lo paga... Imbécil... *Eu* sabía todos sus oscuros secretos, podría haber ganado *muito dinheiro* con eso, aún puedo ganar dinero con lo que sé...

—De momento usted va a mantener la boca muy cerrada ante los medios. —La mirada de la inspectora se clavó en la de Da Silva—. Y rece para que no encontremos el más mínimo indicio que pueda inculparlo, de lo contrario hoy ya no sale usted de estas dependencias.

—*Eu não matei* a ese maldito! —escupió el representante—. *Eu* no soy un *assassino*!

—Cálmese, por favor —dijo con templanza Ana—. Ahora, usted y yo vamos a charlar tranquilamente, como dos amigos, y me va a decir dónde estuvo usted el día del crimen, con quién se veía Osvaldo, quién podría querer hacerle daño...ya sabe, ese tipo de cosas. ¿Quiere que le traiga un café? Yo le invito.

El interrogatorio fue largo y succulento. Da Silva cantó como una *prima donna* y sacó todo tipo de trapos sucios del jugador. Los policías disfrutaron de lo lindo, la excesiva gestualidad de Da Silva lo convertían en el sujeto ideal para tratar de captar las múltiples mentiras y las pocas verdades de su trepidante verborrea.

CAPÍTULO 9

—Chema, no puedes tenerla en casa, así sin más.

—Oh, *piss off!* —se quejó el hombre, que tenía costumbre de jurar en inglés—. Ya sabes que cuando entras por esa puerta ya no estás de servicio y, por lo tanto, no eres un poli sino un cliente más. Ya aguanto demasiadas charlas de corazones solitarios, no necesito más charlas, y menos moralizadoras.

Mimi llevaba tres semanas viviendo con él. La había acogido desde el mismo día que la había hecho entrar en el bar para que bebiere algo caliente.

—Pero sabes que tengo razón —insistió Álex—. No estás acogiendo un gatito abandonado. Se trata de una persona y, con toda seguridad, menor de edad y en situación irregular. Debes ponerlo en conocimiento de las autoridades y que servicios sociales se encargue.

—Oh, *bollocks!* Mírala, Álex —dijo señalándosela—, está sola y asustada.

Mimi, que ahora llevaba el pelo corto y teñido de negro, iba vestida con una camiseta y mallas y se afanaba a limpiar las mesas del local.

—No he logrado saber su nombre real. Sé que Mimi es su nombre de guerra y que la retenían en España en contra de su voluntad, obligándola a prostituirse. Sé que ha huido de sus captores, pero no me quiere dar más datos. Tiene mucho miedo.

—Pues mucho más a mi favor, Chema. Esta cría os está poniendo en peligro a los dos. Seguramente la gente que la explotaba esté buscándola.

Los dos volvieron a mirar a Mimi que, sintiéndose observada, se giró hacia ellos y les dedicó una franca sonrisa. No parecía la misma persona con la que Chema se encontró aquella madrugada. Sin maquillaje y sin el estridente color de pelo, Mimi era una niña casi escuálida, de suaves rasgos, con ojos claros, pálida piel y una dulce expresión.

—Tengo que comprarle una ropa más bonita —pensaba Chema en voz alta.

—Pero, marica, ¿no estás escuchando lo que te digo? —preguntó Álex.

Lo cierto era que no, Chema no escuchaba. La llegada de Mimi a su vida había supuesto un soplo de aire fresco. La niña, pese a ser reacia a hablarle de su vida, se mostraba profundamente agradecida con él. Y no solo eso: se había creado un inexplicable vínculo entre ellos que los unió desde el minuto uno.

—Vale, Chema, tú mismo —suspiró Álex en voz alta viendo que no podía hacerlo entrar en razón—. Ten cuidado y que no se os vea mucho por el momento. Yo intentaré averiguar algo por mi cuenta.

Mientras, Mimi canturreaba bayeta en mano. Por primera vez en mucho tiempo sentía que tenía un hogar y un amigo, casi un padre. Chema la había llevado a su ático y le había dado una habitación preciosa. Ella nunca había vivido en una casa tan bonita. El salón era amplio y soleado, aunque quizás algo recargado. Chema tenía un gusto exquisito para la decoración y era un gran aficionado al arte. Su casa contaba con varias obras de importante valor.

—¿Sabes, Álex? Soy tan feliz —dijo mirando directamente a los ojos de su amigo.

El joven le miró y le sonrió. Siempre había pensado que Chema era uno de los hombres más felices que había conocido nunca pero ahora, en especial, se le veía... completo.

—Me alegro por ti, Chema. Por cierto, todo un acierto lo de tu... —dijo señalando discretamente su pelada cabeza—. Mucho mejor así.

—Sí, más práctico y menos calor en verano —dijo convencido Chema, que era la primera vez que hablaba abiertamente de su calvicie.

CAPÍTULO 10

Los homenajes a Osvaldo Cruseido se sucedían. Tras el funeral, su club había organizado un acto multitudinario que se retransmitía en directo por televisión. Al fin y al cabo, Osvaldo no tenía familia y el club ya se había marcado el tanto. En el estadio se había montado una enorme pantalla en la que se proyectaban imágenes del jugador acompañadas de una música lacrimógena. Tenían preparado un atril en una gran plataforma llena de arreglos florales. Cada diez minutos alguien subía al atril y cantaba las gestas del joven.

Se habían colocado centenares de sillas plegables ordenadas en hileras, en medio del campo de fútbol. En las primeras filas estaba situada la directiva del club y los jugadores, así como otras personalidades. También estaba, en una posición central, la triste novia, Ivana Maienco que, de vez en cuando, se miraba en unos monitores en los que se veía lo que la televisión estaba grabando. La bella joven lloraba a ratos desconsolada. En otros momentos, parecía estar abstraída, como si estuviera muy lejos de allí.

—Siempre fue generoso —decía el presidente del club—. Nos regaló su arte a toda la afición.

—¡Y un huevo, un regalo! —dijo por lo bajini Álex—. ¿Sabes lo que costó su fichaje?

—Era un ejemplo de fidelidad a nuestros colores—proseguía el orador.

—¡Ja! Éste se nos iba antes de llegar el otoño —susurró Álex a la oreja de Ana.

—Era tan amado por todos nosotros...

—Mira como se rasca la nariz y aprieta los labios. Miente. La mayoría le odiaba.

—¿Quieres callarte, Paul Ekman? —reprobó la inspectora clavando sus ojos azules en su ayudante.

—Vale, pero que sepas que me estoy meando desde hace un buen rato.

Estaban sentados en cuarta fila, aguantando estoicos el insoportable calor. Ana había convencido al comisario Vázquez de que asistir al acto era una buena idea. Su misión era observarlo todo y, en cuanto el homenaje acabara, aprovecharían para charlar con dos compañeros de equipo a los que Osvaldo había llamado la tarde antes de morir. Era muy complicado quedar con los jugadores en otras circunstancias, sus agendas estaban muy apretadas y, tras ellos, había siempre un reguero de periodistas.

A nadie le interesaba que la prensa se inmiscuyera más en la investigación. Por otro lado, la falta de información respecto al caso, hacía que proliferaran los programas de televisión y radio basados exclusivamente en conjeturas. Había debates, programas de investigación con cámaras ocultas,... Todo aquello hacía que el círculo cercano a Osvaldo se hubiera vuelto más hermético si cabe.

«Sobre todo —había ordenado el comisario—, quiero discreción. Habrá mucho periodista, así que ni se os ocurra montar un escándalo».

Tras casi dos horas de interminable homenaje, plagado de música de Elton John y de retrospectivas fotográficas del difunto, por fin se fueron levantando de las sillas y las cámaras dejaron de grabar.

Los dos agentes sabían perfectamente a quien debían dirigirse. Álex, que era seguidor de fútbol, había aprovechado ese rato para indicarle a Ana quién era quién.

Mientras la inspectora se iba a abordar discretamente al defensa, David Méndez, su ayudante

fue directo a Miguel Durango, el portero titular.

—Buenas tardes, soy el agente Alejandro Guzmán —se presentó ante el jugador—. Me gustaría hacerle unas preguntas en relación a su compañero de equipo, Cruseido.

El jugador pareció sorprendido y algo contrariado:

—¿Aquí y ahora? No creo que sea el momento. El *míster* nos tiene prohibido hablar.

—Les tiene prohibido hablar con los medios, no con la policía —corrigió Álex.

—Bien, dígame en qué puedo ayudarle.

El portero era un hombre muy alto y también muy musculoso. Su cara era angulosa y lucía una cuidada perilla. Llevaba el pelo rapado al uno, aunque se adivinaban unas incipientes entradas en las sienas. Sus ojos quedaban tapados por unas gafas de sol de Armani, de esas que parecen espejos. Al igual que el resto de sus compañeros de equipo, iba vestido con un elegante traje y corbata negra, con camisa blanca. Iba impecable.

En una de las esquinas del campo se había montado una carpa y había un *catering* preparado. La gente estaba yendo rápidamente a beber algo para hidratarse. El deportista indicó a Álex que podían ir a buscar una bebida y hablar allí, a la sombra.

—Verá, señor Durango —empezó el agente ya con un refresco en la mano—, hemos comprobado que Osvaldo le llamó varias veces a su móvil algunas horas antes de morir.

—Sí —confirmó el portero—, tengo algunas llamadas perdidas en mi móvil. Esa tarde lo dejé en mi habitación y me estuve bañando un rato en mi piscina. —Bajó su mirada al suelo—. Cuando vi la llamada era ya muy tarde y pensé que ya nos veríamos en los entrenamientos. Luego, con el día de descanso en medio, me olvidé totalmente. No sabe las veces que me he preguntado qué podía querer... ¿Hubiera cambiado algo si le hubiera respondido a la llamada?

—¿Eran muy amigos? ¿Sabe si alguien podía tener algo personal en su contra? —preguntó el policía que se veía reflejado en color verde y por duplicado en los cristales de las gafas.

—¿Puedo saber cómo ha muerto en realidad? —interrumpió el futbolista—. La gente hace todo tipo de especulaciones.

—Lo siento, no estoy autorizado a dar esa información. El caso está bajo secreto de sumario.

Durango se disculpó y contestó al policía.

—Yo no le llamaría amistad. Se crea camaradería en el equipo, pero su vida era muy diferente a la mía. Él era un fiestero y yo tengo una mujer, un bebé y otro que viene en camino. No compartíamos aficiones.

El joven dio un largo trago a su agua. Bebía directamente de un botellín de plástico. Álex se fijó en sus enormes manos. Manos de portero.

—Respecto a lo de si podía tener enemigos —prosiguió—, no sé. Era un jugador muy envidiado y tenía un gran ego que podía enervar a muchos, pero de ahí a que alguien le quisiera matar.

Antes de que Álex pudiera hacer una nueva pregunta a Durango, una atractiva joven se acercó a ellos. Lucía un vestido naranja de lino que dejaba ver una abultada barriga, estaba en sus últimas semanas de gestación. El policía supuso que aquella era su mujer.

—Hola —dijo mirando a Álex—. ¿Interrumpo? Estoy agotada, *cari*. —Miraba a su marido indicándole unos hinchados tobillos—. A ver si nos podemos ir pronto que estoy que me caigo.

El futbolista hizo las presentaciones y la joven no pudo evitar un «pobre chico» evocando a Osvaldo. Al policía no se le escapó la falta de elegancia de la mujer. Pese al dinero que ahora

tuviera, no podía negar que la mujer carecía de elegancia y de *saber estar*.

La joven, que debía tener poco más de veinte años, se llamaba Conchi. Se sabía, por las revistas del corazón, que había estado con varios futbolistas con anterioridad. Las malas lenguas decían que llevaba años *a la caza* de algún famoso y desde muy jovencita se dedicaba a seguirlos. Se había dicho que solía frecuentar los locales de moda donde iban los futbolistas de primera división. Tras varios fracasos amorosos con algunos famosos, Conchi y Durango se habían conocido en una discoteca en la que algunos jugadores del equipo solían ir. A las siete semanas, los jóvenes posaban para las revistas anunciando embarazo y futura boda. De eso hacía poco más de año y medio y, pese a que aún no había habido boda, ya eran una familia consolidada.

El policía le pidió un teléfono de contacto para poder charlar, si fuese necesario, en otra ocasión.

—Ésta es mi tarjeta —le acercó el futbolista—. Si lo necesitan para la investigación estaremos encantados de recibirlo mi casa de La Salina. Ya buscaré el momento, aunque va a ser complicado porque está a punto de empezar la Liga y en cuanto llegue el peque...

Álex se quedó junto a la mesa de los canapés mientras veía a la pareja alejarse, cogidos de la mano. Le había parecido un hombre realmente atractivo. Mientras les seguía con la mirada se llevó a la boca un delicioso bocadito de brandada de bacalao. Un trueno amenazaba una nueva tormenta.

Por su parte, al acabar el homenaje, la inspectora había saltado de la incómoda silla y había corrido para interceptar a su presa, David.

David Méndez era el capitán del equipo y también era capitán de la selección española. Era un joven muy mediático, en parte porque había estado saliendo hasta hacía unos meses con una emergente actriz americana que había trabajado como secundaria en un par de taquillazos.

La multitud, sedienta tras dos horas bajo el sol, se apresuraba a llegar a la carpa del *catering*, interponiéndose entre la inspectora y su objetivo.

—¿Señor Méndez? —alzó la voz para que el jugador la oyese—. Quisiera hablar con usted sobre Osvaldo Cruiseido.

—Lo siento —contestó un gigante corpulento parándole el paso—, los jugadores no pueden hacer declaraciones, órdenes del club.

—No soy periodista —corrigió Ana—, soy de la policía.

—Policía, ¿eh? —se burló aquel hombre del tamaño de una montaña—. Te he dicho que no va a hacer declaraciones, estoy harto de vosotros. No tenéis escrúpulos. ¿Eres de la agencia Korpa?

—Inspectora Ferrer —informó enseñando discretamente su placa—. ¿Y usted quién es?

La agente buscó con la mirada al jugador, viendo como se alejaba hacia la salida a paso ligero.

—Yo me ocupo de la seguridad del señor Méndez —contestó el gorila.

—Pues en estos momentos está interfiriendo en una investigación —fulminó con su mirada al ogro—. Más le vale que pueda hablar con él.

Pero ya no había rastro del futbolista.

—Hable con su representante, es aquel hombre de allí —dijo el guardaespaldas señalando con el dedo a un hombre de mediana edad.

La inspectora se sintió frustrada. Después de un largo día de trabajo, había pasado más de dos horas bajo un sol de justicia, en un acto que no le interesaba lo más mínimo, y no había conseguido

nada. Tenía ganas de quitarse aquel traje y darse una ducha, así que se dirigió hacia aquel representante para pedirle un teléfono. Confiaba que a Álex le estuviese yendo mejor. Miró al cielo, había visto un relámpago. ¿De nuevo una tormenta eléctrica?

CAPÍTULO 11

Ivana Maienco llegó al despacho con veinte minutos de retraso. Hizo su entrada en la calurosa comisaría como si de un desfile de moda se tratara. Con paso firme y armonioso siguió al agente que la guio hasta donde Ferrer y Guzmán la esperaban.

—En dos horas tengo que estar en el aeropuerto. —No se disculpó por el retraso.

Se había sentado en un sofá e inmediatamente había abierto su bolso de Chanel para sacar un chicle que se llevó a la boca. Era una auténtica belleza rusa. Tenía el cabello largo, muy rubio, lo llevaba suelto. Sus ojos claros eran felinos, rasgados, grandes. Su boca era sensual y llevaba los labios pintados de un rotundo color rojo. Llevaba un corto vestido ajustado que dejaba lucir unas piernas largas y moldeadas, un vientre plano y unas caderas de medidas perfectas. El rojo de su vestido hacía resaltar el color tostado de su piel bronceada. Sus sandalias de tacón de aguja la hacían parecer una diosa subida a un pedestal. Totalmente inaccesible e inalcanzable.

—Buenos días, señora Maienco, gracias por venir, quisiera...

—Tutéame —interrumpió la *top*.

La joven sacó una toallita húmeda y se dedicó a limpiarse las manos. Se la veía fuerte, gélida y superficial. No se parecía en absoluto a la mujer que lloraba mirando a cámara el día anterior.

—Te decía —continuó Ana— que...

—Un momento. —En esta ocasión la *top* sacó un móvil de metal dorado con incrustaciones de cristales de Swarovski y e hizo la señal de silencio directamente a la inspectora—. *Da... Dimitri?...*

Habló durante unos cinco minutos en ruso con alguien mientras los policías esperaban incrédulos. —*Покá* —se despidió al fin.

—Bien, Ivana, quisiera que me contaras...

—Yo estaba de viaje cuando pasó todo. Yo no sé nada. Quería a mi novio y no sé en qué más puedo ayudarles —dijo cortante, en un perfecto español—. He venido voluntariamente a declarar, ¿puedo irme ya?

A Ana le molestó mucho su actitud. No sólo por llegar tarde, por sus aires de diva o por ser simplemente una maleducada; lo que le molestaba es que hubiera personas tan poco empáticas. Ella y Álex se miraron. Ya se entendían sin hablar.

—Esto no funciona así Ivana. —La inspectora se levantó para quedar por encima de ella—. Deja que te lo explique: se ha cometido un asesinato, concretamente el asesinato de TU novio, y es nuestra obligación arrestar a quien lo hizo. Siendo tú la persona más cercana a él, debes darnos toda la información que te pidamos, hasta que estemos seguros de que no sabes nada más y que no tienes nada que ver con su muerte. Entonces, y sólo entonces, podrás irte libremente. Recuerda que si creemos que hay indicios de que estás implicada te podemos retener aquí unas cuantas horas. ¿Te imaginas las portadas? —preguntó dirigiéndose a Álex.

—Las revistas se venderán como rosquillas, jefa —sonrió Álex—. Pero no me parece muy buena publicidad.

La *top* les clavaba su mirada. Sus mejillas habían enrojecido por la rabia contenida. No dijo nada porque era lista y sabía que se había equivocado en su actitud. También sabía que podían buscarle las cosquillas y dejarla hasta setenta y dos horas en aquel lugar. Le convenía cooperar.

—Está bien —suspiró la rusa mirando al techo—. ¿Qué quieren saber?

A partir de ahí todo fue como la seda. Ivana bajó de su pedestal y contestó calmada a las preguntas que los policías le iban haciendo. A pesar de ello, la información que aportó no les resultó útil. A grandes rasgos, la rusa explicó que su carrera como modelo la obligaba a viajar continuamente, por lo que pasaba largas temporadas fuera de casa. Por su parte, Osvaldo estaba inmerso en sus entrenamientos, por lo que cada uno de ellos ignoraba a qué se dedicaba el otro. El temple de la rusa hizo prácticamente imposible que los policías averiguaran más de lo que ella quiso decirles, pero una cosa estaba clara: escondía algo.

CAPÍTULO 12

—Coge dinero de mi cartera —ordenó Ana—, el repartidor está a punto de llegar.

—Gracias, jefa, para que luego digan de los catalanes.

—A las *pizzas* invito pero ya veremos si no te cobro la habitación. Ya van siendo muchas las noches que te quedas a dormir —sonrió.

—Eso es por culpa tuya. Trabajamos hasta muy tarde y me haces madrugar demasiado. Por otro lado, esto no pasarías si de vez en cuando trajeras algún hombre a tu cama.

Enseguida llegó el joven repartidor con la oferta 2x1. Ana colocó las cajas de *pizza* en la mesita y se sentó, ya en pijama, en el sofá. Con unos golpecitos en el cojín, invitó a Álex a sentarse.

—Joder, jefa, ni un plato, ni servilletas, ni comemos en la mesa del comedor...

—Oye, ¿pero quién te has creído?, ¿un príncipe?

El joven se sentó divertido por el hecho de que, fuera de las horas de trabajo, Ana no parecía la misma persona. Cuando trabajaban, su jefa era perfeccionista hasta la obsesión, era metódica, era... una máquina. Pero cuando se quitaba la placa era otra. Le recordaba a una universitaria alocada, sin normas y sin límites. Se quitaba su traje, se plantaba unos tejanos y una camiseta y se reía a carcajadas con las alocadas vivencias que él le contaba.

—¿Tienes ganas de hablar del caso? —le preguntó mientras cogía su primer trozo de *pizza*.

—Uff... No sé... —resopló Ana con la boca llena—. Estoy cansada. En la oficina, en la radio, en la televisión, en la calle... todo el mundo hablando del tema. Prefiero que critiquemos a la rusa.

—Eso está hecho, jefa. ¿Te fijaste que tenía un grano asqueroso en la cara? —fingió Álex.

—Sí, y creo que puede verle algo de celulitis —mintió ella—. Si está así con apenas veinte años, no sé qué será de ella dentro de cinco.

—¿Pero cómo coño es posible que no sudara ni una gota con el maldito calor que hacía en ese despacho?

—Las rusas son de otra pasta, Álex. El frío de la estepa les debe crear una película sobre la piel que hace que las condiciones climatológicas no les afecten.

—Será eso, porque yo, con el calor que hemos pasado, tengo rozaduras hasta en los huevos. Los dos se echaron a reír.

Comieron las *pizzas* entre risas y pronto Álex empezó a hablar de sus ligues más desastrosos.

—Con Darío fue amor a primera vista. Me volvió loco nada más verlo. Lo vi bailando salsa en una discoteca. Era un latino musculado y *sin pluma*, como a mí me gustan, ya sabes, para nada era un *musculoca*. En cuanto bailé con él supe que lo nuestro tenía futuro. La gran historia de amor duró tres días.

—Eso es poco hasta para ti, Álex, ¿qué pasó?

—Descubrí que era traficante antes de que yo le dijera que era poli —suspiró.

La conversación siguió por los mismos derroteros y, a medida que pasaba el rato, la narración se volvía más sórdida. Ana reía sonoramente, con los ojos cerrados. El joven daba todo lujo de detalles.

—La polla de Enrique era descomunal, era el *top ten* de mi lista. ¡Ay! —suspiró—. ¡Qué

buenos recuerdos! Nunca he dormido tan bien como en aquella época, me mataba a polvos y luego me dormía como un bebé.

—Cómo te gusta sacar de paseo tu ramalazo. —Ana se dio cuenta que Álex aflautaba la voz cuando le explicaba sus andanzas, y que hacía poses exageradamente amaneradas.

—Ojalá resolvamos pronto el caso y podamos pegarnos una buena fiesta, jefa. Conocerás a mis amigos, de los que siempre te hablo y te llevaré a los mejores garitos de Madrid. Nunca hemos salido juntos, ¿verdad? Imagínate, con mi don de gentes y con tu cuerpazo vamos a triunfar. Eso sí, tienes que dejar que te modernice un poco.

—¿Qué insinúas? —fingió ofenderse Ana.

—No insinúo, jefa, digo que vistes como Angela Merkel y que no muestras todo tu potencial. Tienes que sacar tus *boobs* de paseo, jefa. Enseña la mercancía —le decía mientras ponía sus manos a la altura de su pecho, simulando tener tetas.

Ana rio con ganas. Pocos eran los que se atrevían a hablarle así. Siempre había impuesto mucho. Quizás por su altura, por su aparente seguridad, por sus ojos inquisidores o quizás simplemente por su cargo.

—Pues a mi Angela Merkel me parece una tía cañón y se la ve *noblota* —volvió a reír Ana.

—Sí, claro, y seguro que es la compañera ideal para ir a comer un cochinitillo a Segovia. Tiene pinta de tener buen saque.

Siguieron riendo hasta bien entrada la madrugada. Cuando Ana reparó en la hora, se puso firme y dio el toque de queda.

—Quedan cinco horas para volver a la carga. Tenemos que estar al cien por cien.

CAPÍTULO 13

—¡Y yo le he dicho que sí! —gritaba Ana por teléfono—. ¡Como si es el mismísimo Papa!

La inspectora estaba encerrada en su despacho, pero los gritos se oían en toda la comisaría. Por unos instantes, la actividad en la misma se paró totalmente. Mientras fingían trabajar, los agentes escuchaban atentamente lo que decía la policía. Hasta la fecha, nunca habían visto a la inspectora así de cabreada.

—¡Mire, esto podemos hacerlo de dos maneras: la fácil o la difícil! —vociferaba a su interlocutor—. En la fácil, él y yo conversamos como amigos y hablamos de nuestras cosas a puerta cerrada; en la difícil, la prensa se entera de lo que *mi amigo* y yo vamos a hablar... Usted decide.

Tras un breve silencio, se volvió a oír a la jefa. Esta vez el tono de la inspectora era más suave.

—Ya me parecía a mí —sonó victoriosa la voz de Ana—. No hay problema, yo iré a su casa, sé dónde está la urbanización La Salina.

Álex entró en el despacho con unos papeles en su mano derecha.

—¿Eras consciente de que te estaba oyendo toda la oficina? —preguntó el joven ayudante—. ¿Qué pasa con tu reputación de mujer de hielo?

—¿Quién coño se cree ese representante poniendo trabas a una investigación policial? —proseguía ella enojada—. Así no se puede hacer bien el trabajo. Álex, este caso se está enfriando y eso no es bueno. Este caso tiene repercusión internacional y los de arriba nos empiezan a presionar demasiado.

Realmente se la veía nerviosa, malhumorada y, como desde hacía días, notablemente cansada.

—Dime que me traes algo interesante, por favor —suplicó.

—Hemos estudiado sus cuentas.

—¿Algo interesante?

—Mucho más que eso —dijo mientras le enseñaba los datos a la inspectora.

—¡Collons! —dijo sonoramente Ana al ver semejantes cifras—. Sí, muy impresionantes, pero ¿hay algo interesante para el caso?

—Mira esto de aquí —le indicó con el dedo Álex—. Osvaldo estuvo transfiriendo periódicamente dinero a esta cuenta.

—Esto es mucho dinero —subrayó la inspectora—. ¿Quién es el titular?

—La cuenta pertenece a Jesús Tamayo, un ex empleado de Osvaldo. Fíjate, jefa, las transferencias empezaron hace trece meses, fecha en la que éste fue despedido, pero justo este último mes ya no se realizó la transferencia.

Los ojos de la inspectora brillaron de emoción. Por primera vez en muchos días, Álex la vio emocionada y contenta, como una niña que abre sus regalos de Navidad.

—Por fin algo interesante. ¿Tenemos localizado al tal Jesús? —preguntó ansiosa Ana.

—Creemos que se está pegando la gran vida en Puerto Banús. Ya estamos tras su rastro.

—¡Qué bien, qué bien! —daba palmaditas como una colegiala—. Ahora sí que empieza a gustarme el caso.

—Quizás el ex trabajador chantajea por algún motivo al jugador hasta que éste se cansa y deja

de pagar; el chantajista se enfada y va a hablar con él —Álex se había dejado contagiar por la alegría—. Le es fácil entrar porque conoce bien la casa y su sistema de seguridad. Tras hablar con él, intenta persuadirlo para que siga pagando pero no sale como él espera y la cosa se le va de las manos, matándolo.

—Álex, recuerda: hay que ajustar las teorías a los hechos, no los hechos a las teorías —dijo la inspectora para quitarle de ese estado de euforia.

CAPÍTULO 14

Mimi no había podido pegar ojo en toda la noche. Pese a que aquel hombre la había salvado de un trágico destino, se sentía culpable por haber irrumpido de repente en la tranquila vida de Chema, como un elefante en una cacharrería. Era consciente de que había puesto su universo patas arriba. Llevaba casi dos meses viviendo con él en su piso y la trataba como a una reina, dándole un confortable cobijo, una buena comida, que la había hecho engordar casi cinco kilos, y ropa cara. Aquel hombre era tan bueno que no solo compartía sus pertenencias con ella, sino que también compartía sus amistades. Chema tenía la gran suerte de tener muy buenos amigos y siempre que él estaba, el piso estaba abierto para todos ellos: Toni, Álex, Marta, James, Inés, Francisco, la inefable Tormentosa...

Después de mucho insistir Mimi, Chema había accedido a que le echara una mano con la limpieza del local, por lo cual era retribuida. La cría tenía una maña increíble y era rápida como una ardilla con cualquier tarea que se le pidiera. De buena mañana, mientras Chema dormía, ella iba hasta el Don con Don, situado a escasas manzanas, y lo dejaba listo para la apertura. A parte de esto, la cría apenas salía de casa, pero estaba feliz. A veces, de madrugada, cuando llegaba Chema, ella lo estaba esperando para ver una película juntos. Se sentaban en el sofá, acurrucados, y ella acababa durmiéndose en su regazo. ¿Cómo podría pagarle lo que estaba haciendo por ella?

Aquel día Chema llegó pronto a casa, sobre las tres de la mañana. Desde que Mimi estaba en su vida, al hombre le apetecía pasar menos tiempo en el bar y más tiempo en casa, más tiempo con ella.

—¿Quieres follarse?

Chema casi se atragantó con el poleo que se estaba bebiendo. La infusión, que salió de su boca como si de un aspersor se tratara, estucó buena parte de los azulejos de la cocina.

Mimi estaba plantada allí, delante de él, en pelota picada. Como si de una aparición se tratara, la imagen de aquella pálida criatura le había dejado petrificado.

—Por el amor de Dios, chiquilla, tápate —acertó a decir cuando salió del trance—. Tápate —insistió acercándole instintivamente un trapo de cocina.

—¿No quieres? —preguntó con el trapo de cocina en la mano—. ¿Entonces te la chupo?

—¡Qué manía con follarse y chuparse, hija! ¡Que no!

Mimi, que se sentía tremendamente aliviada por el rechazo de Chema, había estado buscando una manera de pagar a su amigo todo lo que estaba haciendo por ella. Le parecía que su contribución con la limpieza del bar era insuficiente frente a todo lo que ella estaba recibiendo que era, básicamente, un hogar, una seguridad.

Cuando la joven se hubo puesto algo encima, Chema la sentó en el sofá con él.

—Mi niña —le dijo—, yo nunca podría acostarme contigo. Primero, porque soy, en palabras de algún cura de la Santa Iglesia Católica, una aberración de la naturaleza y me gustan los hombres; segundo, porque aunque me gustaran las mujeres, tú eres tan solo una niña y tercero, porque tú no eres cualquier niña, sino que eres MI NIÑA.

—Pero yo quiero pagar por *tú ayudar* a mí —insistió Mimi.

—Lo que tú me das es mucho más valioso que todo lo material de este mundo.

Mimi sonrió complacida con la respuesta, aunque algo no le había quedado claro del todo.

—Entonces, ¿a *ti gustan* hombres?

—Sí, soy homosexual.

—Ah...ya veo... —dijo pensativa—. En mi país, creo, *no hay homosexual*.

—Vaya, esa información tengo que compartirla con unos cuantos amigos míos.

Entonces, pasándole el brazo por encima de sus hombros, Chema rió de buena gana.

CAPÍTULO 15

Ana llegó a la hora acordada a la urbanización. Llovía a cántaros. En la garita, los dos vigilantes ya habían recibido órdenes de dejarla pasar. Uno de ellos la acompañó, en moto, hasta la residencia del jugador. Méndez vivía en un lujoso chalet, de estilo moderno. Todo el edificio estaba pintado de blanco y rodeado por un cuidado césped. Aparcado, junto a la puerta del garaje, había un todoterreno de alta gama. La inspectora aparcó su coche al lado y llamó al timbre. A lo lejos, se oían ya truenos. Parecía que la maldita tormenta eléctrica volvía a empezar.

Abrió la puerta David. El futbolista era un joven alto, posiblemente rondara los dos metros. Su pelo era rubio y ondulado y lo llevaba peinado hacia atrás. Iba en zapatillas y llevaba unos pantalones cortos de color azul y una camiseta blanca.

—Buenos días, ¿eres la inspectora Ferrer? —sonrió enseñando una fantástica dentadura.

Ana pensó que era un joven atractivo, pero con una cara algo aniñada. ¿Qué edad tendría? Le estrechó la mano.

—Buenos días.

—Gracias por desplazarte hasta aquí. Sobre todo con esta maldita tormenta. ¿Cuántas semanas llevamos con esta tortura?

Notó como él la seguía tuteando. Se le veía seguro de sí mismo.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó mientras atravesaban un gran salón.

Ana respondió afirmativamente y se dejó guiar por la vivienda. Era una casa luminosa, espaciosa, muy bonita. No se parecía nada a la de Osvaldo. Ésta no era nada recargada y transmitía sensación de paz. La decoración era minimalista y los muebles eran blancos y de líneas rectas. Mientras observaba todo a su alrededor, pensó que debería dedicarle tiempo a su propio piso y quizás empezar a decorarlo.

—Tienes una casa muy bonita. —La inspectora había decidido tutearlo también, dado que era más joven que ella.

—Yo también lo creo, aunque he de decir que el mérito no es mío, sino de un decorador. Si de mí dependiera, seguramente, aún tendría las cosas en cajas.

Aquello le hizo gracia a Ana, aunque no dijo nada.

David le sirvió un refresco y se sentaron en un gran sofá.

—David, usted...tú fuiste una de las últimas personas a las que Osvaldo llamó horas antes de morir. ¿Puedes decirme de qué hablasteis?

—Lo cierto es que no hablamos de nada en concreto. Me dijo que tenía algo que comentarme, pero que prefería que nos viéramos para hablarlo.

—¿No te dijo de qué se trataba?

—No, pero me dijo que quería mi consejo, que tenía en mente dar un paso muy importante, aunque no sabía cuál era la mejor manera de hacerlo.

—¿Entonces no tienes ni idea de a qué se refería?

—Bueno, la verdad es que creo que sí sé de qué quería hablarme, estoy casi seguro de que iba a irse a otro club europeo —dijo—. El mundo del fútbol puede parecer muy grande, pero no lo es tanto.

Mientras le hablaba, miraba directamente a los ojos de la inspectora, y Ana pudo apreciar que éstos eran de bonito color verde.

—Como el día siguiente no teníamos entrenamiento, quedamos para comer en el Rinforc, un restaurante de esta urbanización. Yo llegué a las dos menos cuarto y, evidentemente, él no vino.

—¿Sabes si tenía algún problema con alguien?

David pensó unos instantes cómo dar la respuesta. Luego, volviendo a clavar la mirada en Ana dijo:

—Con mucha gente.

La conversación estaba siendo productiva. Ana tomaba muchas notas y anotaba muchos nombres de gente con la que Osvaldo había tenido conflictos.

—Por lo que me estás diciendo, el excesivo ego le ha traído muchos problemas.

Entonces, David la miró contrariado y le dio una respuesta que no esperaba.

—No. El aparente ego desmedido de Osvaldo no era más que un absoluto complejo de inferioridad. No sé por qué la gente no lo veía tan claro como yo.

Siguieron charlando durante largo rato. La inspectora agradecía que aquel jugador le estuviese dedicando tanto tiempo y se lamentó de que no siempre fuera tan fácil.

—¡Dios mío! ¿Es ya esa hora? —dijo la inspectora mirando un reloj de diseño que colgaba de la pared. Habían pasado casi dos horas—. Perdóname, perdí el reloj ayer y necesito ir siempre con uno para no perder la noción del tiempo. Bueno, creo que de momento no necesito nada más. Gracias por acceder al interrogatorio.

—Se me ha pasado volando el tiempo. Ha sido un interrogatorio muy agradable.

Ana le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Después de acompañarla a la entrada, Ana le tendió la mano y él se la estrechó.

La tormenta amainaba.

CAPÍTULO 16

Pidió la llave en recepción. Por la tarde siempre le tocaba el mismo recepcionista inepto que sonreía como si las comisuras de su boca intentaran tocar los lóbulos de las orejas.

—Señorita Maienco, buenas tardes. ¿Las llaves de su suite?

Ivana no contestó, como cada vez que le había hecho la misma pregunta absurda desde que se hospedaba la Suite Royal del Westin Palace, después de que se supiera lo de Osvaldo. Se limitó a repiquetear sus dedos sobre el mostrador, mostrando su impaciencia por la lentitud del empleado.

—¿Puedo hacerme una foto con usted? —la abordó un huésped con pinta de hombre de negocios que va a un congreso.

—No.

El hombre, que esperando hacerse un selfie con la joven se había arreglado el nudo de la corbata que acompañaba al anodino traje gris, se quedó plantado en medio del hall, con el móvil en la mano, viendo como la rubia modelo se dirigía a los ascensores.

Una vez en la habitación, lanzó su bolso sobre el sofá de ante azul y se despojó del vestido y de las sandalias, quedando en ropa interior. Luego, tras echar un vistazo desde la ventana al tráfico que rodeaba a la diosa Cibeles, abrió el grifo de la bañera y encendió un *Belomorkanal*, la Папироса que se traía siempre que viajaba a Moscú. Dio un par de bocanadas mientras pensaba en lo próximo que debía hacer. Acababa de salir de aquella horrible comisaría y aquellos estúpidos agentes la habían puesto de muy mal humor. Llamó al servicio de habitaciones y pidió una botella de vodka Belvedere, que exigía en cualquier hotel que se fuera a alojar. Abrió el grifo para llenar la bañera, dispuesta a darse un baño relajante. Se quitó el sujetador y empezó a desmaquillarse frente al espejo del baño, mientras miraba los whatsapp de su móvil y murmuraba lo cabreada que estaba por haber tenido que ir a aquella sucia comisaría.

—Servicio de habitaciones —sonó una voz desde fuera de la habitación, acompañando unos discretos golpes en la puerta.

—Adelante.

Un jovencísimo botones, de cuerpo espigado y cara granulada, entró en la habitación con un carrito metálico y el vodka solicitado. La modelo salió del baño y, sin mirarle a la cara, cogió un billete de cincuenta euros de su bolso y prácticamente se lo tiró al aire, con lo que el joven tuvo que hacer una especie de salto artístico. El chaval no sabía si le emocionaba más el billete o ver tan de cerca a aquella preciosa modelo que, además, estaba mostrándole sus pechos. Si hubiera llevado gafas, éstas se habrían empañado por tanta emoción.

Ivana, divertida por lo violento que se encontraba el crío, se propuso que al pobre chico le estallaran las espinillas de golpe. Se acercó hasta él y, quedándose a pocos centímetros sonrió y dijo:

—Necesito que hagas algo más por mí.

En ese momento, el chico ya estaba a punto de sufrir una taquicardia y las piernas le temblaban porque nunca se había encontrado con una situación semejante y suponía que nunca más volvería a estarlo.

—¿En...en ... en qué puedo ayudarla, señ...señora? —acertó a decir tras tragar saliva y notando como el corazón casi se le salía por la boca.

—Cuando salgas, llévate el carrito y pon el cartel de «No molestar». Gracias.

Y dicho esto, agarró la botella y se metió en el baño, cerrando la puerta tras de sí y dejando al chaval con un calentón del quince y con una anécdota que contar y que nadie iba a creer.

Cuando la modelo oyó la puerta cerrándose, sonrió. Se dijo que aquel había sido el momento más divertido del día. Se dispuso a meterse en la bañera cuando sonó el teléfono móvil.

—Ha ido bien —contestó a su interlocutor.

—¡Pues claro que no he dicho nada! —se apresuró a decir la chica.

—No, no sospechan nada —prosiguió ella—, pero me he informado sobre quién lleva el caso y me aseguran que a estos no se les puede comprar.

Calló unos segundos para escuchar lo que la otra persona le decía.

—¿Qué significa eso de que será mejor que me quede calladita y me dedique a hacer desfiles o lo que coño se suponga que hago? ¿Me estás amenazando?

—¡Cállate y escucha! —ordenó el hombre del teléfono.

Éste le dio indicaciones exactas de lo que debía hacer y lo primero era deshacerse del móvil y esperar a que alguien contactara con ella. Luego, colgó.

La rusa se quedó con el teléfono en la mano y volvió a mirarse al espejo. No se reconocía. Ni siquiera sabía si le gustaba en lo que se había convertido.

—¿Quién eres tú? —preguntó a la mujer del espejo—. ¿Desde cuándo eres una zorra sin escrúpulos?

Luego, se quitó las braguitas y, asiendo la botella de vodka, se dispuso a tomar por fin ese baño de espuma. No quería pensar, sólo emborracharse y fumar hasta que el olor a tabaco quedara impregnado en toda la estancia durante semanas, al fin y al cabo estaba pagando un pastón por una habitación de no fumadores.

CAPÍTULO 17

—¿Cuándo me harás abuelo?

—Papá, estoy muy liado con el trabajo, aún es demasiado pronto.

—Tu madre y yo no tardamos nada, ¿verdad, Eloisa? —dijo agarrando con fuerza la mano de su esposa.

—Eran otros tiempos —dijo la mujer haciéndole un guiño a Álex—. Ahora los jóvenes se lo piensan mucho más.

La habitación estaba en la planta baja de la residencia y tenía una salida directa al jardín. Eran las siete de la tarde y los tres estaban sentados en el sofá gris y bebían la limonada que había traído Eloisa. Llevaban casi tres horas y madre e hijo estaban contentos porque su padre les había reconocido y razonaba bastante bien. Habían hablado de otros tiempos y habían reído con las anécdotas que todos recordaban.

—Se está bien aquí, con el aire acondicionado. En la calle hace mucho calor —dijo Eloisa.

—¿Cuándo me harás abuelo?

Álex y su madre se miraron, Jaime había vuelto a entrar en bucle. Los ratos de lucidez cada vez duraban menos y cada visita a su padre era peor que la anterior, era más triste. El Alzheimer se estaba llevando a su padre y, ya puestos, estaba trayendo la discordia familiar entre los tres hijos del matrimonio, cada uno de ellos con una actitud diferente ante el problema.

Aunque Eloisa se había opuesto rotundamente a que lo llevaran a una residencia, el día que lo pilló a punto de beberse jabón de los platos, tuvo que ceder. Intentar reducir a un hombre corpulento como su marido fue toda una odisea y solo con la providencial llegada de Jorge, el hijo mayor, pudo conseguir que Jaime soltase la botella de lavavajillas y se serenase, no sin antes acusarla a gritos de querer matarle de sed.

—¿Y para qué quieres más nietos, papá? Ya tienes cinco, de todas las edades. ¿O es que te haría gracia que adopte una chinita? O quizás que me vaya a Estados Unidos y tenga un hijo con un vientre de alquiler, se llama paternidad subrogada gay.

El padre no contestó. Ya estaba ausente, ya no escuchaba.

—Álex, por favor—le recriminó su madre—, no le hables así. ¿No ves que ahora se piensa que estás casado con Carmencita? ¿Sabes quién te digo? Su familia estuvo viviendo en nuestro bloque durante cinco años. Tenía tu edad. Se apellidaba... No, no lo recuerdo, pero era muy maja, ¿qué será de ella?

CAPÍTULO 18

—No tienes buena cara, Álex. ¿Quizás has dormido con el hombre equivocado?

—Parece que estás de buenas. ¿Ese es el famoso humor catalán?

El joven tenía razón, Ana había conseguido dormir más de cuatro horas seguidas. Se había levantado de buen humor y se le notaba. Había traído unos cruasanes recién hechos a la comisaría y los del turno se lo habían agradecido enormemente.

—He decidido que, al menos hoy, no voy a dejar que la presión haga mella en mí. Gracias a la reciente muerte de la vieja condesa, los medios ya tienen carnaza y nos dejarán unos días en paz, hasta que se abra finalmente el testamento.

—Sí, sí, *gracias a la condesa* —rió Álex.

—Bueno, no quería que sonara así, pero ya me has entendido. La señora ya había vivido lo suyo.

—Ahora le toca vivir a sus herederos. Ya lo dice el dicho: «el muerto al hoyo y el vivo al bollo».

—Oye, tú también estás hoy agudo, Álex. Aunque te sigo viendo un poco raro.

—No es nada. Ayer fui a ver a mi padre. El efecto postvisita me dura un par de días.

—Lo siento, Álex —dijo la inspectora, que conocía la situación familiar de su ayudante.

—Cuesta acostumbrarse —se lamentó el joven—. En fin, volvamos a lo que nos ocupa ahora —dijo respirando hondo.

La mañana transcurría bastante tranquila en la comisaría. Se notaba que la gente estaba más distendida y trabajaba mejor. Fuera, el día había amanecido soleado y la tormenta parecía haber dado una tregua. El aire acondicionado, ya en funcionamiento, también contribuía a ese buen ambiente de trabajo.

El equipo había investigado los movimientos del círculo más cercano a Osvaldo y había comprobado todas las coartadas dadas por los posibles sospechosos. El círculo no estaba cerrado, ni mucho menos, pero se iban eliminando flecos superfluos.

—¿Qué hora es?

—Casi las cuatro, jefa.

—Ya decía yo que tenía hambre... ¿Voy a buscar algo de comer y comemos aquí?

Álex no contestó, últimamente lo normal era comer en diez minutos cualquier porquería para no desconcentrarse del caso y luego volver a la carga, hasta bien entrada la noche. En ocasiones iba a buscar la comida la inspectora y en ocasiones iba él.

—Seguro que el restaurante chino de la calle Berlanga estará abierto. Ahora vuelvo —dijo cogiendo su bolso.

En la calle, el calor era sofocante. El cielo volvía a estar encapotado y, una vez más, amenazaba tormenta. Estaba harta del verano de Madrid, de la polución, del caso...

La comisaría estaba a escasas manzanas del restaurante El Dragón Dorado, pero el bochorno le pesaba como una mochila de once kilos. Sin darse cuenta, había salido de la comisaría con la chaqueta puesta y ahora, que le sobraba, se la había atado a la cintura, de manera que parecía una excursionista despistada que caminaba a paso ligero para ver una catedral.

Ana estaba frente a la puerta del Dragón Dorado, rebuscando en su bolso el teléfono. Quería llamar a Álex y preguntarle si le apetecía la especialidad de la casa: Rollitos imperiales.

—Hola, Ana. Vaya coincidencia. No sabía que también te gustara el Tres Copas.

Levantó su cabeza y descubrió que quien se dirigía a ella no era otro que David Méndez. Por lo visto, el restaurante chino estaba casi al lado de uno de los restaurantes de moda de Madrid, el Tres Copas, de donde acababa de salir el futbolista, solo.

David iba con unos pantalones blancos de Fendi y con un impecable polo de color amarillo de Marc Jacobs. Llevaba unas sandalias menorquinas, que volvían a estar de moda, y cubría sus ojos con unas gafas de sol tamaño XXL de Versace. Todo muy metrosexual.

—Un poco tarde para entrar a comer. ¿Sigues sin reloj?

—Eh... sí —fue lo único que supo decir Ana—. Voy a llamar —dijo señalando el teléfono finalmente hallado.

—Ah, sí, claro... Bueno, hasta otra, entonces.

El jugador se acercó a ella y le plantó dos sonoros besos para despedirse.

Parecía que habían vuelto los malditos rayos. Ana miró al cielo pero aún no se apreciaba que la tormenta estuviese encima.

—Ya nos veremos —dijo.

Mientras miraba hacia arriba, pensaba en aquel chaval que se alejaba. La había besado como si ella fuera una fan o algo así. Estaba descolocada y, para cuando se dio cuenta, su mirada no se estaba dirigiendo al cielo, sino a la retaguardia del joven.

CAPÍTULO 19

—¿En serio, Ana? ¿David Méndez?

La voz de Marta, su hermana, sonaba como un cascabel al otro lado del teléfono. Eran las ocho de la mañana y la inspectora estaba revisando expedientes del caso. Llevaba un café en la mano.

—Buenos días a ti también. ¿De qué me hablas?

—No lo niegues, os he visto en la revista. ¡Qué envidia! —gritaba Marta—. ¿No es muy joven para ti?

—Tengo que colgar, estoy entrando en la comisaría.

Marta era su única hermana. Quizás en un pasado estuvieron muy unidas, pero de eso hacía mucho tiempo. Su madre y su hermana no apoyaron su relación con Oriol, y le advirtieron de que aquel hombre no le convenía, que era difícil que aquello funcionara. De nada sirvió que le dijeran que era muy joven y que su relación estaba condenada al fracaso, incluso antes de empezar. Ella estaba tan enamorada que lo dejó todo por él. Ahora, pasado el tiempo, la evidencia era que tenía razón, pero aun así, su estúpido orgullo le impedía decirles «teníais razón».

—No me engañas, hoy es domingo. No seas tonta, quédate embarazada del chaval y deja de trabajar de una maldita vez. ¿No estarás en la cama con él?

—Adéu, Marta. *T'estimo. Cuida't* —añadió casi en un susurro.

Ana colgó el teléfono. No podía soportar a la parte superficial de su hermana. ¿A qué revista se refería? ¿De qué le estaba hablando?

La inspectora intentó volverse a concentrar en lo que estaba haciendo, sin embargo las palabras de su hermana la intrigaban. No lo pensó más. Rápidamente se quitó el pijama, se puso el chándal y se dirigió al quiosco más cercano.

¿Lectura? ¿Hola? ¿Pronto?... ¿Cuál? Había multitud de revistas del corazón y no sabía exactamente qué buscar. Tras más de un cuarto de hora ojeando revistas, bajo la mirada reprobatoria del quiosquero, por fin encontró lo que buscaba.

No era una portada ni nada por el estilo, pero sí había un recuadro, en el interior de una de las revistas, en la que aparecía David y ella, en la puerta de un restaurante.

La escueta noticia rezaba:

¿Nuevo amor?

Tras un tiempo en el dique seco, uno de los solteros de oro de la selección parece haber recuperado la ilusión al lado de esta bella y desconocida joven. En la foto, podemos ver a la pareja saliendo juntos de un restaurante de moda.

Eso era todo. ¿De dónde habían sacado aquella absurda noticia? Entoncesató cabos: aquella luz, que le pareció un relámpago, era el flash de una cámara.

¿Saliendo juntos? ¡Qué vergüenza! En la foto se veía a un joven impoluto, besando a una mujer madurita, despeinada, y con cara de asombro. Esperaba con toda su alma que nadie la hubiera reconocido, especialmente Oriol, y esperaba también que el propio jugador no leyera aquello. Sin embargo, hacía tiempo que nadie se refería a ella como «bella» o «joven», ya la llamaban «señora» y eso lo odiaba. Así que Ana, por muy avergonzada que se sintiera, no pudo evitar

comprar la revista. Aunque ayudara tal vez el hecho de que la foto no era demasiado nítida, se complacía de que un redactor la viera así: joven y bella.

Mientras hacía un café en casa, aprovechó para ojear los cotilleos de la revista. Nunca le había llamado la atención ese tipo de prensa, y lo cierto es que la gran mayoría de las caras de aquellos famosos no le sonaban en absoluto. Sin apenas darse cuenta, había leído y releído aquella reseña estúpida en la que su imagen aparecía junto a la del jugador. «Vaya pelos, a ver si voy a la peluquería» se dijo para sus adentros.

CAPÍTULO 20

Se merecían una noche loca. Hacía meses que la necesitaban, pero estaban tan cansados que pensaron que la mejor fiesta era la que pudieran hacer en casa, cómodos, sin tener que arreglarse. Cuando el sueño les venciera podrían irse a la cama.

—¡¡¡¡¡Vamos a quemar la noche!!!! —gritó eufórico Álex.

—¡¡¡¡¡Sí!!!!!! —gritó Ana.

La gran noche loca no parecía que fuera a durar mucho. La inspectora y Álex habían abierto la segunda botella de lambrusco y aún no habían cenado. Esta vez, el menú era mejicano. Debían ser las nueve y esperaban al repartidor.

Álex llevaba un pantalón de deporte, sin camiseta. No podía evitar ponerse delante de Ana cada diez minutos y enseñarle su cuerpo de gimnasio.

—Mira, jefa, mira. Mira mis abdominales: «acero *pa'* los barcos».

—¡Qué chulazo eres!

—¿Y mis oblicuos? ¿Tú sabes lo que cuesta que esto esté así? Toca, toca.

—Estás buenísimo —asentía Ana, tocando el torso de su amigo.

Álex se había subido sobre el sofá y forzaba sus músculos mientras sonreía, como si estuviera en un concurso de forzudos.

Ana reía. Al chico le encantaba la risa de su jefa. Cuando ella reía, su cuerpo se convulsionaba y le lloraban los ojos. Normalmente su risa era sonora y tapaba su abierta boca con la mano.

—¿Otra copita de vino? —dijo mientras se dirigía a la cocina.

De repente, el joven se puso serio. Dejó sobre la encimera de la cocina la copa de vino que llevaba en la mano y se dirigió a Ana.

—¿Por qué no te conozco aún, Ana? ¿Quién eres?

—¿Que no me conoces? Llevamos meses pasando casi veinticuatro horas juntos. —Ana sabía a qué se refería, aunque intentara disimular.

—Precisamente por eso, Ana. Tú lo sabes todo de mí y yo no sé nada de ti. Yo me he abierto a ti completamente, en cambio tú...

Álex la estaba llamando por su nombre, algo que casi nunca hacía. Estaba hablando muy serio, se le veía algo herido. Ana sabía que el joven tenía razón, se ocultaba tras un muro que nadie podía derribar.

—Mi vida siempre ha sido muy aburrida. Creo que me consideras más enigmática de lo que soy. No tengo oscuros secretos que ocultar, si es lo que esperas.

—Simplemente espero conocerte. Háblame de tu ex, vamos a criticarlo por no haber sabido apreciar la maravilla que tenía a su lado. ¿O quizás fuiste tú quien le dejó?

Suspiró profundamente y, tras un bufido de resignación, se dispuso a abrirle su corazón a Álex. En el fondo, esperaba que aquello fuera una catarsis y poder, al fin, confiarse a alguien como hacía años que no lo hacía.

—Está bien, ¿por dónde empiezo?

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

—Quédate ahí mismo —ordenó Álex—. Yo abro al repartidor y me cuentas todo mientras cenamos.

Álex había salido veloz de la cocina para recoger la comida. Mientras, Ana abría y cerraba cajones, esforzándose en recordar dónde podía tener servilletas de tela para una noche tan especial.

—¡Jefa, ven! ¡No es la comida! —gritó desde la puerta.

En la entrada había un mensajero de MRW con cara de aburrido. En su mano derecha llevaba un abultado sobre plastificado.

—¿Señora Ferrer? Buenas noches, por fin la encuentro. No ha estado todo el día en casa —dijo el mensajero con tono de reproche—. Hágame el favor de firmar aquí.

Ana no esperaba ningún envío. En la cocina, abrió el sobre plastificado sin remitente. Dentro, había una cajita envuelta en papel de regalo. Rasgó el papel y abrió la caja para encontrar un reloj.

—¿Y esto, jefa? Pero si es un Patek Philippe. ¿Quién te lo envía?

La inspectora sostenía abierta la caja y miraba boquiabierta el reloj. Leyó en voz alta la nota que lo acompañaba:

Por favor, acepta este detalle que te ayudará a no llegar tarde a los restaurantes. Quizás la próxima vez, coincidamos en uno.

Firmado: David

La esperada catarsis de Ana tuvo que esperar. Durante la cena, la conversación se centró en el reloj, en el jugador y en la extraña nota.

CAPÍTULO 21

Por fin bajó Álex. Llevaba un maletón gigante. Lo metió con dificultad en el maletero, mientras Ana, en el asiento del conductor miraba por el retrovisor la divertida escena.

—Hola, jefa—dijo al entrar finalmente al coche—. ¿Y tu maleta?

La inspectora le señaló la mochila que había en el asiento de atrás.

—¿Sólo eso?

—No necesito más.

—¿Y si la cosa se alarga? O mejor aún: ¿y si la cosa va como la seda y nos podemos quedar unos días para relajarnos? Ojalá no nos llueva.

Los dos policías iban de camino a Puerto Banús. Se había localizado a Tamayo y querían pillarlo desprevenido. Podían haber ido en coche oficial, con chófer, pero preferían ir solos y hablar tranquilamente.

Como siempre que hacían un viaje largo, habían echado a suertes quién llevaría el coche. En esta ocasión, le había tocado a Ana. Como habían establecido tiempo atrás, el conductor elegía la música, y sus gustos no podían ser más diferentes.

Los cien primeros kilómetros estuvieron amenizados por música de Cocteau Twins, Sigur Ros y Bob Acri. Luego, la inspectora se apiadó del joven y le dejó poner a su adorada Lady Gaga.

A pesar de que cada veinte minutos recibían una llamada del comisario, preguntando o dando indicaciones, el viaje hasta Puerto Banús fue agradable. Se turnaban para conducir y charlaban del caso, pero también de otras muchas cosas. Entre ellas, una que les estaba ocupando gran parte de la conversación.

—Tengo que devolvérselo, Álex. No puedo aceptarlo.

—Ni se te ocurra, jefa. ¿Sabes cuánto vale ese reloj?

—Álex, sé que en el fondo estás de acuerdo conmigo. Sabes que es mi obligación. No puedo aceptar regalos de gente involucrada en la investigación.

—Lo sé, jefa, pero es tan bonito —dijo poniendo carita de pena—. Por otro lado, eso no es un regalo, es una invitación.

—¿Una invitación a qué?

—No te hagas la tonta, jefa, éste quiere *mambo*.

—No seas absurdo. Fue muy amable conmigo durante el interrogatorio y casualmente yo le dije que se me había perdido el reloj. Además, soy muy mayor para él porque él debe tener...

Ana no terminó la pregunta. La dejó caer como si tal cosa, pero lo cierto es que realmente estaba interesada en saber la edad de aquel joven.

—Veinticinco —la sacó de dudas.

«Madre mía —se dijo para sus adentros—, pero si es muy joven». Ana se sorprendió con estos pensamientos y no pudo evitar ruborizarse, tan sólo con la descabellada idea que le había pasado fugazmente por la cabeza.

—Anda, que si las revistas se enteraran también de esto —se le escapó en voz alta.

—¿Qué revistas? ¿Qué significa eso? ¿Hay algo que deba saber?

Entonces Ana le explicó el casual encuentro delante del restaurante. Álex se moría de la risa.

—Ja, ja, ja. ¿Con tu sueldo, al Tres Copas? ¿Y no se imaginó que ibas a entrar al restaurante

chino que tiene el menú a siete euros? ¡Qué cutre! —se descojonaba.

Álex reía y Ana no podía evitar reírse también. Se recreaban representando la escena: ella apestando sobaco por el calor y él hecho un pincel.

—¿Y si ese encuentro no fue tan casual? —logró decir Álex después de su ataque de risa— Quizás quiere probar carne madurita.

Volvió a sonar el móvil de la inspectora. En la pantalla se podía leer «Comisario Vázquez». Ana resopló, miró al techo del coche y puso el manos libres.

—Diga, comisario.

Hacia las ocho de la tarde llegaron a su destino. El hotel no era ni mucho menos de lujo, pero al menos estaba limpio y tenía piscina. Aprovecharon para dar un paseo por el puerto antes de la cena y así desentumecer los músculos después del largo viaje en coche.

Ni una sola nube en el cielo, ni un lejano trueno. La brisa era deliciosa y la bonita visión del puerto marítimo obró milagros en el humor de ambos, transportándolos a un estado de relajación que invitaba a confidencias.

—¿Me hablarás ahora de tu misterioso ex?.

—Mi ex pareja no es buena persona —dijo Ana, que se había parado y miraba al horizonte.

—Los ex no suelen serlo, jefa —dijo Álex con una sonrisa.

La expresión de Ana era grave, seria. El policía entendió que la afirmación tenía más peso del que podía parecer. Esperó que ella siguiera hablando, pero no fue así. Ana reanudó el paso y dio por zanjada la conversación. El joven quedó más intrigado.

CAPÍTULO 22

Ana había conocido a Oriol al poco de entrar en el cuerpo. Él era el comisario. Era un atractivo viudo, bastante mayor que ella, pero tenía un magnetismo al que no se pudo resistir. Su pelo era abundante, canoso. Sus ojos eran vivaces, inquisidores, de un profundo color negro. Lucía todo el año un bronceado natural y una manicura perfecta. Tenía un hoyuelo en la barbilla que le daba un aire elegante. Ana veía en él a un actor de Hollywood de los años cincuenta y Oriol parecía encantado de dar esa imagen.

Se enamoró irremediamente de él. Saltándose todos sus principios, sus normas y todos los convencionalismos, se fue a vivir con él a la semana, y una semana después, se casaron en un pequeño juzgado de Gavà.

Ana fue extremadamente feliz durante poco más de un año. Escapadas a Ibiza, Londres o Roma, esquí en Aspen, de compras a Nueva York y vacaciones en lejanos paraísos tropicales. Su marido la colmaba de atenciones. Ella, joven, inexperta y muy enamorada, se dejaba mimar.

Como es lógico, le llevó un tiempo darse cuenta de que algo no marchaba bien. Se había convertido en barro en manos de Oriol, él la estaba moldeando a su antojo. Gracias a las influencias del cargo de él, los fines de semana solían empezar antes para ellos que para el resto de compañeros y el regreso a comisaría podía dilatarse también más de lo normal. Tampoco era normal aquel ritmo de vida con el sueldo de policía, pero eso también tardó demasiado en entenderlo.

Oriol era envolvente y, a la vez, enigmático. Solía tener reuniones, fuera de la oficina, que duraban horas y horas. La mayoría de las veces, Ana no sabía ni dónde ni con quién se reunía. Ella imaginaba que estaban relacionadas con investigaciones policiales secretas, por lo que nunca hacía preguntas.

Con el tiempo, las ausencias de Oriol se hicieron más frecuentes y más largas. Durante su ausencia, Ana tenía tiempo de pensar en su relación. Se dio cuenta de que no conocía en absoluto a su marido. Se había enamorado de una imagen idealizada, pero que no era real. Intentó en diversas ocasiones saber algo de su vida antes de conocerse, pero él siempre contestaba con evasivas. Una parte de él era agresiva y violenta. En una ocasión, al preguntarle por qué no había tenido hijos con la que fue su mujer, Oriol entró en cólera y le ordenó a gritos que se metiera en sus asuntos, marchándose de casa con un portazo. Pocas horas después, había vuelto con una caja de marrons glacés y un enorme ramo de rosas con una tarjeta con la palabra «Perdóname».

Oriol cada vez se había vuelto más hermético, controlador, desconfiado e incluso paranoico, siempre a la defensiva. Ana se dio cuenta de que, astutamente, su marido la había alejado de sus amigos y de su familia: todas esas escapadas y viajes; su cambio de domicilio a una urbanización alejada. Recordaba con nostalgia a su amigo Sergio. Se conocían desde el colegio y se querían de verdad, sin condiciones. Tras casarse con Oriol, habían pasado meses sin verse, aunque seguían en contacto por teléfono. Ana le explicaba lo enamorada que estaba y él la felicitaba. Un día Sergio, que era comercial, estaba de paso por la zona, así que decidió ir a visitarla a casa y conocer finalmente al hombre que hacía tan feliz a su amiga. Pero la cosa no fue tal como esperaban y la esperada visita acabó con una fea escena de celos protagonizada por Oriol, con puñetazo a Sergio incluido. El enfado de Ana fue monumental y duró semanas, pero el enganche

que tenía era tal que acabó por perdonarle y se comprometió a no volver a hablar con su amigo.

CAPÍTULO 23

Estaba todo estudiado. La policía de Puerto Banús sólo sabía que el tal Jesús Tamayo estaba relacionado con un caso de chantaje y extorsión, pero en ningún momento se les había informado de que también pudiera estar relacionado con la muerte del jugador. No podían arriesgarse a que se filtrara el nombre de Osvaldo. No querían comprometer la investigación que se llevaba a cabo en Madrid.

A las 8:00 arrestaban a Tamayo a la salida de un chalet que tenía alquilado. A las 8:45 ya estaban en comisaría. Se habían encerrado los tres en una sala de interrogatorios. Como el resto de policías no conocía la trascendencia del asunto, nadie tenía el más mínimo interés en implicarse.

Tamayo tenía unos cuarenta y cinco años. Era un hombre flaco, algo encorvado. Su piel estaba excesivamente bronceada por el sol y lucía numerosos tatuajes en sus brazos. Llevaba el pelo corto, teñido de rubio, mostrando unas raíces mucho más oscuras. Tenía una boca fina, y una dentadura amarillenta, carente de algunas piezas laterales. Sus ojos eran marrones y parecían hundidos, igual que sus pómulos. La falta de higiene era evidente en su ropa y en su olor corporal. Parecía haber dormido durante días con la misma ropa que llevaba ahora puesta.

Poseía un largo historial delictivo. Se había iniciado desde joven con pequeños hurtos, menudeo de drogas y robo de coches. Había dado un salto cualitativo al asaltar una farmacia a punta de pistola, hiriendo al dependiente. Tras dos años de cárcel, había ido de aquí para allá, trampeando y consiguiendo trabajos precarios, en los que no duraba demasiado por culpa, sobre todo, de su evidente adicción a las drogas.

—Cuéntanos, ¿cómo un hombre como tú, con tu historial, consigue trabajar para un millonario en una urbanización exclusiva?

—Soy buen jardinero.

El individuo mostraba un absoluto desprecio por los policías y no se sentía intimidado en lo más mínimo.

—Yo no estoy tan segura de eso, no duraste más de cinco días en ese trabajo. Sin embargo veo que tuviste un generoso finiquito y que Osvaldo te ha seguido transfiriendo dinero todos los meses. ¿Qué me dices de eso?

—Que era muy generoso.

—Generoso hasta que se cansó de que le chantajearas y dejó de pagar. Entonces, viste peligrar tu gran vida en Puerto Banús y fuiste a su casa para disuadirlo. Pero se te fue de las manos.

—No tenéis ni una mierda, ¿eh? La policía española es una inutilidad, dais asco.

—No seas estúpido y colabora con la inspectora —intervino nervioso Álex.

—¿O si no qué? ¿Te crees que me acojona entrar en el talego? En las cárceles españolas se vive de puta madre y si tienes dinero no te falta de nada. No tenéis nada en mi contra, no tenéis nada.

Era cierto. No tenían nada excepto suposiciones. Los policías no podían flaquear delante de aquel yonqui. Ana sólo podía hacer tiempo para que empezara a ponerse nervioso y empezara a hablar.

—¿La cárcel? Claro que se vive de lujo en la cárcel, con dinero y contactos puedes tener tu dosis diaria, tres comidas al día y tus partidas de cartas, pero...

—¿Pero qué?

—¿Hacia dónde ibas de buena mañana? A buscar tu dosis, ¿no? Por tus ojos y ese temblor incipiente veo que pronto te hará falta un *chute* pero, ¿sabes qué?, te tenemos que llevar a Madrid y el viaje puede ser más largo de lo previsto. Cerca no habrá médicos ni metadona. Luego, cuando lleguemos a la comisaría, pasaremos juntos otras setenta y dos horas, y yo misma me encargaré de que no tomes ni una maldita aspirina.

—Gilipollas, conozco mis derechos.

—¿Qué te crees?, ¿que esto es una película americana?

—Yo no he matado al futbolista. A mí no me cargas el muerto, zorra.

Aquello parecía funcionar. Lo único a lo que temía el individuo era al síndrome de abstinencia. La inspectora siguió por esa vía, entrando y saliendo del despacho para hacer tiempo y que los primeros síntomas empezaran a hacer efecto.

Los policías de la comisaría, por temor a tener que ayudar en una investigación que no les correspondía, no se acercaron ni por un momento a la sala de interrogatorios. Estaban tan liados con su día a día que no tenían ni idea de que, en una de sus salas, se hallaba el principal sospechoso de, quizás, el caso más mediático de los últimos años en Europa.

El interrogatorio se fue haciendo más difícil a medida que pasaban las horas. Tamayo se iba poniendo más y más nervioso. A ratos sudaba y a ratos tenía escalofríos. A ratos gritaba y a ratos permanecía callado, mirando impertérrito la pared de la sala.

—¡Hija de puta, yo no le he matado! —dijo llorando de rabia—. Yo no sé nada de su muerte.

—Vale, entonces, convénceme de ello. Explícamelo todo muy clarito para que yo lo entienda, ¿por qué te pagaba Osvaldo?

—Me pagaba porque era un hijo de puta maricón.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso que he dicho: que descubrí que era maricón.

CAPÍTULO 24

—¿Para quién es el pastel de verduras?

—Para mí —dijo la inspectora.

El camarero dejó los platos de la cena sobre la mesa, rellenó las copas con agua y se retiró a la cocina.

Ana y Álex se habían sentado en una de las mesas junto a la gran ventana. El restaurante estaba lleno y, aunque nadie prestaba atención a su conversación, hablaban entre ellos en un susurro, temerosos de que alguien pudiera oírles.

—Mi *gaydar*, mi radar gay ha fallado, jefa, ¿quién lo iba a decir? Osvaldo homosexual.

Jesús Tamayo no había matado al futbolista. Aunque no se había sometido a un detector de mentiras, los dos policías sabían que había dicho la verdad.

—No me extraña que le pagara tanto dinero por su silencio, ¿dónde se ha visto un jugador de fútbol español de primera división que fuera gay?

Por lo visto, Tamayo tuvo por fin la suerte de cara. A los pocos días de empezar a trabajar para el deportista había conseguido la clave de seguridad y se disponía a robar algunos relojes y joyas. La idea era entrar cuando el dueño estuviera en los entrenamientos, abrir los cajones de la mesita de noche y coger lo que pudiera. Para cuando se dieran cuenta de que algo faltaba, él ya estaría lejos. El jardinero entró a hurtadillas en la casa y se dirigió directamente a la habitación principal. Sin embargo, en lugar de encontrar joyas o dinero, encontró algo más valioso: pilló a Osvaldo en plena faena en la cama con otro hombre.

Jesús Tamayo era un delincuente de poca monta, pero no era un estúpido total, sabía que lo que había visto era mucho más valioso que cualquier objeto que hubiera podido robar. Se había retirado de la escena con el mismo sigilo con el que había entrado en la casa.

—Me fui directo al bar y me tomé cuatro cubatas fresquitos —había dicho Tamayo en el interrogatorio—. Me supieron a gloria. Enseguida vi lo que tenía que hacer: hablar con ese bujarrón y decirle cuál era el precio de mi silencio.

El camarero, que les había retirado ya los platos vacíos, se acercó de nuevo a la mesa, trayendo los segundos. Los sirvió con ligereza y se marchó de nuevo para servir las otras mesas. El restaurante seguía lleno. Nadie parecía tener prisa por marcharse.

—Yo creo a ese bastardo —dijo Álex—. ¿Por qué iba a querer matarle si era una fantástica fuente de ingresos?

—Lo sé. No lo hizo, es imposible que pudiera realizar un trabajo tan limpio. Por el amor de Dios, si no se ducha él, ¿cómo se le iba a ocurrir lavar a conciencia a la víctima?

El ex convicto había declarado que cuando le dijo a Osvaldo que sabía su secreto, el futbolista accedió a pagarle por su silencio. Explicó, como ya sabían los agentes, que los pagos se había realizado puntualmente hasta el pasado mes de julio.

—Cuando le llamé para recordarle que mi silencio tenía un precio, el hijo de puta me dice que ya no me paga más porque va a salir del armario —les había explicado Tamayo—. Yo no soy gilipollas y me di cuenta que la cosa iba en serio y que lo que ahora me convenía era desaparecer, por si se le ocurría denunciarme.

—¿Pudiste ver con quién estaba? —había preguntado la inspectora.

El yonqui, cada vez más sudoroso, había respondido:

—Qué va, lo tenía *mirando a Cuenca*. No había demasiada luz, pero creo que tenía una marca en la espalda, algo grande.

—¿Una marca? —había preguntado la inspectora.

—Sí, algo así. No sé si era un tatuaje, una mancha de nacimiento o una cicatriz. Yo iba un poco *puesto*, pero creo que si volviera a ver esa espalda la reconocería.

Ana miró a través del ventanal. La noche estaba estrellada y podía ver el mar a lo lejos. Le hubiera gustado no estar tan cansada para poder disfrutar de la cena junto a su amigo, pero el interrogatorio les había dejado agotados. Después, habían tenido que hablar con el comisario para explicarle todo y solicitar un coche con el que trasladar a Tamayo para interrogarlo de nuevo en Madrid y ver qué hacían con las varias órdenes judiciales de detención pendientes.

CAPÍTULO 25

—¡Me cago en todo!—la voz del comisario tronaba a través del móvil—. ¿Me estás diciendo que ahora estamos peor que antes?

El comisario Vázquez casi siempre parecía enfadado. Llevaba muchos años en el cuerpo y había visto prácticamente de todo. Se había entregado en cuerpo y alma, pero últimamente ya sólo deseaba que los días fueran lo más tranquilos posible en la comisaría. Cuanto menos se le molestara, mejor. Por eso se llevaba bien con Ana, que sólo lo implicaba cuando el caso estaba ya casi resuelto.

—No, sólo que ahora sabemos más cosas y no nos gusta lo que sabemos —respondió Ana.

—¿Cuándo volvéis a Madrid?

—¿Llueve por ahí? Es que aquí hace un tiempo ideal.

—¿Pero qué coño...? —empezó a preguntar Vázquez.

—Tranquilícese comisario. Mañana salimos, hoy nos quedamos aquí. —La inspectora guiñó el ojo a su ayudante—. Nos merecemos aunque sólo sea un día de descanso.

El comisario no puso ninguna objeción. Sabía que estaban trabajando muy duro y realmente necesitaban un día de relax antes de volver a la carga.

—Bien —dijo Ana después de colgar el móvil—, tenemos un día entero para disfrutar de este paraíso, ¿por dónde empezamos?

—Lo primero, jefa, vamos a darnos un chapuzón a la playa.

—Pero si no me he traído bañador.

—Ya ves, jefa, como al final yo tenía razón, tu equipaje era demasiado ligero. Anda, vamos a comprar uno.

Fueron a la playa de Río Verde. El día era radiante y soplabla una agradable brisa que acariciaba sus cuerpos. Ana había comprado un sencillo biquini de color blanco en un puesto callejero. Por el contrario, Álex lucía un escueto bañador turbo de color rojo que, no por ser escueto era barato. De hecho, se trataba de un bañador Armani que permitía al joven lucir, casi al completo, su cuerpo esculpido.

—¡Collons, Álex! —exclamó la inspectora cuando el joven se quitó la ropa—. ¿No había ningún bañador de tu talla? ¿Es que llevas el arma reglamentaria en la entrepierna?

—Jefa, la mercancía hay que lucirla —dijo enmarcando con las manos su *paquete* y dando una vuelta entera sobre sus talones—. Tú también estás estupenda, jefa.

Aprovecharon bien el día libre. La temperatura del agua era perfecta para el baño y chapotearon como críos durante horas. Tomaron el sol en unas fantásticas tumbonas y, cual típicos *guiris*, comieron una horrible paella en un chiringuito de moda. Al atardecer, se sentaron en una terraza para tomar unas cervezas bien fresquitas y esperar que el sol se pusiera. La conversación era animada y distendida. Lo estaban pasando genial.

—Creo que suena tu móvil —dijo Álex, un poco achispado, señalando el bolso de la inspectora.

—¿Diga? —preguntó la inspectora, aún más achispada, sin mirar la pantalla del mismo—. ¿Sí? ¿Diga? —repitió. Por unos segundos no obtuvo respuesta, luego alguien preguntó: «¿Lo estás pasando bien en Marbella, *bomboncito*?». Luego colgó.

—¿Pasa algo? —preguntó al ver mutar el rostro de Ana, que había dejado de sonreír.

—Nada que deba preocuparte.

Pero esa respuesta es la que preocupó a Álex. La noche siguió, pero Ana parecía ausente. Él intentó hacerla reír con sus disparatadas historias pero algo había incomodado a la inspectora. No volvió a dar un sorbo a su bebida y sus ojos no dejaron de mirar a su alrededor continuamente, como si esperara encontrar a alguien.

CAPITULO 26

Habían pasado exactamente seis meses y dos días desde que aquella noche. Chema la hizo entrar a tomar un café con leche. Eso era muchísimo tiempo a los ojos de Mimi.

Había empezado a trabajar unas horas, aunque sin contrato, en casa de Inés, una amiga de Chema que vivía en el mismo bloque de pisos. Aquella mujer trabajaba todo el día y la función de Mimi era hacer compañía al gato de la señora y vaciar el cajón de arena. Fácil y bien pagado. Como Mimi no podía estar parada, aprovechaba para regarle las plantas y limpiarle el polvo, de manera que la mujer, agradecida, siempre le pagaba algún dinero extra.

Desde que Chema la había acogido, no había aceptado ni un euro de ella, con lo que Mimi había hecho un *rinconcito* y pensaba hacerle el mejor regalo que pudiera para su cumpleaños, que era ese mismo día. Había pasado tiempo pensando qué le podía gustar a aquel hombre de gustos refinados y por fin había encontrado el regalo perfecto.

Eran las doce del mediodía del seis de junio y caminaba con paso firme por la avenida. A primera hora de la mañana había ido al Don con Don, lo había llenado de guirnaldas y de flores de papel y ahora volvía de buscar el regalo que había encargado a Carmen.

—Crees que le gustará, ¿verdad Carmen? —le había preguntado mientras lo sostenía en su mano y lo observaba de cerca—. Has hecho un gran trabajo.

—¿Que si le gustará? ¡Pero si es una verdadera preciosidad! —había contestado la mujer—. De todas formas, te has gastado casi todo tu dinero. Puede que Chema no lo quiera aceptar.

—Si no lo hace me ofenderé muchísimo. ¿Estarás a las ocho en el local?

—Dalo por hecho.

Había invitado también a todos los amigos de Chema, que se habían convertido también en los suyos. Iban a hacerle una fiesta sorpresa por todo lo alto. Había encargado un montón de comida japonesa que, pese a que a ella le daba grima, parecía enloquecer a toda aquella excéntrica gente. Álex era el encargado de mantenerlo alejado del bar hasta la hora indicada, las ocho de la tarde.

Miraba su reflejo en los escaparates de las tiendas de lujo. Se veía guapa. Su pelo había crecido bastante y el tinte negro azabache iba dejando paso a su verdadero color: el rubio. Vestía un floreado vestido de tirantes que había ido a comprar a Mango con Chema. Con la llegada del buen tiempo, habían salido mucho. Si antes apenas se veían, ahora pasaban casi todo el tiempo juntos y él, que siempre había sido un adicto al trabajo, había reducido considerablemente las horas que dedicaba a su negocio para pasar más tiempo con «su niña».

Mimi estaba aprendiendo mucho con él. No solo el idioma, que ya dominaba como si de una nativa española se tratase, sino también de la vida y de las personas. Con Chema su mente se había abierto a un nuevo mundo. Con él aprendía día a día y a él le encantaba compartir con ella todo cuanto él pudiese saber.

«El saber no ocupa lugar», le decía Chema, a lo que ella respondía «ya, pues tu biblioteca ocupa mucho». La cría leía todo lo que caía en sus manos, y él se encargaba de que lo que cayera fueran precisamente los libros que él consideraba como imprescindibles: *Cien años de soledad*, *Don Quijote de la Mancha*, *El principito*, *Juan Salvador Gaviota*, *Oliver Twist*, *Madame Bovary*, *Guerra y paz*, *La montaña mágica*,...

Ese día Mimi estaba nerviosa. En realidad, llevaba toda la semana nerviosa, pues sentía una gran responsabilidad por hacer del cumpleaños de Chema un día especial.

—¿Qué te pasa, chiquilla? —le había preguntado el miércoles durante la cena Chema—. Estás muy rara.

—Nada —había mentido ella—. Por cierto, ya he acabado *Moby Dick*. ¿Cuál me recomiendas ahora? —había preguntado a sabiendas de que eso desviaría la atención del hombre.

Y mientras Chema iba enumerando títulos de libros y el porqué debía leerlos, ella repasaba mentalmente todo lo que estaba pendiente de hacer para la fiesta sorpresa.

Mimi se paró en el escaparate de una tienda en la que vendían artículos de piel. Se preguntó si le alcanzaría para comprarle a «su Chema» esa bonita cartera de ante marrón.

Estaba a punto de entrar cuando alguien, detrás de ella, le preguntó:

—*Как дела*, Liliya?

A las ocho menos cinco, Chema levantó la persiana del bar y se sorprendió al verlo todo tan colorido. Enseguida los amigos de Chema fueron llegando al local cargados de regalos. A las ocho y media llegó una furgoneta cargada de comida japonesa. La fiesta fue todo un éxito, pero Mimi no acudió. De hecho, Mimi no fue a la fiesta ni tampoco fue a dormir a casa. La cría desapareció por completo y solo volvieron a saber de ella cuando Ana y Álex vieron su cadáver en aquel callejón. La habían apuñalado.

CAPÍTULO 27

—No estoy contento, inspectora Ferrer.

A escasas horas de haber regresado a Madrid, el jefe les había convocado. El comisario Vázquez se había levantado de su silla y se paseaba por la sala de reuniones arriba y abajo. Parecía un tigre al que acaban de enjaular.

—¿Por qué me da la sensación de que retrocedemos en lugar de avanzar? —continuó el comisario—. Ahora al crimen hay que añadir extorsión y homosexualidad.

Vázquez había enfatizado la palabra «homosexualidad», poniéndola al nivel de la palabra «extorsión». Era un hombre mayor y, como muchos de los de su generación, atribuían a la condición sexual una importancia que en realidad no tiene. Sólo le faltó decir: «Un futbolista marica, ¿qué será lo próximo?, ¿un torero?».

—Comisario, lo importante es que tenemos controlado a Tamayo y que sabemos que él no fue. Sabemos también que se nos ha abierto una nueva línea de investigación.

—Lástima, hubiera sido todo más fácil si el asesino hubiese sido él —suspiró Vázquez acariciándose la calva.

—Bien, centrémonos —dijo Ana para reconducir la reunión—. Necesito volver a hablar con la novia. Llamémosla para declarar de nuevo.

Al salir de la sala de reuniones, Álex se acercó a su compañera y, cogiéndola por el brazo, la llevó presuroso hasta el despacho.

—¿Qué coño te pasa, jefa? —preguntó serio—. En el viaje de vuelta no has dicho una palabra y no me has invitado a dormir en tu casa. Dime.

—No pasa *res*, Álex —respondió fingiendo una sonrisa.

—Y una mierda. ¿Quién te llamó? ¿Qué ha pasado? ¿Es algo grave?

Ana se debatía entre darle las gracias por preocuparse por ella o enviarlo a tomar por culo por hablarle en ese tono en la comisaría, al fin y al cabo ella seguía siendo su superior. Había optado por la segunda opción cuando, justo antes de abrir la boca, le sonó el móvil. Miró la pantalla del teléfono, que indicaba «número desconocido».

—Está sonando —le informó ante lo obvio Álex—. ¿No lo vas a coger?

El joven la miraba desafiante. El teléfono sonaba con un tono *in crescendo*. Ana sabía que la tenía localizada, él había vuelto a conseguir su número de teléfono. Tenía miedo pero no podía permitir que eso la inmovilizara y le hiciera perder el control como ya le pasó una vez.

—¿Diga? —dijo fingiendo indiferencia. Pero la llamada ya se había cortado.

En esta segunda ocasión Ivana entró en las dependencias con un talante muy diferente. En la sala número dos la esperaban Ferrer y Guzmán. Se la veía mucho menos glamurosa. Iba vestida con un chándal, una camiseta y deportivas. Llevaba el cabello recogido en una coleta. No llevaba maquillaje y aunque seguía siendo preciosa, ahora se veía mucho más joven, prácticamente una chiquilla.

—Buenos días, Ivana. Gracias por venir —saludó con una sonrisa cordial la inspectora—. Por teléfono ya te informé un poco respecto a qué íbamos a hablar.

—Buenos días. Sí, ya sé sobre qué vamos a hablar.

—Entonces, intentaremos quitarte el menor tiempo posible. ¿Puedes decirnos cuál era exactamente la naturaleza de la relación entre Osvaldo y tú?

La modelo miró directamente a los ojos de Álex y luego a los de la inspectora. Instintivamente se tocó el anillo que adornaba su dedo anular. Era un pedrusco exagerado que Osvaldo le había regalado como símbolo de su amor y que, previo pago, había mostrado en la portada de una revista bajo el titular «Osvaldo e Ivana, más cerca de la boda».

—Se trataba de un mero acuerdo comercial —dijo mirando el fabuloso diamante en su dedo.

—¿Quieres decir que no era una relación amorosa? ¿Por qué no nos lo dijiste la primera vez que hablamos?

Ivana suspiró y, tras unos segundos, sonrió, como si se hubiera quitado una gran carga de encima.

—Supongo que a estas alturas ustedes ya deben saber que Osvaldo era homosexual. Él y yo firmamos un contrato hace más de dos años. A mí me convenía promocionarme y a él le convenía que la gente pensara que tenía novia. Ya saben cómo es el mundo del fútbol. Pero acabamos siendo amigos.

Ivana había apoyado los codos sobre la mesa y continuaba hablando, relajada. Los policías no necesitaban hacerle preguntas, ya que ella les ofrecía un relato ordenado y claro sobre su vida con el jugador.

—Su agente me vino a buscar y me ofreció este contrato. Me dijo que Osvaldo estaba demasiado ocupado con su carrera como para tener novia, pero que algunas de las marcas para las que trabajaba querían verle con pareja. Yo lo vi como una gran oportunidad para mí y lo acepté sin dudar. Nos veíamos pocos días al mes, sólo para asistir a actos, recibir a alguien en casa o para hacer una campaña publicitaria. El resto del tiempo yo viajaba por toda Europa por mi trabajo y podía encontrarme a escondidas con mi novio de toda la vida, Vladimir, que sigue viviendo en el pueblecito donde ambos nacimos. Era un trabajo fácil y muy beneficioso para mí. Fuera del ojo público, Osvaldo y yo casi no nos hablábamos. Lo cierto es que tardé un tiempo en apreciarle. Al principio, no le soportaba. Era un hombre hermético y soberbio. Pero un día...

Un auxiliar entró en silencio con tres cafés de máquina y los dejó sobre la mesa, aprovechando la ocasión para admirar a la bella modelo, que había dejado de hablar al ver entrar al policía. Cuando éste cerró la puerta tras de sí, Ivana continuó con su relato.

—Decía que un día, cuando ya llevábamos juntos unos cinco meses, bajé a la piscina para relajarme, antes de acudir a un acto, y le vi allí, llorando. Estuve tentada de girar y volverme a mi habitación, pero finalmente me acerqué hasta él y le pregunté qué le pasaba. Estaba casi preparada para que me enviara a la mierda. Sin embargo, él me miró a los ojos y me dijo que era muy desgraciado, que se sentía solo y que quería amar y ser amado.

Álex se recreaba en el relato y se imaginaba la escena como si fuese un culebrón venezolano, sólo le faltaba una bolsa de palomitas. Ana, en cambio, tenía que hacer grandes esfuerzos para que su mente no pensara en la llamada misteriosa que acababa de recibir.

—Se abrió a mí —continuó Ivana cogiendo uno de los vasos de café—. Creo que necesitaba tener una identidad propia, y no la que le atribuyen los medios. Poco a poco fuimos cogiendo confianza y nos hicimos amigos. Hace unos meses noté un cambio muy positivo en su carácter y él me dijo que era feliz. Me contó que había encontrado el verdadero amor. Me alegré mucho por él,

porque era mi amigo, y los dos estuvimos de acuerdo en que nuestro contrato había llegado a su fin. Los dos habíamos salido beneficiados. Entre los dos pensamos cuál era la mejor manera de hacer pública nuestra ruptura. Y yo le redacté, desde su ordenador, un mail en el que él rompía conmigo.

—¿El mail que había en su ordenador lo redactaste tú? —preguntó Ana.

—Claro, Osvaldo era un negado para la redacción y cometía muchas faltas de ortografía —contestó Ivana tras sorber café—. Habíamos convenido que, cuando él estuviese preparado para dar el paso, me enviaría el mail y yo me encargaría de filtrarlo a la prensa. Luego, dejaríamos pasar un par de semanas para que yo me pudiera hacer alguna exclusiva hablando sobre nuestra ruptura y presentando a mi *nuevo* novio.

—¿Qué sabes de Da Silva? ¿Cómo era su relación con Osvaldo después del despido?

Ivana dejó el vaso de plástico del café vacío sobre la mesa y se rascó la cabeza.

—¿Da Silva? No, él no le haría nada a Osvaldo. Era un cretino y un estafador, pero a su manera quería de verdad a ese chico, nunca le hubiese hecho nada.

—¿Ni siquiera después de que Osvaldo le despidiera?

—No, Da Silva estaba encantado con retirarse a su país. Con lo que llevaba ganado podía darse la vida padre en Brasil.

—¿Sabes algo de Tamayo, un antiguo empleado que lo extorsionaba?

—No sé quién es, Osvaldo no me habló de él y a mí no me suena haberlo visto por la casa.

El interrogatorio se extendió un poco más. Parecía evidente que Ivana no sabía nada de lo ocurrido y, sin embargo, los policías tenían la sensación de que Ivana les escondía algo. Cuando la modelo se hubo marchado, los dos policías se miraron sabiendo que no habían avanzado demasiado en el caso.

—Te está sonando de nuevo el móvil.

En efecto, el tono del teléfono de la inspectora sonaba. Volvía a ser «número desconocido». Descolgó y se acercó el móvil a la oreja.

—¿Diga?

—¿Ana? —preguntó alguien al otro lado—. ¿Eres Ana?

—Sí, ¿quién es?

—Ah, hola, por fin te localizo. Te he llamado hace un momento pero creo que se ha cortado la llamada. Soy David.

—¿Quién?

—David Méndez. Nos conocimos hace unos días. Viniste a mi casa para hablar de Osvaldo.

CAPÍTULO 28

Hacia las seis de la tarde, recibió el whatsapp de Álex: «Llego en diez minutos».

Efectivamente, no tardó mucho más en tocar el timbre.

—¿Es que no sabes vivir sin mí? —le recibió en la puerta Ana.

—Ya sabes que no, *polaca*.

Era miércoles y tenían el día libre. Ana estaba en su piso y planeaba pasar a limpio sus notas sobre el caso y hacer algunas llamadas extraoficiales. No obstante, intuía que Álex podía tener otros planes para ella. Desde que recibió la llamada en Puerto Banús, cuatro días atrás, se sentía algo incómoda y Álex estaba muy pendiente de ella, se le veía preocupado e intentaba no dejarla sola.

—¿Puedo saber qué te trae por aquí, *maco*?

—¡Cómo si no lo supieras! —dijo Álex mientras se dejaba caer a plomo sobre el sofá de la inspectora—. ¡David Méndez! —gritó simulando que se arañaba la cara con las dos manos—. ¡*love him*, cuéntamelo todo!

Ana rio y se sentó junto a él en el sofá, revolviéndole todo el pelo, como si de un chiquillo se tratara. Cuánto le agradecía a Álex que estuviera a su lado. Si supiera que estar con ella le ponía en peligro... Desde aquella noche en Marbella, las llamadas se habían repetido cada día a diferentes horas, y ella había estado evitando a Álex para que no fuera testigo de las mismas.

El joven la miró reír y se sintió bien. Estaba seguro de que algo grave le pasaba a su amiga. El cambio en su ánimo había sido radical. Desde hacía varios días se mostraba insegura y, en ocasiones, sus ojos reflejaban auténtica angustia. Parecía querer alejarse de él y aprovechaba cualquier excusa para enviarle lejos. Nunca la había visto así antes de aquella llamada. Había intentado varias veces que ella le contara qué pasaba, pero ella no se dejaba sonsacar.

—Si ya te lo he contado mil veces, Álex.

—Es que está tan y tan bueno... Cuéntame cómo te pidió una cita uno de los tíos más *buenorros* de España.

Eso sí que era raro. Ni siquiera Ana sabía cómo había pasado todo. El día del interrogatorio a Ivana, el joven futbolista al que había interrogado sobre Osvaldo la había llamado por teléfono.

—¿Puedo saber cómo has conseguido mi teléfono? —había preguntado ella perpleja.

—Tengo muchos contactos. Espero no haberte molestado —había contestado él.

En realidad, sí que había molestado a Ana. La inspectora tenía dos teléfonos: el del trabajo y el de uso personal. Este último número sólo lo tenían personas muy allegadas y tenían órdenes concretas de no facilitarlos a nadie. El hecho de que un hombre al que apenas conocía lo hubiera conseguido tan fácilmente, la incomodaba. «Tengo que volver a cambiar de número, y quizás también de piso» se había dicho a sí misma.

—Y entonces te pidió salir, ¿verdad jefa? —dijo Álex con ojos emocionados.

—Pero si te lo he explicado ya cien veces. Me dijo que le había encantado conocerme, que le transmitía buenas vibraciones.

—Oh, encima es místico. ¡Qué monada! —suspiró el policía.

—En resumen —dijo Ana que le había tenido que repetir a Álex el mismo diálogo una y otra vez—, que quiere quedar para cenar cuando me vaya bien.

—Para cenar y luego... —Álex hizo gestos obscenos que incluían un rítmico movimiento de

pelvis de delante a atrás.

—No seas infantil, Álex. Sabes que no voy a salir. Ni quiero, ni debo.

Aquello no era cierto del todo. Pese a que no había el mínimo indicio de que David pudiera estar implicado en el asesinato de Osvaldo, la investigación estaba abierta, nada debía descartarse; nadie debía ser descartado. Por otro lado, la llamada de David había calado en Ana más de lo que ella estaba dispuesta a reconocer. Tras aquella primera llamada, había habido un par más, aunque aún no se las había contado a Álex.

«¿Qué me dices de ir a ver una película? —le había preguntado en la segunda llamada, tras el rechazo de Ana a su primera proposición—. Eso no es malo, ¿no?»

»Podemos ir a la sesión de tarde o, si lo prefieres, a la matinal, te prometo que no intentaré *hacer manitas* ni te preguntaré por la investigación».

«Si no estás muy liada con la investigación, ¿te apetece ir al Museo del Prado? Hay una exposición temporal del Greco que no te puedes perder. Si vas a un museo no cuenta como cita», había propuesto en la tercera llamada.

La tarde fue pasando y Ana no tuvo más remedio que hablarle a su amigo de esas llamadas. De hecho, quería hacerlo. Se sentía tan bien con él y, además, ¿a quién más podía decírselo? Y, puestos a hacer confidencias, quizás era el momento de hablarle de algo más.

CAPÍTULO 29

Todo se desencadenó en octubre del año dos mil uno. Por aquel entonces, Ana vivía prácticamente en la comisaría. Alejada de familia y amigos, pasaba horas y horas en un despacho inundado de papeles. Informatizar todos aquellos expedientes le iba a llevar años. Su trabajo le ocupaba tanto tiempo que apenas se había dado cuenta de que su relación parecía estancada. Quizás estaban pasando una pequeña crisis, pero Oriol cada vez se parecía menos al hombre del que ella se había enamorado locamente algunos años atrás. En el fondo, Ana esperaba que sólo fuera una racha y que su marido volviera a ser el de antes. «Quizás yo también tengo la culpa», se decía.

En efecto, el carácter de Ana también estaba cambiando. Últimamente todos en comisaría estaban rabiosos por culpa de la cantidad de intervenciones fallidas, redadas en casas de mafiosos o en clubes de alterne como La Sultana o Kisses. Todas salían mal, era como si alguien de dentro les diera el soplo. La idea de que hubiera un chivato en la policía tenía a los agentes alterados, afectando también a Ana.

Oriol había vuelto muy tarde aquella noche, como ya era habitual en las últimas semanas. Ana estaba despierta en la cama y lo oyó entrar en casa y meterse directamente en el despacho. Oyó que hablaba con alguien por teléfono. A los pocos minutos, el tono de voz de Oriol había subido mucho. Parecía colérico y Ana podía escuchar algunas palabras sueltas, básicamente exabruptos. Sintió curiosidad y, con sigilo, se fue acercando a la habitación donde él estaba. El pasillo estaba oscuro y sólo recibía la luz que se filtraba por la puerta del despacho, entrecerrada. Dentro, Oriol abroncaba a alguien y daba golpes sobre diferentes objetos de la estancia.

—Rumano, no me jodas o te joderé —decía—. Te lo advierto, no sabes quién soy. Sí, la tarifa ha subido. ¡Sí, la tarifa la pongo yo! —Luego, pareció calmarse.

Seguidamente se encendió un pitillo y volvió a utilizar un tono de voz neutral:

—Lo de La Sultana son tres mil euros. Escucha, Rumano, lo del Lover's será mañana a las 24:00 horas, irán a por las indocumentadas y a por sustancias, ¿ok? Serán otros tres mil. Dámelo todo antes del viernes. *Ciao*.

Después de colgar, se quedó algunos minutos callado, quieto, con la mirada fija en el suelo. Respiró profundamente y volvió a coger el teléfono. Esta vez utilizó un tono distendido, amigable.

—Hola Chopete, ¿cómo va todo? ¿Le pillo en mal momento? Ah, bien, pues le llamo en relación a un problemilla que tengo —escuchó lo que su interlocutor le decía con una sonrisa en la cara—. Sí, sí, gracias. Mi problema se llama Rumano, ¿se podrá encargarse usted? Oh, gracias. ¿Que para cuándo? Pues en cuanto cobre un pago pendiente, a partir de este sábado. Gracias, Chopete. Sí, con eso estaremos en paz. —Y colgó.

Ana se acercó a la puerta entreabierta y pudo ver a su marido que, mientras parecía buscar en la agenda del teléfono, fumaba compulsivamente. Oriol se sentó en el sillón del escritorio y buscó algo en el bolsillo de su chaqueta. Para el asombro de Ana, que miraba atentamente lo que allí dentro sucedía, sacó una enorme bolsa que contenía un polvo blanco. Oriol abrió la bolsa y, ayudado de un billete, cogió una pequeña cantidad del producto que, acto seguido, inspiró por uno de sus orificios nasales. Luego, cerró la bolsa y la introdujo en la pequeña caja fuerte que se hallaba escondida tras una litografía y de la cual Ana no tenía constancia, hasta la fecha.

La joven estaba aturdida. Se dio cuenta de que no conocía a aquel hombre. En aquel instante

supo que su marido estaba implicado en temas turbios. Había escuchado perfectamente el nombre de La Sultana, el puticlub que recientemente había sido objeto de una redada. Efectivamente, cuando los agentes irrumpieron en el local, únicamente hallaron al gerente del local, que servía copas a un par de clientes; ni rastro de chicas indocumentadas, ni rastro de estupefacientes, ni rastro de nada. Aquello, más que un club de alterne, parecía la cafetería de un Centro de Día.

Oriol se quitó el reloj, como hacía siempre que se iba a ir a la cama. Ana tuvo que volver rápidamente al dormitorio, intentando no hacer el más mínimo ruido. Al poco rato entró Oriol. Ella se había tumbado en posición fetal, de espaldas a él y fingía dormir. Él se metió en la cama y le pasó el brazo por encima, acercando su boca a la nuca de Ana e inspirando su olor. La besó tiernamente en el hombro mientras le acariciaba suavemente un pecho, acercando su entrepierna al cuerpo de ella. Por primera vez desde que se conocieran, aquello no la estremeció de placer. Muy al contrario, la hizo sentirse incómoda. Él olía a tabaco, a sudor, a vicio, a maldad... Sintió asco pero tuvo la sensatez de no delatarse y se mantuvo serena. Ahora sabía que su marido le ocultaba cosas y ahora estaba dispuesta a averiguar de qué se trataba.

A la mañana siguiente, Ana se levantó muy temprano y se fue a la comisaría. Ella no había podido pegar ojo, él seguía durmiendo a pierna suelta. También al siguiente día consiguió evitar todo contacto con él. Para evitar que él sospechara, antes de irse le dejó una nota en la mesilla de noche:

Me voy al despacho. Tengo mucho trabajo atrasado. Intentaré esperarte despierta. Te quiero.

Eso le daría algo de tiempo. Lo necesitaba para pensar cuidadosamente qué iba a hacer. Además, quería saber hasta qué punto estaba implicado en toda aquella mierda su marido y saber quién más lo estaba, porque era evidente que Oriol no trabajaba solo. ¡Qué estúpida se sentía por haber confiado en él! Y ahora, ¿en quién podía confiar ahora?

CAPÍTULO 30

—Jefa, o sales tú con él o lo haré yo.

Álex había entrado con un expediente en el despacho. Llevaba toda la semana incordiándole con el tema de David. Por su parte, el futbolista también la llamaba cada día. Ana le había dicho que no volvería a cogerle el teléfono a menos que identificara la llamada y él inmediatamente le dio un número de teléfono y le prometió que siempre llamaría desde ese móvil.

—¿Es que tú no entrenas nunca? —le había preguntado Ana.

—No lo necesito, estoy muy en forma —había contestado David riendo.

El policía le tendió el expediente tras examinarlo y resopló.

—Nada, jefa, ni rastro de ADN, *nothing, rien, res de res...*

—Gracias por la clase de idiomas, Álex. ¿Me das ahora una buena noticia?

—¿Una buena noticia? David Méndez quiere salir contigo.

—¡Calla, *collons!*

Sin más, se enfrascaron de nuevo en la investigación. Habían vuelto a citar a gente del servicio para un nuevo interrogatorio y siguieron revisando y contrastando las declaraciones que ya tenían. Hacia las siete de la tarde, la agente que estaba en recepción entró con un enorme ramo de rosas blancas. Parecía contenta como si el ramo fuera para ella.

—Han traído esto para usted. Lleva una tarjetita —dijo esperando que Ana la leyera en voz alta.

Cuando la pobre Carmen se hubo marchado sin llegar a saber quién había enviado flores a la inspectora, Ana leyó la tarjeta en voz alta: «Para Ana».

—¿Ya está? —exclamó desilusionado—. ¿Sólo eso? ¡Qué poca imaginación!

En ese momento el teléfono de la inspectora sonó. Era David.

—¿Te han gustado las flores?

—Sí... No... —dijo aturullada la inspectora—. Esto tiene que terminar. No más regalos, no puedo aceptarlos. Tengo que devolverte el reloj.

—De acuerdo —la cortó David—. Devuélvemelos. Devuélveme el reloj, pero tienes que dármelo en mano. ¿Quizás esta noche durante una cena? Tú cenas, ¿no?

Ana se había quedado boquiabierta, sin palabras y sin argumentos. Álex, que había puesto la oreja en el teléfono, daba saltos nerviosos y ahogaba grititos con el puño mientras asentía con la cabeza, suplicando con la mirada a la inspectora que aceptara.

—Hemos quedado en que sueles cenar, ¿no? —continuaba el futbolista al teléfono—. De hecho, esta sería la hora perfecta para que dejaras el trabajo, te fueras a casa y yo te pasara a recoger digamos... ¿a las nueve?

—A las nueve está bien.

Álex le había quitado el teléfono a la inspectora y se había apresurado a contestar a David, sin darle tiempo a reaccionar a Ana. En previsión de que ésta entrara en cólera, había colgado el teléfono y se había situado en el extremo opuesto de la mesa, preparado para esquivar un golpe de su jefa.

—¡Voy a matarte!—dijo Ana blandiendo un amenazador pisapapeles—. ¿Cómo coño se te ha ocurrido?

—No te alteres —decía Álex a la vez que hacía movimientos para esquivar un posible

golpe—. No se trata de una cita, simplemente vas a devolverle el reloj. Si pudiera, yo se lo devolvería encantado en tu nombre.

La escena duró varios minutos y, finalmente, Ana soltó el *arma* y se sentó en el sillón. Lanzó un soplo de derrota y miró a los ojos de Álex.

—¿Y qué me pongo?

—Deja eso de mi cuenta, jefa. Coge tus cosas, nos vamos.

CAPÍTULO 31

Álex se acababa de marchar. Mientras se daba los últimos retoques a su maquillaje, Ana se intentaba convencer a sí misma de que aquello no era una cita. Se daba mil excusas para justificar el quedar con él, aun a sabiendas de que sólo eran eso, excusas.

A las nueve en punto sonó su teléfono: «Buenas tardes, Ana, estoy delante de tu puerta ¿bajas o subo?».

—Ya bajo yo, bajo ahora —se apresuró a responder Ana. Se avergonzó de haber sonado tan pueril, tan puritana, como si le diera miedo que aquel joven subiera a su piso. No se reconocía, ¿por qué aquel chaval la ponía tan nerviosa?

Se miró unos segundos en el espejo, preguntándose si iba bien para estar con un famoso. Tras demasiado rato rebuscando entre cajas y cajones, y tras probarse diferentes modelitos ante su compañero, se había decantado por unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca de seda. Llevaba el pelo suelto liso y acompañaba el conjunto con unos altísimos zapatos de tacón con plataforma, de Salvatore Ferragamo, que Álex le había obligado a comprarse porque, según él, «eran lo más».

Viendo reflejada su imagen le surgieron las dudas: «¿No parezco una señorita de primaria? ¿Me hace más vieja esta camisa? ¿Voy demasiado arreglada o demasiado poco?... ¿Y por qué coño me pongo nerviosa por lo que pueda pensar un crío?»

Un fantástico Porsche esperaba en doble fila, delante del bloque de pisos de Ana. Llamaba tanto la atención como un cura en un prostíbulo, o quizás más aún.

Ana subió de un salto al coche y se hundió en el asiento de copiloto con un «arranca ya, tengo unos vecinos muy cotillas».

—Buenas tardes, Ana, estás muy guapa.

«¿Por qué ha dicho eso? ¿Se estará cachondeando de mí este niño?» Ana volvió a enfadarse con ella misma por sentirse tan insegura ante aquel joven.

David vestía con un traje Hugo Boss de verano y una camisa azul de lino. Iba elegante, como siempre.

—He pensado que podemos ir a cenar a Homard y quizás ir un rato a bailar a Platinums.

«Genial —pensó Ana que odiaba las discotecas— y yo con estos zapatos».

El Homard era una marisquería que traía cada día el género de Galicia. En la entrada, David entregó las llaves del coche a un hombre con uniforme verde y siguieron a una mujer que los guio por diferentes comedores hasta un comedor privado. En la estancia había dispuesta una mesa con dos sillas. La mesa estaba cubierta con un mantel de hilo de color azul, con unas bonitas copas y unos elegantes platos y cubiertos. Las servilletas formaban un abanico dentro de las copas de agua. En el centro de la mesa, un bonito buqué de flores naturales. De fondo, un sutil hilo musical daba vida a la sala.

Durante el viaje hasta el restaurante, apenas habían hablado. Ana había fingido que utilizaba el whatsapp y ya se estaba arrepintiendo de haber quedado con el jugador. «¿De qué vamos a hablar? Somos de mundos diferentes».

En el comedor, David pidió un vino blanco de aguja y sirvió él mismo las copas.

—¿Novedades en la investigación?

—No puedo hablar del caso.

—Perdona, sólo era una manera de empezar a conversar.

—Es bonito este sitio, este comedor tan íntimo.

—Sí, esta estancia te permite estar *fuera de ángulo*, ya sabes, lejos de miradas indiscretas.

—David, sólo he venido para devolverte el reloj —dijo Ana tras beber un sorbo. Era mentira, aún no sabía por qué había aceptado cenar con él, pero desde luego no era sólo para devolverle el reloj.

—De ninguna manera. Ni siquiera se trata de un regalo, sólo ayudo a la policía a no llegar tarde a los sitios. Soy un buen ciudadano. Ahora, aclarado este punto, vamos a disfrutar de la cena.

Y lo cierto es que Ana realmente disfrutó de la cena. David era un joven inteligente y simpático. Hablaron de cine y de historia. Se sorprendió al saber que le quedaban pocas asignaturas para acabar la licenciatura de biología y que compartían algunos gustos musicales.

David era mucho más maduro de lo que Ana había imaginado en un principio. De hecho, pese a ser más joven que ella, parecía haber vivido mucho más. Ana le escuchaba en silencio y, a medida que él hablaba, ella se sentía más pequeña.

«¿Qué hago yo aquí con este hombre? —se decía—. El tío ha sido cooperante con ONGS por toda África y yo no me he ido ni a un triste Erasmus».

A medida que la comida y el vino desaparecían, Ana se iba sintiendo más cómoda y se iba relajando. Reía, cada vez con más frecuencia y de manera más sonora. David la miraba encantado, pensando que aquella era realmente una risa fantástica.

Salieron muy tarde del restaurante. Lo habían pasado muy bien y habían perdido la noción del tiempo. De hecho, sólo quedaban ellos en el restaurante. Los camareros, pese a despedirse muy cordialmente, no pudieron reprimir una mirada cómplice de soslayo entre ellos, como diciendo «qué capullos, cómo se nota que ellos no trabajan mañana».

—Es ya muy tarde —dijo Ana mirando su flamante reloj—. Creo que yo no te acompañaré a la discoteca.

—Podemos ir a otro sitio —dijo David—. De hecho, prefiero cualquier otro sitio. Pensé que a ti te gustaría

«Si supieras los años que hace que no voy a una discoteca —dijo para sus adentros—. Yo aún era joven».

Ana no se veía ya en una disco. Recordaba cuando ella iba de joven y siempre había un madurito con pinta de perdido con una copa en la mano. Recordaba lo que ella pensaba: «¿Que pinta este viejo aquí?». Ahora la vieja era ella.

El joven intentó convencerla para continuar con la velada, pero Ana se mantuvo firme y le dijo que al día siguiente tenía una reunión importante con sus superiores.

David comprendió que no podía hacer nada para retenerla.

—Será mejor que coja un taxi.

—De ninguna manera, ya te llevo yo —dijo él.

—Será mejor que tú también cojas un taxi —dijo ella sonriendo—. Los dos hemos bebido bastante.

David le devolvió la sonrisa, le cogió la mano y se la besó cortésmente. Así se despidieron.

CAPÍTULO 32

—¿En serio no intentó nada? —preguntó Álex incrédulo—. ¿Qué tenéis, once añitos?

—Ya te he dicho que no era una cita.

—Pues eso no es bueno, jefa. Si no intentó nada es porque no le gustaste. Quizás te encontró aburrida, o quizás al verte con más detenimiento ha visto tus manchitas en la cara y tus patas de gallo.

—Gracias por hacerme sentir mejor.

—No, jefa. Lo digo en serio, David se puede cepillar a cualquier tía que desee...o a cualquier tío...

—¿Otro gay? ¿Qué pasa, que ahora tu radar se ha activado?

—Quizás él era el ligue de Osvaldo. ¿Te imaginas?

La idea no era descabellada. Quizás lo único que quería David es saber qué habían averiguado. Ana se convenció, de una vez por todas, de que no podía volver a quedar con él. Miró sobre la mesa del comedor: ahí seguía la cajita con el reloj, David no lo había aceptado.

—Si te lo hubieras tirado, ahora sabrías si tiene la famosa marca —dijo Álex con sorna.

—Genial, buena idea, a partir de ahora nos acostaremos con los sospechosos para averiguar si son culpables.

—Ojalá, pero sólo con tíos buenos, ¿eh?

—Si nos oyeran en comisaría... ¿Qué sería de nuestra reputación?

Álex se había presentado a las siete de la mañana en casa de la inspectora. Tenía la esperanza de que Ana pudiera explicarle jugosos detalles de una ardiente noche. Mientras Ana se vestía, él no paraba de preguntar y hacía una cafetera en la cocina para acompañar las porras que había traído.

—Pero llevabas los pantalones negros, ¿no? —preguntaba a gritos desde la cocina.

—Sí, Álex, tal y como ordenaste.

—¿Y llevabas la camisa estratégicamente desabrochada, ¿no?

—Sí, Álex, enseñaba pechuga.

—No te olvidaste de los zapatos que te escogí, ¿no?

—Todo, Álex, todo como tú dijiste.

—Entonces, no sé qué falló.

Ana salió de la habitación, ya vestida, y se fue directa al plato de porras que Álex había traído. Cogió una y, dando un gran bocado, dijo casi en un susurro:

—Probablemente fallé yo...

—No digas eso, jefa —dijo Álex acercándose a ella y rodeándola con un brazo—. Estoy seguro de que le has encandilado, pero también sé que tú nunca te irías a la cama con alguien en la primera cita, eso es más de mi estilo.

Ana hizo una mueca poniendo los ojos en blanco. Pensaba en la cantidad de meses que no tenía sexo y en que, objetivamente, y sin tener en cuenta todas las cuestiones éticas evidentes que no le permitían tener sexo con David, hubiera estado muy bien un «aquí te pillo, aquí te mato».

—¿Sabes lo que te vendría bien? —preguntó retóricamente Álex antes de proseguir—. Una noche de chicas.

—¿Una noche de chicas?

—Sí. Cada dos o tres viernes nos reunimos en casa de mi amigo Chema y rendimos homenaje a una diva. Ya te he hablado de Chema, un gran tipo. Sigue muy tocado por lo de Mimi, la cría que encontramos apuñalada y cuya investigación tenemos tan abandonada —dijo a modo de reproche.

—No por culpa nuestra —se apresuró a recordarle Ana señalando hacia el cielo, haciendo referencia a las altas instancias.

—No por culpa nuestra —repitió Álex—. La cuestión es que aprovecharemos para darle ánimos también a Tormentosa, que el lunes se somete a una cirugía de reasignación de sexo y anda algo nerviosilla. Este viernes le rinde homenaje a Sara Montiel y vendrá vestida y maquillada como ella. Cantará *La violetera*. Será divertido.

—Lo parece.

—Sí. Lo mejor de todo es que canta como el culo y ella lo sabe. ¿Vendrás?

—Suenan tentador, pero creo que me quedaré en casa a descansar un poco, aunque me apunto a la siguiente.

«En otro orden de cosas —decía el presentador del telediario de noche mirando a pantalla—, continuamos sin nuevos datos en referencia al asesinato del futbolista Osvaldo Cruseido. La policía no ha hecho ningún comunicado al respecto, y tampoco se han efectuado detenciones. Recuerden que, después del partido, esta cadena emitirá un programa especial sobre este misterioso caso».

—¿Otro más? ¡Qué coñazos son! —refunfuñó Jesús.

La cocaína se había acabado, pero aún le quedaban bastantes cervezas. Tamayo, estirado en el sucio sofá de aquel piso del extrarradio, miraba la televisión. Su primo le había dejado quedarse unos días, a cambio de unos pocos euros, en el modesto piso que Cáritas le cedía a él de manera gratuita durante el tiempo necesario para «reincorporarse al mercado laboral». El cochambroso sofá hacía las veces de cama y de mesa para Jesús, y él pasaba los días allí, frente al televisor.

El primo era, si cabe, más desgraciado que el propio Tamayo. Antonio, que así se llamaba, era un hombre de unos treinta y ocho años. Tenía los ojos azules, era moreno, delgado y aparentaba más edad de la que tenía. En el pasado, debió ser incluso guapo, pero apenas quedaba rastro de esa belleza en la actualidad. Víctima de malos tratos y de abusos desde muy pequeño, a los quince años se había ido de casa, para librarse de aquel infierno, pero las cosas siempre parecían torcerse para él. Antonio pronto empezó a fumar porros y a beber más de la cuenta. Ahora, siempre amorrado a la botella de vino, subsistía con las ayudas del Gobierno para personas en riesgo de exclusión social.

—Primo, ¿ya me has traído lo mío? —preguntó Tamayo a Antonio, a quien enviaba a por su dosis a cambio de una propinilla.

Antonio acababa de entrar en la estancia. Le había pillado de lleno la tormenta y estaba empapado.

—Sí, primo, ¿qué estás viendo? —preguntó arrastrando las palabras.

—Ven, primo, que van a *echar* el partido en la tele. Ven a verlo conmigo —le dijo mientras le hacía sitio en el sofá—. Te has mojado, ¿no? —preguntó ante la evidencia.

El primo le obedeció y se sentó junto a él sin tan siquiera cambiarse la mojada ropa. Llevaba un cartón de vino de mesa e iba bebiendo regularmente. Mientras el partido se disputaba, él parecía no poder centrar bien la vista en la pantalla. En cambio, bebía y, entre sorbo y sorbo, a veces fijaba su vista en un punto indeterminado, imaginario, como intentando evocar un recuerdo o

quizás crear uno nuevo.

El partido era decisivo, los dos equipos se jugaban la Supercopa de España. Los jugadores salieron al campo con crespones negros. Ambos equipos guardaron un minuto de silencio en memoria del jugador fallecido. Ahora que Osvaldo no estaba, David era el capitán del equipo. Era el primer partido que jugaban tras su muerte y salieron con muchas ganas de darlo todo, con la intención de dedicarle su victoria.

En el sucio piso la estampa era triste, muy triste. Dos hombres sin presente y sin futuro. Dos hombres rodeados de miseria que, viendo un partido de fútbol, parecían olvidar sus caóticas vidas.

—¡¡¡¡Goooool!!!! —gritaron saltando sobre el sofá y salpicándolo de vino y cerveza.

Los primos se habían abrazado tras el último gol, que coincidía con el final del partido. En esos momentos eran felices. Se sentían parte del equipo, como si parte del mérito de la victoria les correspondiera a ellos, por el simple hecho de dar ánimos a los jugadores.

En el terreno de juego, los jugadores celebraban la victoria que, aunque por un estrecho margen, les aseguraba el preciado trofeo. En el graderío, los hinchas gritaban y agitaban las banderas, las parejas se besaban y los niños se intentaban acercar a los jugadores para pedir un autógrafo o una camiseta.

De golpe, Jesús saltó hasta ponerse a dos milímetros del pequeño televisor. Su mirada se clavó en la pantalla y su boca abierta mutó lentamente en una sonrisa y, luego, en una carcajada.

—¡Hijo de puta! —rió como una hiena mirando la espalda de aquel futbolista que autografiaba su camiseta y la regalaba a alguien en las gradas—. ¡Ya te tengo!

—¿Qué pasa, primo? —preguntó Antonio.

—Pasa... pasa que me gusta Puerto Banús, primo. Pasa que me da en la nariz que voy a tener otra temporada de buena racha.

—¿Qué dices, primo? —dijo el otro, intentando reunir neuronas suficientes para procesar la información que le había dado su primo.

—Nada, primo, que voy a hacer unas llamaditas y que esta noche nos vamos de putas. Yo invito porque eres mi primo preferido.

—Gracias, primo. Cuánto te quiero —dijo Jesús mostrando todo el sarro de su desdentada boca.

CAPÍTULO 33

Tamayo esperaba apoyado en el capó de un coche, fumando un cigarro. Pensaba en el gran trabajo que había realizado. La suerte parecía volver sonreírle y no le había resultado demasiado difícil conseguir el número de teléfono. Luego, todo había ido rodado: un par de llamadas desde una cabina, unos pocos datos respecto de lo sucedido entre dos hombres atractivos en una habitación... y *voilà*, ya podía sentir el tacto de los billetes en su mano.

Había oscurecido y apenas circulaban coches por aquel polígono industrial. La crisis había pillado de pleno al sector terciario y multitud de enormes naves industriales mostraban el cartel de «SE ALQUILA O SE VENDE». Pasados diez minutos de las once vio parar un coche en el oscuro callejón, a unos cincuenta metros. Esperaba ver un vehículo de alta gama, en cambio, el coche que había aparcado era un utilitario pequeño y bastante viejo. Imaginó que el conductor quería pasar lo más desapercibido posible y había apagado las luces. Aparcó junto a un contenedor de basura.

Del coche bajó un hombre alto. Llevaba una sudadera con la capucha puesta. El hombre llevaba la cabeza gacha. Le hizo señas con la mano para que Jesús se acercara a él. Cuando estuvo casi a su altura, Tamayo tiró la colilla de su cigarro y se aclaró la voz para saludarle.

—Vaya, vaya... sí que eres alto, coño —dijo tendiéndole la mano como si de un amigo se tratara—. Tengo que decirte que eres buenísimo. Ah, enhorabuena por la Supercopa.

—Ni se te ocurra tocarme, cerdo —dijo el otro.

—Tranquilo, tronco. No hay por qué ponerse así. Somos *personas humanas*. Tú no tienes que preocuparte de nada. Yo guardo tu secreto por mis muertos. —Esto último lo dijo besando su puño.

—¡Hijo de puta! —masculló el jugador—. ¿Por qué me haces esto? Me vas a arruinar la vida.

—No, no, yo no quiero eso. Como ya te dije por teléfono, es sólo cuestión de dinero. Yo no tengo nada en tu contra, por mí, como si te lo montas con papagayos. Pero ya sabes, no todos hemos tenido la suerte de valer para el fútbol. ¿Por qué no nos llevamos bien y así los dos salimos ganando?

En realidad, Tamayo no tenía ninguna intención de zanjar ahí el tema, era como un pitbull que tenía a su presa asida por el cuello. Tenía la intuición de que aquella peculiar relación laboral iba a prolongarse durante bastante tiempo.

—No alarguemos más esto. Tengo prisa. Aquí tienes tu dinero —dijo el joven alargando hasta Tamayo un abultado sobre.

Tamayo lo abrió y contó el dinero con avidez. Luego sonrió y dio las gracias a su interlocutor, volviéndole a tender la mano, como para acabar de cerrar un trato.

—No me toques —rehusó el joven de nuevo—. ¿No habrás hablado de mí a la policía?

—Esos cabrones no saben nada.

—¿Puedo confiar en que no se lo has contado a nadie?

—Absolutamente a nadie —juró Tamayo.

—¿Y nadie sabe que habías quedado conmigo?

—Absolutamente nadie —repitió Jesús—. Yo también sé guardar mis inversiones. No me gusta compartir; yo me lo curro, yo me lo merezco.

—Bien, eso es lo que quería oír.

—La última frase que oyó Jesús Tamayo en su vida fue esa: «Bien, eso es lo que quería oír». No tuvo tiempo a reaccionar, no tuvo tiempo de defenderse y ni siquiera llegó a sentir dolor. Un disparo en la nuca acabó con una vida oscura. Mientras, en un pequeño piso de extrarradio, un pobre diablo esperaba ansioso la sorpresa que le había prometido su primo.

CAPÍTULO 34

Llegados a este punto, Ana comprendió que no había vuelta atrás y se dejó llevar. De hecho, sólo quería dejarse llevar.

David la había llamado sobre las nueve de la mañana. «Buenos días, Ana —había dicho—, el martes ganamos la Supercopa. Me encantaría celebrarlo con alguien que sepa apreciar la buena música. ¿Te apetece que vayamos a cenar esta noche?».

Ana le había dicho que tenía bastante trabajo acumulado pero a la frase «Tiene que ser esta noche, no puedo pasar más tiempo sin verte», no supo decir que no, la había desarmado por completo.

Esa noche, hacia las diez, el joven la había pasado a buscar. La había llevado a cenar a un tranquilo restaurante dentro de la urbanización. Luego, con la excusa de enseñarle su colección de discos de vinilo, la había invitado a su casa. Él había servido unas copas de Moët & Chandon.

—¿Brindas conmigo por la victoria?

—Ah, sí...perdona. No vi el partido, pero he oído que tú estuviste particularmente bien.

Ahora, en el salón, David había puesto una deliciosa canción de Lana del Rey y se había acercado a ella. Curiosamente, la letra rezaba algo así como «*Will you still love me when I'm no longer young and beautiful?*». ¿Se estaba cachondeando de ella?

Lentamente la había hecho retroceder hasta que la espalda de Ana tocó con la pared. Entonces él rodeó su cara con sus grandes manos y juntó su frente con la de ella.

—Me gusta tu olor —dijo David aspirando el aroma de su pelo.

El joven la besó en la boca, primero con suavidad y luego con fuerza. Con lentitud, fue desabrochando los botones de la camisa de Ana. Ella se dejó hacer. En esos momentos sólo deseaba estar con él y sólo pensaba en el aquí y el ahora. Su parte más racional estaba ausente y ella estaba entregada totalmente.

Subieron a la habitación entre besos y caricias y él estrechó su cintura después de haberle quitado la falda. Atropelladamente él se abrió su camisa, enseñando un torso esculpido. Ana no pudo evitar acariciarle el pecho como si no creyera que realmente estaba allí, frente a ella. Su piel era suave y desprendía un sugerente aroma, mezcla de perfume Solo de Loewe y de su propio olor corporal.

Sin apenas darse cuenta, la inspectora se encontró tendida en la enorme cama, mientras él, con una técnica precisa, le quitaba la ropa interior.

Por unos segundos, ella pensó en las imperfecciones de su cuerpo: «Ojalá no tuviera estrías, ojalá no tuviera esas venitas varicosas, ojalá tuviera el pecho más firme, ojalá me hubiera machacado mucho más en el gimnasio, ojalá tuviera unos años menos, ojalá hubiera menos luz en esta habitación,...». Pero ya era tarde, para cuando dejó de hacerse reproches, ella ya estaba desnuda y su boca, sedienta por el deseo, buscaba la boca de David que, como si hubiera podido leer parte de los pensamientos de Ana, apagó la luz de la habitación, dejando la estancia a media luz, sólo iluminada por la tenue luz del pasillo.

CAPÍTULO 35

Le hubiera gustado marcharse antes de que David se despertara. Quería haberse ahorrado el incómodo momento que sigue a una noche de sexo en casa ajena. Sin embargo, parecía que no lo podría evitar. Se había quedado dormida. De hecho, había dormido como hacía meses que no lo hacía.

Cuando despertó, tardó unos segundos en situarse. «No lo he soñado —se sorprendió— he pasado la noche con David Méndez». Eran las nueve de la mañana y estaba en la cama con uno de los hombres más atractivos que había conocido.

Se deslizó por debajo de las sábanas y, sigilosamente, fue recogiendo las prendas tiradas aquí y allá para vestirse lo antes posible y recomponer un poco su dignidad. Se metió en el baño para asearse un poco, peinarse y salir pitando de allí sin que el jugador la viera. Se miró un segundo en el espejo y se vio estupenda: ni rastro de las patas de gallo que *iluminaban* sus ojos; ni el mínimo indicio del *código de barras* sobre su boca; nada de manchitas solares que oscurecían su piel; ni ojeras ni rojeces... Nada. Estaba estupenda o por lo menos ella se vio así. «No he estado así desde los veinte años. Debería estudiarse más a fondo los beneficios de un coito excelente», pensó.

Al salir del baño no pudo evitar mirar al joven que yacía desnudo. David dormía profundamente recostado sobre su lado derecho sobre las sábanas. Su pelo rubio estaba revuelto y era mucho más rizado cuando no lo llevaba engominado. Con la luz de la mañana podía apreciar un bonito lunar en la nalga derecha, el tatuaje tribal de su abultado bíceps y ... «¡collons!» una gran cicatriz en la espalda. Enseguida pensó en Tamayo.

La noche había sido más que fantástica, había sido perfecta. Habían hecho el amor de manera tierna, pero también salvajemente. David no había escatimado en preliminares y Ana, por su parte, se había entregado sin condiciones. Ahora, en cambio, mirando la marca de su espalda, las dudas asaltaban a la inspectora, que sentía escalofríos sólo de imaginar que aquel hombre podía haber sido amante de Osvaldo y, lo que era peor, su asesino.

Como no se trataba de estar allí cuando él despertara debía actuar lo más rápidamente posible. Sacó sigilosamente su móvil del bolso e hizo una foto de aquella marca de forma abstracta, abultada y rosada. Parecía ser una herida mal cicatrizada. Debía enseñárselo a Tamayo. Luego, ya se preocuparía de explicar a sus superiores cómo la había conseguido.

CAPÍTULO 36

—¡Qué marrón, jefa! —dijo Álex, quien aún estaba boquiabierto por lo que Ana le había contado.

—¿Sólo se te ocurre decir eso? —dijo Ana con la cara roja de rabia por la vergüenza que sentía—. He hecho algo imperdonable.

—Y yo que pensaba que habías encontrado el amor —dijo Álex, que sólo veía la parte emocional del asunto—. Sin contar con el hecho de que llevabas como mil años sin follar —añadió sin pretender ser gracioso.

—A la mierda el amor. Lo que de verdad me preocupa es que esto puede comprometer toda la investigación y ser el fin de mi carrera, Álex. Si resulta ser un asesino, ¿cómo explico yo que he estado relacionada con él? No quiero echar por tierra el duro trabajo de todos los que han colaborado en el caso. ¡Soy una gilipollas!

Ana no pudo evitar derrumbarse y llorar desconsolada. Sentada en el sofá de su casa, se tapaba la cara con las dos manos, avergonzada. Álex nunca la había visto llorar. Pasó su mano por encima de su hombro y la abrazó durante largo rato.

Debían ser las tres de la tarde cuando Ana se recompuso. Decidió darse una ducha rápida y cambiarse la ropa que aún llevaba de la noche anterior. Cuando salió del cuarto de baño su semblante había cambiado y ya no era la mujer desvalida que lloraba desconsolada en brazos de su compañero; ahora era la inspectora Ferrer y volvía con fuerza.

—Es hora de volver al curro —dijo con los ojos hinchados como magdalenas—. Lo primero que voy a hacer es llamar a la oficina para que vayan a buscar a Tamayo y lo traigan hoy mismo a comisaría. Tiene que mirar la foto y decirnos si esa es la marca que vio en la espalda del amante de Osvaldo.

Ana tecleó el PIN y, en segundos, el teléfono se empezó a sonar repetidamente, indicando que había numerosas llamadas perdidas y también mensajes de voz. Como había supuesto, la mayoría de las llamadas correspondían a la comisaría y también provenían del móvil del comisario. Antes de que Ana pudiera llamar a la comisaría el móvil empezó a sonar, recibiendo una llamada de su superior.

—Dígame.

—¡Joder, por fin! —sonó crispado el comisario Vázquez—. ¿Dónde coño has estado?

—Yo... —balbuceó.

Lo cierto es que no había preparado una respuesta. No había tenido tiempo de procesar lo ocurrido y, mucho menos, de poder explicarlo a su superior.

—Da igual —cortó el comisario—. Tienes que venir inmediatamente a comisaría. Han encontrado muerto a Jesús Tamayo. ¡Ven, ya!

CAPÍTULO 37

A mediados de diciembre de dos mil uno, Ana vivía aterrorizada. Si poco tiempo antes era una mujer enamorada, ahora, en cambio, era una mujer aterrada que, literalmente, dormía con un mafioso.

En apenas tres meses, Ana había perdido más de nueve kilos y el pelo se le caía a mechones. Además de cumplir con su trabajo y fingir normalidad con su marido, debía llevar a cabo una investigación secreta para averiguar hasta qué punto Oriol estaba salpicado de mierda. Pero, para su estupor, día a día iba descubriendo que su marido estaba más y más implicado: la mierda no le salpicaba, la mierda le cubría de pies a cabeza. Aquel hombre era el cabecilla de una mafia y tenía a su servicio a varios agentes de policía implicados. No podía fiarse de nadie en aquella comisaría: día a día descubría nuevos compañeros *metidos en el ajo*.

Ana había descubierto que su marido, el, para entonces, ya comisario principal, se dedicaba a *cuidar* de la mayoría de clubes de alterne de la comarca, a cambio de un *donativo* de carácter obligatorio y periódico, vamos, una extorsión en toda regla. Por lo que había podido saber, los chivatazos de redadas se facturaban aparte y, ya de paso, se sacaba otro sobresueldo con tres o cuatro políticos de cierta relevancia que habían cometido el error de visitar algunos de esos locales de alternes para quitarse el picor de la entropierna y cuya visita había quedado convenientemente documentada por los esbirros de Oriol.

Poco se imaginaba Ana que aquel Fin de Año podía haber sido también el fin de su vida. Tras meses de solitaria investigación, tenía mucha información, demasiada incluso, que evidenciaba que su marido era un policía corrupto. Tenía tantas pruebas que le daba miedo.

Ana se sentía tremendamente sola y no sabía en quién confiar. ¿Hasta dónde llegaban los tentáculos de Oriol? ¿Cuánto tiempo más podría fingir ante su marido? Por más que lo intentaba, cada vez le costaba más aguantar el tremendo asco que aquel hombre le daba. Tener que cenar con él, hablar con él y, sobre todo, hacer el amor con él, le provocaban arcadas. Pero estaba tan dispuesta a desenmascararlo y a alejarlo del cuerpo de policía, que haría lo que hiciera falta para conseguirlo.

Oriol se había empeñado en pasar las vacaciones de Navidad en un hotel de Gran Canaria. Le había dicho que le apetecía pasar unas fiestas diferentes. Ana no le había contradicho, pese a que creía que era una artimaña para tenerla alejada, una vez más, de su familia. Había conseguido que el contacto con su madre y su hermana, que constituían su única familia, fuera casi nulo, reduciéndose sólo a alguna llamada telefónica furtiva. Por otro lado, dadas las circunstancias, era la propia joven quien prefería tenerlas lo más lejos posible, por su propia seguridad.

—¿Qué te pasa de un tiempo a esta parte, *bomboncito*? —le había preguntado Oriol pocas horas antes de las campanadas.

—Nada, cariño —había mentido ella mientras se dirigía al balcón de la habitación para ver las bonitas vistas del océano.

—Pues estás rara —le había contestado receloso.

Ana se apoyó en la baranda y respiró profundamente. Dentro, en la habitación, Oriol bebía a morro de una botella de litro de cerveza.

—Quizás sea que tengo demasiado trabajo —intentó disimular—, pero estos días me están yendo muy bien para coger fuerzas —dijo entrando de nuevo en la estancia.

—Coger fuerzas, ¿eh?

Oriol hizo ademán de entrar en el baño y luego, sin mediar palabra, volvió sobre sus pasos y se abalanzó sobre ella, asiendo la botella de cerveza medio llena. ¡¡¡Bum!!! El golpe en la cara fue tremendo, tanto que Ana cayó al suelo como un saco de patatas.

—Fuerzas, ¿eh? Parece ser que has estado muy ocupada con tu trabajo.

Ana quedó desorientada por unos segundos. Era como si un maldito obús hubiera estallado en su boca. Instintivamente se llevó la mano a la boca. Al mirar sus dedos éstos estaban manchados de sangre, probablemente procedente de algún diente que se le acababa de romper por el impacto. A su lado, sobre el suelo mojado, los pedazos de cristal de la botella con la que la había golpeado.

—No sé de qué me hablas —dijo ella palpándose unos dientes laterales que se parecían bailar. Pero Ana sabía perfectamente qué pasaba. Oriol la había descubierto.

—¿No éramos felices? ¿No estábamos bien así? Yo te lo he dado todo y tú... Tú me has traicionado. ¿Sabes lo que eres? Eres una puta desagradecida.

Ana no podía contestar. La sangre que le brotaba de la nariz, le resbalaba por la barbilla y goteaba sobre su pecho. La visión de aquellas manchas, de un rojo intenso, sobre su blanca camisa, la había impactado.

—¡Una puta! ¿Y sabes lo que hago yo con las putas como tú?

La paliza fue brutal. Los golpes fueron tan fuertes que le rompió varias costillas. Mientras la insultaba, la pateaba en el suelo.

—¿Estarás calladita? Por tu bien y el de tu familia espero que sí. Ah... y no busques el *pendrive*, lo tengo yo.

Oriol, iracundo, insultaba a su mujer. Con cada insulto, parecía escupir odio de su boca desencajada. Fijaba sus ojos sobre los de Ana, mostrándole un asco absoluto.

Una de las patadas le reventó el apéndice. El dolor fue horroroso, sintió más dolor del que jamás había sentido. Ana, que no había tenido la opción de poder huir, empezaba a tener la visión borrosa. A la desesperada, intentó levantar el brazo para coger el teléfono y llamar a emergencias, pero perdió el conocimiento antes de poder hacerlo. Su último pensamiento fue que iba a morir, que todo acababa allí y en aquel momento. En cierta medida, se sentía aliviada de morir de una maldita vez. Fuera lo que fuera lo que viniera después, si es que había algo, no podía ser peor que lo que estaba viviendo.

Al despertar, Ana no tenía ningún dolor. Miró a su alrededor. Tardó unos segundos en entender que estaba en una cama de hospital. A su derecha, una enfermera de mediana edad le dedicaba una franca sonrisa.

—Buenos días, dormilona —dijo la enfermera—. Dormías a gusto, ¿no?

Ana intentó hablar pero sólo pudo emitir un balbuceo incoherente.

—No te esfuerces, cariño. Ya hablarás cuando puedas.

Miró a su alrededor, asustada. Comprobó que no podía moverse. Estaba fuertemente vendada y tenía varios goteros. En la habitación no había nadie más.

—No te preocupes, en cuanto puedas nos dices a quién quieres que avisemos —siguió la enfermera—. Has estado muy malita pero ya estás bien.

Ana hizo un esfuerzo por preguntar dónde estaba su marido. Tenía muchos puntos por toda la cara y cuerpo. Le costaba incluso tragar saliva. Hablar le resultaba casi imposible. Notaba que le

faltaban varias piezas dentales.

—Tú ahora estate tranquila, ¿eh? —había dicho la enfermera acariciándole el pelo. Vamos a subir un poquito esto para que duermas un poquito, ¿vale?

La enfermera manipuló el gotero para subir la dosis de analgésicos y Ana tardó pocos minutos en volver a caer dormida.

Cuando volvió a abrir los ojos no sabía si había dormido horas o días. Miró por la ventana y vio que estaba atardeciendo. Una joven enfermera en prácticas entró con un carrito.

—Ah, hola. Me alegro que estés despierta. Ahora vuelvo.

Al poco, volvió a entrar con la enfermera supervisora.

—Mira, hemos encontrado este sobre junto a tu cama. No sabemos quién o cuándo lo han dejado. Va dirigido a Ana Ferrer Vila, ¿eres tú?

Ana asintió y la enfermera le acercó el sobre. Cuando lo abrió, no se sorprendió al ver una carta oficial en la que se le concedía la excedencia voluntaria que había *solicitado* con fecha 1 de enero de 2002. Junto a la carta, una nota de Oriol:

Considéralo un regalo. Este tiempo te vendrá bien para pensar qué vas a hacer de ahora en adelante.

Pasó varias semanas en el hospital y durante muchas semanas más comió puré. Había salvado su vida de milagro, pero ya estaba fuera de peligro. Le debía su vida a alguien de una habitación contigua del hotel que había llamado a la policía al escuchar el alboroto. Si no llega a ser por esa persona, ella hubiera muerto. Cuando los agentes entraron en la habitación, la hallaron tendida en el suelo, llena de sangre. Estaba sola. Él se había largado de la isla con la documentación de ella. La había dejado sola, sin dinero, sin tarjetas y sin billete de avión.

A pesar de que le instaron a hacerlo en el hospital, ella no denunció. No se fiaba de nadie, quién sabe hasta dónde llegaba el poder de Oriol, quizás la había llevado hasta allí porque tenía contactos. Tampoco llamó a nadie para explicarles lo que había pasado. Por lo que respectaba a su familia, había pasado unas agradables vacaciones; por lo que respectaba a su trabajo, ella estaba de excedencia.

CAPÍTULO 38

—Buenas, Arteta. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó Ana acercándose al forense, que ya estaba junto al cuerpo inerte de Jesús.

—Hola, chicos. No hay mucho misterio —contestó el doctor mirando a Álex.

En el callejón del polígono, junto a un contenedor, yacía Tamayo. Tendido boca abajo, su nuca mostraba un enorme agujero y la sangre oscura formaba un charco alrededor de su cabeza. Minúsculos restos de masa encefálica se habían proyectado en el lateral del contenedor. Algunos gatos callejeros observaban la escena a cierta distancia, casi seguro que guardaban algún resto de Tamayo en sus barriguitas.

—Un disparo a pocos centímetros de distancia. La víctima no lo vio venir. No hay signos de pelea. La bala entró por la nuca y salió por el ojo derecho. Calculo la hora de la muerte sobre las ocho y las nueve de la noche de ayer —recitó del tirón el forense—. Muy aburrido —concluyó quitándose los guantes y acercándose, con una notable cojera, a los policías.

—¿Algo más?—preguntó Ana.

—Nada. Yo me vuelvo a mis dominios. Cuando me lo envíen allí y lo abra ya te explicaré. ¿Por qué te interesa a ti el caso de un ajuste de cuentas entre yonquis?

—Parece que tienes tu propia teoría sobre este asesinato. ¿Intentas quitarme el puesto? —contestó la inspectora, rehusando dar más información—. Cuando pueda ya me pasaré por tu oficina, creo que hay nuevos sabores en la carta del Starbucks.

—Esta vez no sé si te funcionará —advirtió señalando su pie—. El café está contraindicado en los ataques de gota.

—No te preocupes —sonrió la inspectora—, en el Starbucks también hacen infusiones.

—Ya, pero no es lo mismo, ni remotamente.

—A veces, una buena compañía ayuda. Ya te contaré. Gracias.

El viejo doctor sonrió a la inspectora y se despidió de Álex dándole un golpecito en el hombro. Como hombre inteligente que era, no se le había escapado la evasiva de Ana, lo cual significaba que aquel asesinato tenía más importancia de la que le había dado él en un principio. De hecho, lo tenía que haber intuido desde el momento en que el propio comisario jefe le había ordenado ir él, en persona, a la escena del crimen.

—Estamos jodidos —dijo Ana una vez se hubo marchado el forense—. Será mejor que vaya a hablar con el comisario, le explique todo y ponga mi cargo a su disposición.

—Nada de eso —dijo con genio Álex—. Vamos a revisar palmo a palmo este callejón y vamos a descubrir quién mató a Tamayo y por qué. Sólo después, si es necesario, debes hablar con el comisario. Y ahora, a trabajar.

Ana se impresionó al verlo tan resuelto. No se había equivocado con él, llegaría lejos en la carrera policial. Aceptó, de buen grado, que él cogiera las riendas en esa ocasión y diera directrices aquí y allá a los policías uniformados. La inspectora pidió que se buscaran las grabaciones de posibles cámaras que pudieran haber captado alguna imagen de lo ocurrido. Sin testigos oculares, aquella parecía su última esperanza.

CAPÍTULO 39

No había manera de pegar ojo. Eran las cuatro de la mañana y llevaba horas estirada, sin dormir, mirando el cielo encapotado de Madrid a través de la pequeña ventana de la habitación. Se levantó y se tomó una valeriana. Luego, se sentó en el sofá, intentando dejar su mente en blanco y evitar que un millón de pensamientos hicieran explotar su cabeza. Pero esos odiosos pensamientos son los únicos que acudían a su mente.

Cuando Oriol la dejó sola, en aquella isla, era un trazo. Tuvo suerte de encontrar gente buena que la ayudó. Ella no tenía nada en ese momento, excepto la seguridad de que era mejor estar tan lejos de Oriol como le fuera posible. Acogida en casa de Isabel, una joven profesora que había conocido en el hospital, las heridas físicas cicatrizaban mientras que las psíquicas seguían abiertas, en carne viva.

Al cabo de unos meses, llegó una carta certificada a casa de Isabel. Era la solicitud de divorcio de Oriol que, como en la otra ocasión, llevaba adjunta una nota de su puño y letra:

Ésa es la actitud. Sigue así y recupérate pronto. Tu madre y tu hermana estarán bien, yo me ocupo de eso.

Recuerda: todo depende de ti.

Le entró el pánico. El hijo de puta no sólo sabía dónde estaba ella, sino que le estaba diciendo que la integridad física de su familia dependía de su silencio. Lloró durante horas e incluso pensó en la forma menos dolorosa de quitarse la vida. Pero entonces, como si de una revelación se tratara, Ana volvió a leer la nota y repitió varias veces en voz alta ese «Recuerda: todo depende de ti». Y de pronto, lo vio todo claro, todo dependía de ella.

Se secó los ojos y se dio una ducha mientras se decidía a pedir la reincorporación y el traslado. No sabía cuánto tiempo y esfuerzo le iba a costar, pero estaba segura de una cosa, se iba a vengar. Y aquel sentimiento de odio y el deseo de venganza la hicieron, definitivamente, madurar y hacerse más fuerte.

Por eso no podía dormir, por eso ahora se sentía tan mal. No porque David la hubiera podido traicionar, sino porque se había vuelto a sentir tan vulnerable como cuando Oriol dirigía su vida. Después de tanto tiempo persiguiendo un objetivo, estar tan cerca de su ascenso y haberlo enviado todo posiblemente a la mierda, la hacía sentir como una perdedora.

Hacia las cinco y media se propuso dejar de lamentarse. Se vistió con el chándal y salió a correr. Eso siempre funcionaba. Correr había resultado ser una estupenda terapia y, aunque pareciera mentira, siempre había gente que salía a correr a aquellas horas por Madrid.

CAPÍTULO 40

—No puedes evitarle eternamente.

—Sí que puedo, eternamente.

El teléfono había vuelto a sonar. Llevaba dos días sonando sin parar. Era David otra vez. La inspectora colgó y siguió tomando notas sobre las declaraciones que tenían. Esa mañana estaban esperando la llegada de un familiar de Jesús que, por lo visto, había acogido en su piso desde que la policía lo había interrogado en Madrid. Era su primo y, aunque había tenido algún pequeño encontronazo con la justicia, de eso hacía ya muchos años.

—Ya está aquí el pariente de Tamayo —dijo un policía entreabriendo la puerta del despacho de Ana—. Lo hemos hecho pasar a la sala número tres.

—Gracias, Suárez —dijo la inspectora levantándose de la silla—, ya vamos para allá.

En la sala, Antonio aguardaba inquieto. No le gustaban las comisarías. Había visitado muchas y, excepto en las que se pasó su estancia *durmiendo la mona*, no tenía buen recuerdo de ninguna de ellas. Al entrar los policías, Antonio se levantó de su silla y se inclinó ante ellos, haciendo una especie de reverencia, con la que casi pierde el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó la inspectora al tiempo que lo sujetaba para estabilizarlo.

—Perdón, *eg* que a veces me dan bajadas de tensión, mire usted —dijo el hombre.

Era evidente que Antonio llevaba una cogorza como un piano. Si le hubiesen puesto en aquellos momentos una cerilla delante de la boca, ésta hubiera prendido sólo con el aliento del hombre.

Ana se había vuelto muy poco tolerante con los alcohólicos. Detestaba ese vicio en particular. Apretó los dientes y se recordó a sí misma que era su trabajo y que debía intentar llevar a cabo un interrogatorio.

—¿Crees que te encuentras bien para poder contestar a unas preguntas?

—*Sig...*, yo me creo de que *sig*. ¿Puedo ir al baño?

Los policías pidieron a un agente que le indicara a Antonio dónde estaban los aseos. Cuando se quedaron a solas, se preguntaron si aquel hombre estaba en condiciones a contestar algo con coherencia y si valía la pena interrogarle.

A los pocos minutos volvió a entrar el primo, acompañado del agente. Evidentemente, había orinado, como así atestiguaba la enorme mancha húmeda que lucía en su entrepierna. Ana miró por un segundo al techo, poniendo los ojos en blanco.

Álex giró la cara para ahogar una risita malévola.

—Siéntate, Antonio —le indicó la inspectora al tiempo que ella también lo hacía—. Queremos descubrir quién le hizo eso a tu primo. ¿Crees que puedes aportarnos alguna información que pudiera sernos de ayuda?

El hombre se sentía incómodo. No le gustaban las comisarías y no le gustaban los policías. Nunca se había sentido útil para nada y nadie le había dicho nunca que lo fuera, más bien al contrario. Intentó pensar pero se dio cuenta que no había entendido bien la pregunta.

—¿Pero *gómo gué*, por ejemplo? —dijo al fin arrastrando las palabras.

Los policías intercambiaron una mirada fugaz. Sabían que el interrogatorio les iba a llevar tiempo. Delante de ellos, con la boca abierta y la mirada perdida, Antonio esperaba la respuesta a su pregunta.

—Como, por ejemplo —repitió Ana—, si tu primo había recibido amenazas últimamente, si tenía asuntos pendientes, si estaba metido en algún asunto sucio, si se había peleado con alguien, ...

—El padre de Jesús y mi madre eran hermanos, mire usted. Lo *gue* pasa es que él se crio en Murcia y yo en Madrid, pero me fui de casa de chaval y he estado de aquí para allá. Las he *pasao* canutas, mire usted. Me han pegado hostias *como panes*.

La expresión no era, desgraciadamente, desconocida para Ana. Habían pasado varios años desde la última vez que alguien le había puesto la mano encima, pero aún le quedaba un bonito recuerdo en forma de prótesis dentales y un par de huesos mal soldados que le anunciaban, con días de antelación, que iba a llover.

—Imagino que has tenido una vida dura, Antonio, pero céntrate. ¿Sabes si alguien quería *cargarse* a tu primo? —dijo Ana.

—No, nada de eso —contestó ofendido— mi primo era *mu* buen tío. Ahora tenía un negocio seguro y me iba a llevar a Marbella.

—¿Negocio? ¿Qué clase de negocio? —preguntaron a la vez los policías.

—No lo sé, pero creo *gue* le había tocado una quiniela de catorce o algo así, porque cuando acabó el partido nos fuimos de pu..., nos fuimos de fiesta —rectificó.

«Una quiniela de catorce». Aquel hombre parecía desvariar. En aquel momento, un policía llamó a la puerta y entreabriéndola entró medio cuerpo para anunciar que tenían las cintas de seguridad del polígono y que estaban preparadas para su visionado.

—Antonio, por favor, espéranos un momento aquí. Tómate un café, o dos, o tres, que yo te invito. Ahora volvemos —pidió Ana. Aquel descanso podría ser bueno no sólo para que se le bajara un poco la borrachera, sino también para que se abrieran las ventanas y se aireara la sala.

—Gracias, no hace falta el café. A mí no me sienta bien.

«Tócate los huevos —pensó Ana—. Resulta que la cafeína le sienta mal, mire usted, mire usted».

CAPÍTULO 41

Únicamente tenían tres cintas de las cámaras de seguridad de empresas del polígono donde se había hallado el cuerpo de Tamayo, el resto de las empresas que aún no había cerrado su actividad, había eliminado ese gasto de vigilancia por temas económicos. Los técnicos ya estaban trabajando con las cintas. Estaban intentado hacerlas más nítidas, pero lo cierto era que la calidad era malísima y era difícil mejorar la resolución de la imagen.

—No me jodas. Se supone que estamos en la era digital y, en cambio, parece que estamos viendo un maldito video Beta. ¿No se supone que deberíamos ver una imagen nítida? ¿Por qué narices parece que esté cayendo una nevada de *tres pares de huevos*? ¿Qué estamos viendo, un documental de pingüinos en la Antártida?

Los informáticos no dijeron nada, no levantaron la mirada del teclado excepto para lanzarse una fugaz mirada cómplice de soslayo. Verdaderamente no había mucho con lo que poder trabajar y ellos no podían hacer más de lo que estaban haciendo. No obstante, un informático sabe cómo calmar a los profanos en la materia, la clave está en teclear códigos muy rápido y darle muchas veces a la tecla ALT. Y ya si se utiliza lenguaje HTML... ahí ya se han ganado el sueldo.

Ana estaba desquiciada, nerviosa. No era propio de ella mostrarse así ante los agentes. Nadie, excepto Álex, sabía a qué se debía, en gran parte, ese estado. Discretamente, él le dio un pellizquito en el brazo y ella entendió enseguida que le estaba pidiendo que templara sus nervios. Así lo hizo y así estuvo durante el visionado de las cintas.

—Gracias, chicos —dijo la inspectora al acabar de ver las cintas—. Por favor, hacedme un recopilatorio con las imágenes de todas las cámaras entre las ocho de la tarde y las dos de la mañana. Intentad mejorar la definición un poco más, por favor.

Álex y Ana entraron en su despacho. Una vez allí, Ana hiperventiló varias veces en una bolsa de papel.

—Nada, Álex, nada —dijo cuando se serenó.

En dos de las cintas, se podía distinguir vagamente cómo Tamayo esperaba durante unos minutos a alguien. Luego, miraba hacia un punto concreto y se dirigía a él. Nada más. El sitio donde se había reunido con su asesino era un punto ciego para las cámaras. Un gran contenedor industrial obstaculizaba cualquier visión de aquellas cámaras. En la otra cinta, ni siquiera se veía eso; tan sólo se veía cómo Tamayo se apeaba del autobús que hacía la ruta por los polígonos. En definitiva, no tenían nada.

—Dios mío, qué sangre fría. El asesino sabía exactamente dónde podía cometer el crimen. Seguramente había estado allí días antes para estudiar el entorno. Consiguió quedar con su víctima *fuera de ángulo*.

—¿Cómo dices, jefa?

—Nada, Álex. Me estaba acordando de algo que dijo alguien.

—Y yo he sido una estupenda coartada. Tuvo tiempo de sobra para matarlo y luego quedar conmigo.

CAPÍTULO 42

Para cuando volvieron a la sala número tres, Antonio estaba plácidamente dormido. Su cabeza reposaba sobre sus brazos que, sobre la mesa, le hacían de almohada. Roncaba como un hipopótamo. Les costó un poco despertarle, pero más les costó que el hombre se situara ya que, tras el sueño, estaba totalmente desorientado. Cómo se las habría arreglado para llegar a la comisaría era todo un misterio, tanto para los policías como para él mismo.

Ahora parecía estar un poco mejor, los policías esperaban obtener un poco más de información.

—¿A tu primo le había tocado la quiniela, dices? —preguntó Álex revisando sus notas sobre la declaración.

Antonio no recordaba exactamente qué había dicho. Supuso que había dicho varias inconveniencias, quizás había metido la pata. No quería que le tocaran demasiado los huevos, quería irse de allí y no sabía qué decir para que le dejaran marchar lo antes posible. Ahora, fruto de esa pregunta y fruto de su reciente sueño, creía firmemente que su primo había ganado. Es más, en su delirio, creía que había visto el boleto en manos de Jesús.

—No lo sé. A lo mejor no. Sólo sé que se puso muy contento con el resultado del partido de fútbol del domingo. ¿Si encuentro la quiniela puedo cobrarla yo? —preguntó Antonio que se estaba montando su propia película.

Los policías le hicieron describir, con el máximo detalle del que aquel hombre fuera capaz, qué vio su primo y cómo actuó. Antonio hizo lo que pudo, teniendo en cuenta su escasa capacidad de concentración.

—Por favor, Antonio, llámanos a este número si recordaras alguna cosa más —pidió la inspectora tendiéndole una tarjeta—, por pequeña que te parezca. Éste es mi teléfono, puedes llamarme a cualquier hora del día o de la noche. Si aportaras alguna pista interesante —añadió pícaro Ana— quizás tengas una recompensa económica.

—¿Pero puedo cobrar el boleto, si lo encuentro? —volvió a preguntar Antonio esperanzado.

—Por supuesto. Es totalmente lícito —respondió Álex mirando de reojo a Ana.

Cuando por fin acabó el interrogatorio, Antonio estaba tan excitado con la idea de ir a buscar un boleto que creía tener en casa, que ni siquiera se pasó antes por el bar.

—¿Qué piensas? —preguntó Álex cuando se quedaron a solas.

—Pienso que no tenemos una mierda. Este hombre sigue demasiado borracho para aportar un testimonio creíble, quizás si lo pillamos más sobrio.

El móvil volvió a sonar. Varios whatsapp de David esperaban contestación: «¿Pq no me has despertado», «¿Cuándo nos vemos?», «Te echo de menos», «Ke pasa?», «¿Pq no contestas?», «Llámame, x favor, tenemos ke hablar».

—¡Hijo de puta! —dijo Ana mientras miraba los mensajes—. Vamos, Álex, cuanto antes tengamos el más mínimo indicio, antes podemos llamarle para declarar. Si el asesino es él, quiero trincarle ya, ¿me oyes? ¡Ya!

CAPÍTULO 43

Tormentosa seguía en el baño de casa de Chema. Ser Marilyn Monroe le estaba trayendo más quebraderos de cabeza de los que había imaginado. Quería hacer una aparición espectacular, como siempre. Después de su exitosa operación de cambio de sexo, quería mostrarse a sus amigos con un vestido semitransparente que evidenciara que, por debajo de él, no había *trampa ni cartón*.

—¡Vamos Monroe! Sal de una vez, se te está calentando el champagne —gritaba Álex.

—¡Dejad en paz a la diva! —les regañaba Chema.

—¡Oh, bendito y ansioso público! —gritaba Tormentosa al otro lado de la puerta del baño—. ¿No os podéis entretener con una revista o algo? ¡Ahora saldré!

—Buena idea —dijo Carmen que recordó que llevaba el último número de la revista *Hola* en su gran bolso.

Mientras Chema iba a la cocina para sacar los canapés que había preparado, Álex, James y Toni se sentaban junto a Carmen para ojear la revista.

—¡Oh, qué casa! —comentaba uno.

—La encuentro excesiva —criticaba otro.

—¡Uff, esta señora, qué estirada está!

—¿Cincuenta y nueve años? ¡Ja!

No dejaban títere con cabeza. Todo era criticable y todo era criticado.

—¡Qué pesados! Mira: otra vez Ivana Maienco.

«Ivana Maienco recupera lentamente las ganas de divertirse», decía el titular.

—Pues yo no la veo nada aburrida —decía Toni—. Menudo fiestón tienen montado.

—¿Ese es su novio?

—¿Qué dices, tonto? ¿No sabes quién es éste? Es Carlos Star, un famoso cazatalentos. Éste lleva a muchas modelos.

En la foto, Ivana posaba sonriente, con un vestido de lentejuelas sin tirantes.

Junto a ella, un hombre con pelo largo negro, recogido en una coleta.

—¡Oh, Dios! —gritó, pálida, Carmen—. ¡Mirad su pecho!

Todos los hombres se acercaron más a la revista.

—Sí, no lleva sujetador —dijo al fin uno.

—Tiene los pechos firmes —dijo otro.

—¿Se le ven los pezones? —preguntó el otro—. Yo no los veo.

—¡No, el pecho de ella no! ¡El de él!

El hombre de la foto, con traje color caramelo, llevaba la camisa bastante abierta, dejando ver un colgante dorado con la inicial C.

—Álex —dijo Carmen con un hilo de voz—, es el colgante que hice para Chema, el que me encargó Mimi.

—¿Estás segura, Carmen?

—Soy una buena joyera. Reconozco todas y cada una de las piezas que hago. Este colgante lo diseñamos entre Mimi y yo.

—¡Traigo los canapés! —Entró Chema cargado con dos bandejas—. Pero seréis putas... Os habéis quedado calladas justo cuando yo entro, ¿me estabais criticando?

Knobheads...

CAPÍTULO 44

Volver a ver la casa de Osvaldo ahora aportaba sensaciones diferentes a las que habían tenido en un principio. Ana y Álex habían obtenido permiso para regresar a la escena del crimen e intentar, casi a la desesperada, encontrar algo relevante, o algo a secas, que pudieran haber pasado por alto anteriormente.

Habían llegado a la mansión hacia las siete y media de la mañana. De nuevo llovía a cántaros, la temperatura había bajado mucho. Los truenos y relámpagos hacían el día aún más desapacible. Habían tenido que informar de la visita a la seguridad de Las Salinas con antelación para evitar problemas porque, a causa del revuelo por la muerte del jugador, los vecinos habían decidido reforzar la vigilancia de la urbanización. En la garita, un par de técnicos se afanaban en dar imagen a los monitores de vigilancia que, de nuevo, se habían escacharrado a causa de la tormenta. «Si estos ricachones supieran la mierda de equipos de vigilancia que tienen, probablemente se negarían a pagar la cuota», pensó la inspectora.

Un coche les acompañó desde la entrada de la urbanización hasta la misma puerta de la casa de Osvaldo. Era la primera vez que estaban solos en aquella mansión. Ana recorrió de nuevo todas las estancias con la esperanza de ver ese *algo* que buscaban. Mientras visitaba cada rincón, se imaginaba a Osvaldo entrando en ellos, haciendo vida allí y sintió pena por él. Entendió que el jugador vivía en una cárcel de oro; toda su vida era una prisión y él era preso de sí mismo. ¡Qué solo debía estar aquel chico!

Ana se sentó en la mesa del despacho dispuesta a inspeccionarlo al detalle. Abrió uno a uno los cajones de la mesa. En su interior, apenas nada. Todo el contenido era impersonal: algunas invitaciones a eventos; algunos obsequios publicitarios aún envueltos en papel de regalo, al que el jugador debió darles poca importancia...

Después le tocó el turno a las estanterías. Había pocos libros, lo cual era normal teniendo en cuenta que Osvaldo apenas sabía leer. Básicamente, las estanterías estaban llenas de álbumes que contenían infinidad de recortes de prensa con el jugador como protagonista, todos pulcramente ordenados por fecha y cuyo trabajo había sido ordenado, sin duda, a algún asistente personal.

«Con razón tenía una casa tan grande —se dijo Ana—, la necesitaba para dar cabida a su enorme ego».

—¿Algo de interés por aquí? —preguntó Álex entrando en la estancia.

—Nada. Es como si este chaval no hubiera tenido vida personal. Me pregunto si este hombre existía más allá del terreno de juego y de los actos publicitarios. Ni una postal de Navidad de un amigo, ni rastro de un regalo personal o de un recuerdo agradable.

—Yo no he tenido más suerte. Las habitaciones de invitados no parece que hayan sido estrenadas, a excepción del cuarto de Ivana, que aún contiene algunas prendas suyas en el armario. Y la cocina... Parece una tienda de dietética, pero no hay nada importante, salvo que me he dado cuenta que debo cuidar más mi alimentación.

—Entonces, volvamos a la habitación principal. Por estúpido que sea, pobres y ricos siempre tendemos a guardar las cosas que nos son de valor cerca de nosotros, en especial en nuestra habitación.

Para cuando subieron a la habitación ya pasaban de las doce y estaban absolutamente seguros de que no habían pasado por alto nada en el resto de estancias. A pesar de todo el tiempo

transcurrido, aún se apreciaba en el dormitorio de Osvaldo cierto olor a lejía y amoníaco procedente del baño. Fuera, el día estaba tan oscuro que parecía de noche.

—Ropa, ropa y más ropa —dijo aburrida la inspectora mientras rebuscaba en cada bolsillo de las prendas que había en el enorme vestidor.

—Oh, jefa... —suspiró su ayudante que estaba haciendo lo mismo en el otro extremo del vestidor—. Donde tú ves simplemente *ropa*, yo veo un estupendo traje Armani de esta temporada apenas usado dos veces, veo un cárdigan *prêt-à-porter* de Versace, veo una fantástica bandolera de Fendi, veo un delicado cinturón de Hermés con el que querría ser azotado,...

—Pese a que creo que eres un excelente policía, creo que el mundo de la moda se ha perdido un brillante estilista —sonrió Ana.

—Gracias, jefa. Yo también lo creo.

Pasadas las dos del mediodía ya habían dado por finalizado el registro del vestidor. Para Ana había sido una pérdida de tiempo, para Álex había sido un sueño hecho realidad, aunque no hubieran hallado nada.

—Empiezo a tener hambre —dijo el policía, sentado a un lado de la cama, mientras abría el primer cajón de la mesita de noche.

—Yo también —contestó la inspectora mientras se sentaba en el otro lado de la cama y cogía la foto que había encima de la mesita. Se trataba de una fotografía oficial del equipo, sin embargo, había algo que no cuadraba en ella—. Álex, tú que entiendes de fútbol, ¿ves algo raro?

—Claro —dijo el joven nada más ver el retrato—, está recortada, falta más de la mitad del equipo. Mira —señaló con el dedo—, aquí Osvaldo, a su lado David Méndez, éste es Hugo Solano, aquí está Michael Postigo, éste es François Guillom y éste de detrás, el alto, es Miguel Durango, el portero. ¿Tiene importancia que la fotografía esté recortada?

—Tengo una teoría —dijo la inspectora mirando fijamente el retrato que su ayudante sostenía—. En una mesita de noche se pone la foto de alguien que significa algo para ti, de alguien importante en tu vida, ¿no? Fíjate en esta casa: impersonal, sin fotos íntimas, fría... y fíjate en el carácter de Osvaldo: introvertido, incapaz de mostrar ante el mundo su verdadero yo, con un gran ego metido en un minúsculo armario... ¿Sabes qué creo? Creo que estaba enamorado de alguien que sale en esta foto.

—O quizás tuviera una relación con alguno de ellos... —contestó el policía pensando, obviamente en un jugador en concreto.

—Ya sé en quién estás pensando. El círculo se estrecha. No hay más remedio, hay que volver a interrogar a David Méndez.

—¿Interrogarme a mí? ¿Por qué?

Los dos policías giraron de golpe la cabeza hacia la puerta. Allí, empapado, estaba David.

CAPÍTULO 45

—¡Arriba las manos! —reaccionó Álex sacando su pistola y apuntando al futbolista.

—¿Qué haces tú aquí? Has entrado sin permiso en un domicilio ajeno que, por si no lo sabes, sigue siendo el escenario de un crimen.

David había levantado las manos y con sus enormes ojos miraba fijamente a Ana, con cara de no entender nada. Chorreaba de pies a cabeza y tenía una triste apariencia, como la de un cachorrito abandonado. Los rizos de su pelo estaban definidos y se le hacía un *caracolillo* justo en medio de la frente, a lo Superman. «Qué guapo es el condenado», pensó Ana.

—Te he preguntado qué haces aquí —dijo fríamente la inspectora.

—He visto tu coche en la puerta, no contestabas a mis llamadas... la puerta estaba abierta... ¡Por todos los Santos, vivo aquí al lado!

«Pues qué mierda de vigilancia hay en esta urbanización, a la policía se la escolta y cualquier vecino puede entrar en casas que no son tuyas», se dijo Álex.

—¿Le mataste tú, David? —preguntó casi derrumbada la inspectora—. ¿Mataste a Osvaldo?

—¿Yo? No, ¿por qué piensas eso?

—Erais amantes ¿no?

—¡No! ¿Pero qué coño...?

—¡No nos mientas! —interrumpió Álex—. ¡Sabemos que tenías una relación con él, hay un testigo de un encuentro sexual!

—¡Eso no es cierto! —gritó David, aún con los brazos en alto—. ¡A mí no me gustan los hombres!

—Baja los brazos —ordenó Ana—, y tú, Álex, guarda la pistola.

El ayudante obedeció y acto seguido el futbolista bajó los brazos.

—¿Qué pasa aquí, Ana? —preguntó David—. ¿De verdad la policía cree que yo he matado a Osvaldo?

—No te hagas el tonto, alguien te ha visto aquí, en plena faena con Osvaldo —aseguró Álex—. Ha reconocido tu marca en la espalda y va a declarar. —Se marcó un farol en toda regla.

—¿Qué pinta en esto la cicatriz de mi espalda? La tengo desde que me caí de la bicicleta, de niño. Todo el mundo lo sabe.

—No seas tan arrogante —dijo amargamente Ana—. Yo no lo sabía y el testigo que te vio tampoco.

—Ana, ¿tú crees que yo he matado a Osvaldo?

Se hizo un silencio.

—¿Debo llamar a mi abogado?

CAPÍTULO 46

—Vamos a hacerlo fácil, David —dijo la inspectora evitando mirarle directamente a los ojos.

Los tres se habían sentado alrededor de la mesa de la cocina. Álex había abierto una botella de agua y la había servido en unos vasos de plástico sacados de un armario.

—Ana, dile que se vaya —dijo señalando a Álex— y hablamos tranquilamente.

—De eso nada, él debe estar delante en todo momento. Además, no hay nada que haya que esconder.

—Es que no entiendo nada, Ana. ¿Por qué iba yo a matar a Osvaldo ni a nadie? ¿Y quién dice que me ha visto en la cama con él? Eso es absurdo. —El deportista parecía, por primera vez desde que lo conociera Ana, inseguro, asustado. Clavaba su mirada suplicante en la policía esperando una respuesta.

—David, nadie te está acusando de nada —le habló suavemente Álex—. En todo caso, quizás no nos lo has explicado todo, quizás olvidaste contarnos algo.

—¿Conocías a Jesús Tamayo? —preguntó la inspectora.

—¿Quedaste con él para... no sé... charlar? —inquirió el ayudante.

—¡No! ¡Te lo he contado todo, Ana, no tengo nada que esconder! —volvió a dirigirse a la inspectora, quien continuaba evitando su mirada.

—De acuerdo, entonces, ¿cómo explicas que un testigo te haya situado con él, en su propia cama? —dijo ella.

—¿Quién? ¿Qué testigo? ¿Vio mi cara?

—Jesús Tamayo, al que tú te encargaste de quitar de en medio —intervino el policía—. ¿Qué pasa?, ¿que te quiso hacer chantaje a ti también?

—¿Vio mi cara? —volvió a inquirir desafiante a Ana.

—¡No, pero vio a alguien con una cicatriz en la espalda y seguro que hubiera podido identificarla en cuanto la volviera a ver! ¿Cuántos hombres con esas características frecuentaban a Osvaldo, uno de los ídolos más solitarios del país?

—¡Y yo qué sé! —respondió iracundo el joven—. Eso se lo podríais preguntar a Durango, uno de sus mejores amigos y que, por cierto, también tiene una cicatriz en la espalda.

—¿Quién? —preguntaron los dos policías a la vez.

—Durango, Miguel Durango, el portero del equipo.

CAPÍTULO 47

La criada filipina abrió la puerta. Llevaba uniforme negro, delantal blanco de volantes y una cofia, como en una de esas películas españolas de los años sesenta en las que salía Gracita Morales.

—Los señores les esperan, acompáñenme, por favor —dijo con una sonrisa cortés.

La inspectora y su ayudante la siguieron hasta un gran salón que olía a jazmín. Allí, Miguel Durango y su hijo pintaban en un cuaderno, mientras su mujer, recostada en un sofá gris, sostenía en brazos al recién nacido que dormía plácidamente. Los cuatro iban conjuntados, de riguroso lino blanco. Era una bonita estampa.

—Buenos días, señores —sonrió Conchi dejando el bebé en una cuna junto al sofá—. ¿En qué podemos ayudarles?

—Buenos días. Gracias por atendernos. Queríamos hacerle unas preguntas a su marido —contestó la inspectora—. ¿Si quiere que vayamos a hablar a otro sitio? —sugirió, para poder hablar a solas con el jugador.

—No tenemos secretos entre nosotros —se apresuró a decir Conchi—. ¡Nelia! —gritó a pleno pulmón—. ¡Llévate a los niños!

En cuanto la niñera se llevó a los críos, lo cual llevó su tiempo debido a la reticencia del mayor, Conchi les hizo una seña para que se sentaran alrededor de la mesa del comedor.

—¡Manuela! —vociferó sin esperar a que la tal Manuela apareciera por el comedor—. ¡Tráenos algo para picar!

En poco más de cinco minutos, los cuatro se hallaban sentados. Sobre la mesa, bebidas y aperitivos de varios tipos.

—Señor Durango —empezó a hablar el policía—, la vez que hablamos usted y yo, me dijo que no era amigo de Osvaldo.

—Y así es —contestó Conchi—. Mi marido era compañero de equipo de Osvaldo, pero nuestro estilo de vida no tiene nada que ver con el suyo.

—Sí, sí, eso es más o menos lo que su marido me dijo —observó Álex—. ¿Qué me dice usted, señor Durango?

El futbolista no había hablado nada, más allá del «buenos días» a la llegada de los policías.

—¿Tiene algo que añadir? —preguntó la inspectora.

—¿Qué debería añadir? —dijo la esposa del jugador.

—¿Puede dejar que responda su marido? —La inspectora clavó su mirada en la joven—. Le repito —dijo mirando de nuevo al jugador—, ¿hay algo que quiera añadir o modificar a lo que nos dijo en su día?

El portero miró a su mujer y luego bajó la mirada. Con todo lo grande que era, ahora parecía pequeño. Se le veía incómodo y nervioso. Sostenía un vaso vacío.

—No sé qué más podría contarles —habló finalmente—. Él era un soltero y un mujeriego y yo... Ya ve —señaló a su mujer—, soy padre de familia, no estoy para esas juergas. Nuestros mundos eran muy diferentes. No teníamos nada en común.

—Algún compañero suyo de equipo nos ha dicho que ustedes eran amigos íntimos —comentó Ana.

—¡Eso no es cierto! —gritó con rabia la mujer de Miguel—. ¿Qué insinúan?

—No hay nada de malo en haber sido buen amigo de Osvaldo. Eso no significa nada, no estamos sugiriendo nada.

—¡Y una mierda! —empezó a sacar su vena más arrabalera—. ¡Mi marido me quiere! ¡Nos amamos y no queremos saber nada de Osvaldo!

—Señora, no hace falta ponerse así —dijo en tono calmado Ana, sabiendo que eso la iba a poner aún más nerviosa—. ¿Qué hay de malo en una amistad? Nadie duda de que ustedes se amen.

—Señor Durango —habló Álex—. ¿Tiene usted alguna marca en la espalda?

El futbolista seguía con la mirada baja, mientras que su mujer miraba desafiante a los dos policías y se tocaba la melena.

—¿Qué coño importa eso? —preguntó Conchi que perdía el *glamour* por momentos—. ¡Esto es indignante!

—Sí, la tengo —dijo con franqueza Miguel—. Me eliminaron un tatuaje, pero de eso hace años y entonces no lo hacían tan bien como ahora. Me quemaron la piel.

Pese a que aquello no implicara nada, de momento, Ana suspiró aliviada. «Gracias a Dios, ya no es David el único posible asesino de Osvaldo».

—Eso lo sabe todo el mundo. No tiene nada de especial —se apresuró a decir Conchi.

—Quizás no —atravesó Álex con la mirada a la muchacha—. ¿Conocía usted a Jesús Tamayo? —preguntó directamente al jugador.

La cara de Durango se desencajó. Miró a su mujer con ojos suplicantes. Sudaba.

—Conchi —susurró.

—¡No digas nada! —le gritó ella.

—Conchi, estoy cansado —volvió a susurrar tapándose la cara con las manos.

—¡Ni una palabra, *cari*!

—Conchi —suplicó llorando.

—¡Que te calles, coño!

Aquello duró un rato más. Los policías asistían boquiabiertos a la escena. Una joven de poco más de metro y medio sometía, sin piedad, a una mole de dos metros que lloraba amargamente, derrotado.

—¡Ya basta de lloriqueos! —rugió—. Voy a llamar a nuestros abogados.

CAPÍTULO 48

Le había llamado con más insistencia de lo normal. Él no le había cogido el teléfono, Conchi le seguía a todas partes, estaba muy pesada con lo del embarazo, como si fuera la única mujer en el mundo que pudiera parir. Él quisiera no haber tenido hijos y, aunque nunca podría decir aquello en voz alta, quisiera no haberla conocido nunca.

Cuando llegó a casa de Osvaldo, él estaba esperándolo en la habitación y, como siempre, estaba con ganas de *marcha*.

—¿Te has podido escapar de la zorrита? —preguntó dándole un sorbo a su refresco *light*.

—Cada vez me resulta más difícil.

—Ven, acompáñame. Voy a darme un baño para despejarme porque estoy un poco, ¿cómo decís en España?, estoy un poco *bolinga*. Creo que me he pasado con las pastillas.

—¿Por qué me has llamado tantas veces?

Osvaldo se quitó unos calzoncillos y los tiró junto a un trozo de papel de wáter.

—Ya ves cómo te echaba de menos —dijo señalando el papel higiénico— pero, en cuanto me despeje un poco, estoy listo de nuevo.

El jugador se tambaleó hasta llegar al baño y abrió los grifos de la bañera.

—Me he pasado con el Diazepam —constató.

—¿Había algo urgente que me quisieras decir? —insistió Miguel que le había acompañado hasta el baño—. Tengo que volver a casa.

Osvaldo le miró con reprobación y se metió en la bañera. Estiró las piernas y reposó lentamente la cabeza.

—De hecho, lo que quería decirte tiene que ver también con ella.

Luego, haciendo una pausa, miró a los ojos de Miguel y dijo:

—Estoy totalmente decidido y voy a dar el paso —añadió tras un bostezo.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a salir del armario. Voy a gritar a los cuatro vientos que estoy enamorado y que mi gran amor eres tú.

Miguel se quedó callado, no sabía exactamente qué decir. Mientras, en la bañera, Osvaldo bostezaba y luego le dedicaba una sonrisa.

—Está decidido. Voy a dar un comunicado. Mañana convocaré a los medios —añadió con voz pausada y cerrando los ojos.

—No estoy seguro —dijo al cabo de un buen rato Durango, que tenía la cara desencajada—. No había contado con... Quizás deberíamos... No es que yo no te... No sé si yo estoy preparado para... Voy a ser padre... Mi familia no sabe... ¿Qué dirían si...?

El portero, de pie junto a la bañera y evitando mirar a su amante, sudaba mientras intentaba hablar de manera coherente. Pero para cuando acabó de decir frases inconexas, Osvaldo ya dormía plácidamente.

—Si éste habla ya puedes decirle adiós a tu carrera deportiva.

Miguel se giró. Conocía esa voz. Junto a él estaba Conchi, con su abultada barriga y con una gran bolsa de plástico en la mano. Le había seguido hasta allí.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo, en cambio, sé qué estabas haciendo tú aquí —contestó ella fríamente—. Lo sé desde el

principio.

—Conchi...

—Cállate —ordenó ella—. Sabía que esto iba a pasar, pero no pasará. Te lo aseguro. No estoy dispuesta a que este imbécil lo arruine todo porque «está enamorado».

—¿Qué estás diciendo, Conchi?

La joven se acercó a la bañera y miró a Osvaldo. Luego, miró atentamente por todo el cuarto de baño, inspeccionándolo minuciosamente.

—Bueno —dijo al fin—, no es como lo había planeado, pero puede incluso venirnos bien.

Acto seguido, de su bolsa sacó dos pares de guantes. Dándole un par a Miguel le dijo:

—Ahora, pónelos y no toques nada. Haz sólo lo que yo te diga.

—¿Qué narices estás diciendo? —preguntó Miguel—. Esto es una locura, no voy a permitirlo.

—¡Y yo no voy a permitir que mi vida, nuestra vida, cambie! ¿No ves que esto podría ser nuestra ruina? —dijo sacudiendo la cabeza.

Luego, dulcificando el tono, añadió:

—¿No ves que lo hago por ti, tonto? ¿Qué harías tú sin mí? Déjame que te cuide —le sonrió mientras se ponía los guantes—. Y ahora, ponte los guantes y encárgate de él. Por una vez en tu vida haz algo útil, yo te explicaré qué debes hacer —dijo acariciándose la barriga.

CAPÍTULO 49

«Salen a la luz nuevos datos de uno de los casos más truculentos de los últimos años: el asesinato de Osvaldo Cruseido, a manos de un compañero de equipo, el portero Miguel Durango. Los celos profesionales pueden estar detrás de este crimen. Al parecer, el futbolista podría haber sido puesto ya a disposición judicial y no se descarta que pueda haber nuevos arrestos...».

—Apaga eso, por el amor de Dios —pidió la inspectora a Álex mientras rellenaba las copas de cava.

—¿Celos profesionales? —dijo el joven apuntando con el mando a distancia a la televisión de Ana—. ¿No van a decir la verdad?

—Eso ya no nos incumbe a nosotros. Nos queda el consuelo de haber hecho bien nuestro trabajo —dijo, satisfecha, la inspectora—. Tenemos la confesión de Miguel y ahora esperamos que Conchi haga lo mismo, aunque será un *hueso duro de roer*. Esa chica tardará en confesar, pero lo hará.

—¿Quién lo iba a decir? Esa mocosa fue la que lo ideó todo.

—¡Qué poco conoces a las mujeres, Álex! —sonrió ella dispuesta a darle una pequeña clase magistral—. Ella era una cazafortunas que consiguió quedarse embarazada de una joven estrella del fútbol que no tenía clara su tendencia sexual. Luego, cuando acaba de instalarse en su vida de lujo y por fin ha dejado atrás su vida en el barrio, su marido empieza una relación homosexual con Osvaldo.

—Por lo que sabemos —añadió Álex—, se enamoraron de verdad. Osvaldo lo iba a dejar todo por Miguel.

—Y ahí es donde entra en escena Conchi —apuntó la inspectora apurando su copa—. Ella había descubierto la relación homosexual de su marido y estaba dispuesta a pasarlo por alto, siempre y cuando eso no alterara su acomodado nivel de vida. Pero cuando supo que aquello podía salir a la luz...

—¿Un poco más? —preguntó retóricamente Ana mientras volvía a llenar las copas.

—Sí, por favor —dijo el ayudante acercando la suya—. He de reconocer que esa chica me ha dejado alucinado. Es mucho más lista de lo que pudiera parecer en un primer momento. Fue ella la que convenció a Miguel de que salir del armario sería perjudicial para su carrera, no que lo fuera sobre todo para ella, claro. Fue ella la que tuvo la precaución de ponerse guantes y de limpiarlo todo concienzudamente.

—Que sea una *choni* sin estudios no significa que sea una estúpida —constató Ana. Lo cierto es que es muy inteligente, casi más que nosotros. Si no llega a ser porque Durango tenía conciencia y se derrumbó, jamás los hubiéramos pillado. En realidad, no teníamos nada.

Y así era. Ya fuera pura suerte, ya fuera precisión total, ya fuera una combinación de ambas cosas, no había ni el más mínimo indicio que pudiera relacionarlos con el crimen. Tampoco hubieran podido incriminarlos por el asesinato de Tamayo.

Cuando en la retransmisión del partido se vio cómo los jugadores se intercambiaban las camisetas, Jesús Tamayo pudo observar la espalda desnuda del portero. Enseguida reconoció la cicatriz y no tardó nada en ponerse en contacto con el jugador para chantajearle. ¿Y quién estaba con Miguel para ayudarle a *solucionar* el problema? Fue ella la que indicó a su marido el sitio exacto donde debían quedar. Conchi había estudiado el lugar del encuentro y sabía dónde no había

posibilidad de ser captados por cámaras. La joven eligió el día y la hora y, cuando fue el momento oportuno, no dudó en situarse detrás de Tamayo y dispararle en la nuca a quemarropa.

—¡Un brindis! —propuso él.

—¡Por un caso casi cerrado! —Ana levantó su copa.

—¡No, no! Por tu merecido ascenso a inspectora jefe.

—¡Por ti! —rió ella juntando su copa a la de él—. Y propongo uno más: ¡Por el fin de Oriol y su reinado del terror!

Esa misma mañana, había llegado un abultado expediente, muy bien documentado, al Ministerio del Interior. Era una investigación impecable y concienzuda y la remitente era la inspectora jefe Ana Ferrer.

CAPÍTULO 50

Semanas después de haber cerrado el caso, Ana echaba de menos el ritmo trepidante de la investigación. Pasaba muchas más horas en el despacho y muchas menos horas con Álex.

Prefirió estar en un muy discreto segundo plano cuando se destapó el escándalo de corrupción policial. Los investigadores hicieron un buen trabajo y supieron tirar del hilo. La mierda llegaba aún más lejos de lo que Ana pensaba y salpicaba a altas instancias. El caso fue muy sonado y, junto con el asesinato de Osvaldo, sobre el cual no se tardó nada en hacerse una serie totalmente irreal, rellenaron cientos de horas de televisión.

—¿Da usted su permiso? —preguntó desde la puerta la veterana auxiliar.

—Pasa, Lourdes —accedió limpiando de la mesa los restos de un recién desaparecido sándwich de queso—. Y espérate que te devuelvo estas órdenes firmadas. Por cierto, si alguien pregunta por mí, ya le puedes decir que a partir de ahora mismo me ausentaré por unos días. Me voy de vacaciones —añadió esto último en voz baja, a modo de confidencia.

—¿Le digo eso al joven que pregunta por usted?

—¿Quién es?

—Un tal David Méndez —contestó disimulando fatal que no le sonaba en absoluto aquel nombre—. Es un chico jovencito —añadió rematando con un punto de maldad.

Ana, a su vez, trató de disimular que no le había dado un vuelco el corazón al oír su nombre. No había vuelto a hablar con él desde que Álex y ella le habían interrogado. Es decir, no habían vuelto a hablar desde que le habían tildado de homosexual asesino múltiple.

La inspectora jefe intentó aparentar indiferencia y, tan serena como pudo dijo:

—Que... que... eh... que espere... eh... un momento en la sala... eh... en la sala dos, si está libre. En cuanto acabe con... eh... con esto —dijo cogiendo torpemente un montón de folios en blanco—. En cuanto lo acabe iré.

—De acuerdo —dijo Lourdes que apenas se podía creer el estado de nervios en el que se mostraba su jefa.

En cuanto la policía hubo salido del despacho, Ana vació rápidamente el contenido de su bolso sobre la mesa. Se miró en el espejo sólo para constatar lo que ya sabía: «Menuda pinta».

Se dio unos golpecitos en las mejillas para darse color y se pintó los labios con un pintalabios minúsculo que le habían regalado hacía seis años en una tienda Yves Rocher. Era rojo pasión, pero era lo único que había, debería bastar. Se soltó el pelo e intentó atusarlo para dar una imagen sensual y fresca, pero sólo consiguió parecer una madurita desquiciada acabada de salir de una centrifugadora gigante.

«No sé qué leches estoy haciendo —se dijo al darse cuenta de que se estaba desabrochando un botón de la camisa—. Esto es una gilipollez».

Ana se limpió los labios con un pañuelo de papel y volvió a recogerse el pelo. Ya recompuesta, salió hacia la sala de interrogatorios número dos para encontrarse con el joven.

—Buenos días —dijo ella simulando seguridad.

—Tenemos que hablar —le cortó él.

Guapo no, lo siguiente. Así lo vio Ana nada más entrar en la sala, y eso teniendo en cuenta que no tuvo el valor de mirarlo directamente. Apenas pudo reparar en qué llevaba puesto o cómo iba peinado, pero su sola presencia, su aroma, su aura... Todo en él era perfecto. No podía creer

cuánto se podía extrañar a alguien con el que apenas había pasado unos días. Aquel chaval le había calado mucho en muy poco tiempo.

—¿Ha oído, señora inspectora jefe? —repitió él—. Tenemos que hablar seriamente.

—Sí.

«El cabrón me va a denunciar», se dijo Ana.

—No puede volver a pasar.

—No.

«Castigo ejemplar y mediático», pensó.

—Usted dijo tener pruebas de que yo era asesino y se ha comprobado que no es así.

—Sí, digo, no.

—No puede tratar así a la gente.

—No.

—No me puede tratar así a mí.

—No.

—Sobre todo si vamos a iniciar una relación basada en la confianza y en respeto mutuo.

—No, digo, ¿sí?

David se levantó y sólo entonces Ana se permitió mirarlo directamente, de arriba abajo, llevaba una camisa azul cielo con puños blancos y unos pantalones de pitillo, todo de la última colección de Gucci y unos fabulosos zapatos Barker Black de ante marrón. David dio unos pasos hacia ella y la inspectora jefe pudo oler su perfume, lo que le hizo recordar su única noche de pasión con él.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella.

—¿Vamos a hablarlo a una cafetería? —sonrió él.

CAPÍTULO 51

Se llamaba Liliya Kuznetsova Petrova. Era rusa. Su madre había muerto en el parto y su padre la dio en adopción. Su infancia fue dura, pero no más que la de cualquiera de los otros niños que crecieron con ella en el frío orfanato: escaso cariño, escasa comida, numerosos intentos fallidos de escaparse, seguidas de los consecuentes y numerosos castigos físicos y vuelta a empezar.

Es triste para un niño no sentirse amado, nadie debería sentir eso. Las ganas de salir de aquel horrible lugar era el denominador común de todos aquellos críos, además de un caldo de cultivo excelente para ser objetivo fácil de todo tipo de mafias.

Liliya fue fácil de captar. Aquella niña flacucha, desgarbada y más alta de lo normal, soñaba con ser querida. Hicieron falta unos pocos cumplidos, un bonito pañuelo para el cuello y la promesa de que podía llegar a ser la nueva Ivana Maienco, para que Liliya se fugara del orfanato, esta vez con éxito.

También fue fácil sacarla del país, sobre todo yendo de la mano de la famosa modelo. Bien vestida, peinada y pintada, la cría parecía realmente una joven modelo. Por supuesto, era indispensable la colaboración de personal del aeropuerto, pero eso estaba resuelto. Junto a Liliya, salieron de Rusia otras dos niñas, ilusionadas con la idea de viajar a París para ser una *top model*.

La cruda realidad, para ellas y muchas más, era que nunca llegarían a conocer París y serían obligadas a prostituirse. El papel de Ivana acababa en el momento en que las dejaba en el aeropuerto de Barajas. Allí, un coche las venía buscar mientras que ella cogía un taxi, con destinos opuestos. Ivana odiaba aquellos *encargos* que se veía obligada a realizar porque, en palabras de Carlos Star, «no te interesa que se sepa tu oscuro pasado».

Liliya, a quien bautizaron como Mimi, descubrió la cara menos amable de las personas y la más sórdida del mundo del famoseo. Pero era una chica lista y en cuanto vio la oportunidad de huir, lo hizo. Después de correr durante horas, sola, perdida, bajo el frío de la noche invernal de Madrid, se sentó en la puerta de aquel garito, de donde apareció aquel hombre, su salvador.

La conexión que se creó desde el primer instante fue especial y difícil de comprender. Él nunca le preguntó nada, ni siquiera su nombre; ella nunca le preguntó por su pasado y él nunca le habló de Harry, su pareja durante más de veinte años. Así, sin pasado, sin lastres, sin anclajes, los dos se centraron en conocerse en el presente, allí y ahora. Eso es lo que hizo de su amistad algo tan especial, tan puro y tan bonito.

Fue más difícil dar con la cría de lo que se habían imaginado en un principio. Poco podían imaginar que la habían acogido en una buena casa y que vivía en un buen barrio de la capital. Los primeros meses era como si se la hubiese tragado la tierra ¿dónde podría estar una niña sin papeles y sin apenas hablar el idioma?

La casualidad hizo que Yaroslav, Yarik, el encargado de la *seguridad de las chicas*, pasara por allí justo en el momento en que Mimi observaba embobada aquel escaparate. Yarik no era el tipo más inteligente del mundo pero si algo tenía era una buena memoria para recordar todas las crías con las que se había acostado. Era asqueroso. No estaba seguro del todo de que fuese ella, pues había cambiado bastante. Sin embargo, cuando ese día él le preguntó en ruso «¿Cómo estás, Liliya?» y ella se giró, lo vio claro.

Desgraciadamente, la muerte de Mimi no fue rápida. Muy al contrario, fue lenta y dolorosa.

Los secuaces de Carlos se ensañaron con ella. La torturaron hasta que estuvieron seguros de que les decía la verdad y no le había hablado a nadie de ellos. Luego, ya sabiendo que no había más cabos sueltos, acabaron con su vida y abandonaron su cuerpo, apenas reconocible.

No era la primera vez que se deshacían impunemente de una chica. ¿Cuánto tiempo puede dedicar la policía a resolver el asesinato de una prostituta sin papeles, sin pasado, sin nombre y sin denuncia previa? Pero esta vez se equivocaron, esa niña era Mimi.

Yaroslav actuó como siempre, no hizo nada especial o diferente de otras muchas veces, nada salvo quedarse con un bonito colgante que la niña tenía. Aquella «C» le serviría para ganar puntos ante su jefe. Y ese fue su gran error. Carlos Star, tan ególatra como era, no dudó en aceptar el colgante a modo de resarcimiento de las pérdidas ocasionadas por la huida de Mimi

CAPÍTULO 52

Cuando Oriol empezó a darle golpes en aquel hotel, Ana estuvo casi segura de que iba a morir. Cuando despertó magullada en el hospital, estuvo casi segura que nunca volvería a ser policía. Cuando firmó los papeles del divorcio estuvo casi segura de que nunca volvería a amar y que el sentimiento que la mantendría viva era el odio y el deseo de venganza.

Pero ahora, veintidós de febrero, estaba en Roma y todo aquello parecía un triste y lejano sueño. Ahora por fin sabía lo que era el amor. Sabía que era una auténtica locura. Su parte racional, que era mucha, le decía que aquello no iba a ninguna parte, que él era muy joven y que sus mundos estaban muy alejados. Sin embargo, no podía evitar que todos los poros de su piel le hicieran necesitar estar con él. Jamás había sentido algo así o, por lo menos, ya no lo recordaba. Se sentía feliz.

En las últimas semanas, aquel amor furtivo la había cambiado. Se había vuelto más espontánea y risueña. Volvía a vestir falda e incluso se maquillaba como antaño. También había una parte negativa en todo aquello, había descubierto que era más frágil de lo que quería ser. De pronto se descubrió insegura y temerosa. Tenía miedo de no estar a la altura de aquel chaval y se esforzaba en estar cada día mejor y más guapa para él. No se reconocía a ella misma, ¿dónde estaba aquella mujer hecha a sí misma, firme y segura, que siempre apostaba al caballo ganador? De repente, se había dado cuenta de que más tarde o más temprano, David comprendería que aquella diferencia de edad sería un obstáculo insalvable en la relación. «Tendré que pensar en eso—se decía— pero no esta noche».

Dejó estos pensamientos de lado para vestirse. Se puso un adorable vestido azul de raso, con vuelo. Tenía escote en V y un elegante cinturón ancho con pedrería en color negro. Acompañó el conjunto con unos fantásticos zapatos de Christian Louboutin que *alguien* le había regalado y un abrigo de paño que se ceñía a la cintura. Se cepilló el pelo ante el espejo y se maquilló delicadamente. Se vio estupenda y pensó que el mérito no era suyo, sino de la persona que la hacía sentirse tan bien. Cuando el teléfono de su habitación de hotel sonó, supo que su acompañante también estaba preparado para salir.

David la esperaba en la puerta del ascensor. Llevaba unos pantalones negros de pinzas y un jersey gris de cuello de cisne que le quedaba como un guante. En el brazo, colgaba una gabardina marrón oscuro. Parecía un modelo de catálogo.

Si las noches en Roma son preciosas, aquella en concreto era perfecta. El cielo estaba estrellado y no corría el aire. Las farolas proveían a las calles de un color sepia que la hacían parecer aún más cálida. Roma siempre había sido su ciudad favorita. Le encantaba perderse por sus rincones y descubrir, una y otra vez, las maravillas que estas ofrecían.

Habían llegado a Roma dos días antes y Ana había hecho de cicerone. Conocía bastante bien la ciudad, si es que Roma puede llegar a conocerse del todo alguna vez, y le había hecho caminar de lo lindo. Habían visitado las Termas de Caracalla, las Catacumbas, el Trastévere y el Panteón. Habían comido pizza en Pizzeria Da Baffetto, al lado de la Piazza Navona y habían degustado una copa de *strega* en una pequeña terraza con vistas al Coliseo.

Ana hacía fotos aquí y allá, a cualquier piedra, a cualquier cosa que rezumara historia y le explicaba lo acontecido allí miles de años antes. David la escuchaba embelesado. En ocasiones,

ella tocaba las ruinas y respiraba hondo, como queriendo aprehender toda la esencia de aquello. Él la miraba divertido. Le encantaba esa faceta suya de niña. Iban de aquí para allá cogidos de la mano, como cualquier pareja de enamorados. Con la intimidad que proporcionan las noches de invierno en una urbe extranjera, David y ella habían cenado en La Pérgola, en la azotea de hotel Hilton Rome Cavalieri. Habían paseado hasta llegar a la Fontana di Trevi dispuestos, como dos turistas más, a asegurarse una nueva visita.

Se alojaban en el Hotel Lord Byron, cerca de Villa Borghese, aunque en habitaciones separadas puesto que Ana se aferraba todavía a su pequeñito espacio de independencia, eran demasiados años durmiendo sola.

Llegados a la fuente, Ana introdujo su mano en un bolsillo de su chaqueta gris buscando una moneda para tirar. Antes de que la hallara, David la apretó hacia sí y la besó intensamente. Luego, posó su barbilla en el hombro de ella y la abrazó, oliendo el perfume de su pelo.

—Te quiero —dijo él.

Ana no dijo nada. Estaba abrumada, sorprendida y asustada.

Él pareció no esperar contestación y volvió a besarla, esta vez en la mejilla.

Aquello la había descolocado y la sensación de no tener las cosas bajo control no le gustaba nada. ¿Por qué había dicho eso?, ¿de verdad lo piensa? Por supuesto, Ana no era idiota y siempre había puesto fecha de caducidad a lo suyo, aunque aún no se había planteado cuál.

Prefería no pensar en la posibilidad que esa frase, con tanta importancia para ella, fuera para él una simple frase vacía que usaba con todos sus ligues. Por una décima de segundo se imaginó a David en un bar, entrándole a varias chicas y diciendo: «Hola, soy David Méndez. Te quiero».

—Toma, yo tengo monedas, vamos a tirarlas juntos a la de tres.

—Vale —susurró Ana, aún en shock.

«Con o sin él, quiero volver a Roma», pensó.

Y cuando tiraron las monedas, ella deseó con todas sus fuerzas volver a la bella ciudad con él.

—¿Te apetece un helado? Yo invito —dijo la inspectora. Se sentía violenta por el hecho de que él le hiciera de regalos caros; era muy halagador pero no estaba acostumbrada.

—Desde luego. Los helados italianos son buenísimos. Por cierto, no sé cuál es tu sabor preferido.